



se

José y Jesús de las Cuevas
Historia de una

Lectulandia

Más allá de la historia de «San Rafael», la finca de nuestra novela, y las distintas generaciones de familias unidas a ella, esta es la historia del espíritu del campo, y de cómo ese espíritu, reflejado de distintas formas —en lo meteorológico, lo mineral, lo vegetal y animal—, pero interdependientes al fin, invade y posee a los que se entregan a él. Publicada por primera vez en 1958, *Historia de una finca* arranca a finales del siglo XIX y abarca toda la primera mitad del siglo XX, retratando los distintos personajes que van haciéndose cargo de las tierras y las vicisitudes históricas y personales que condicionan esa relación con la tierra. Vemos el paso de una sociedad con duras restricciones sociales a las primeras reivindicaciones laborales, las huelgas, la mecanización del campo y la primera modernización y racionalización de la explotación agrícola. Y sobre este fondo, la gente, con sus miserias y grandezas, traiciones y lealtades profundas. «San Rafael», la gran finca creada por los hermanos José y Jesús de las Cuevas, tiene siempre la capacidad de despertar grandes pasiones o al menos mostrar la verdadera personalidad de sus moradores, el erotismo más fértil, la laboriosidad desesperada, el ansia de belleza caprichosa, la amistad, el valor y honradez que marca el carácter de los seres fuertes. Cargadas de vitalidad y emoción, escritas con un estilo agudo y ágil pero lleno de lirismo y silencios entre sus personajes, estas páginas renuevan lectura tras lectura su condición de clásico universal y bucólica hispana.

Lectulandia

José de las Cuevas & Jesús de las Cuevas

Historia de una finca

ePub r1.0

lgonzalezp 02.05.2019

Título original: *Historia de una finca*
José de las Cuevas & Jesús de las Cuevas, 1958
Diseño de cubierta: lgonzalezp

Editor digital: lgonzalezp
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com



SEXTO ANIVERSARIO

PROYECTO SCRIPTORIUM - MÁS LIBROS, MÁS LIBRES

Índice de contenido

Cubierta

Historia de una finca

Primera parte

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Segunda parte

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Tercera parte

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Cuarta parte

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Sobre los autores

A nuestro padre, que nos enseñó a vivir en esta tierra.

*«Mira, el olor de mi hijo
es cual olor de un campo
que Dios ha bendecido.
Te conceda Dios rocío de
los cielos,
y pingües campiñas de la
tierra,
y abundancia de trigo y de
mosto».*

GÉNESIS, 27



Primera parte

«Rústica. —N.º 1042— Cortijo llamado de "San Rafael" en la campiña de este término, con una cabida de mil quinientas fanegas de tierra, equivalentes a ochocientas noventa y cuatro hectáreas, cincuenta y cinco áreas, o sean dos mil cuarenta y tres aranzadas, con caserío, estancia y zahúrdas. Linda al Norte con tierras llamadas de "La Reyerta"; al Oeste, con suertes de tierras llamadas de "San Juan de Dios" y arroyo del Salado; al Sur con tierras de monte bajo de "La Palmosilla" y, al Este, con tierras de "Malabrigo". Esta finca está gravada con las siguientes cargas: una memoria de misas a favor de la Iglesia de Ntro. Sr. San Pedro, para decir veinticinco al año en el altar de la Divina Pastora, a razón del estipendio de dos reales y medio cada una para decir con la debida solemnidad, impuesta por Doña María Núñez de Baena, en 26 de Octubre de 1792, según resulta del antiguo Registro; un censo de 32 reales de réditos anuos impuestos sobre el Haza de "Las Merinas" para el sostenimiento de la dotación de chirimías del Martes Santo que resulta también del mismo Registro. Vale según los títulos 190 mil pesetas...».

«...al fallecimiento del Sr. Don Santiago Núñez de Baena, último Mayorazgo, ocurrido en esta ciudad en 6 de Febrero de 1867, tomó posesión del vínculo y fincas que correspondían, entre ellas la de este número, cortijo de "San Rafael", previas diligencias judiciales seguidas ante la Audiencia de Sevilla y en virtud de providencia dictada por la misma en 5 de Mayo de 1869, su hijo Don Santiago Núñez de Baena, de estado casado, propietario, en cuya posesión quieta y tranquila y sin oposición alguna ha venido desde la citada fecha ejerciendo en los bienes del expresado vínculo, y por consiguiente en la finca "San Rafael" de este número, todos los derechos que a los poseedores de su época conceden las Leyes Vigentes..., etc..., etc...».



Capítulo I

¿NO SABE USTED si nos atascaremos en el Salado? —preguntó don Simón Cifuentes, notario, a don Alberto Rojas, labrador—. Esta noche ha llovido más de lo que nos creemos.

—Hace cuatro días se pasaba por allí —contestó este—. Pero más vale bajar por la cuesta. De cualquier modo, Frasquito sabrá por dónde ha de llevarnos. Frasquito, en el pescante, acortó las riendas de las mulas. Era mejor llevar al tiro sujeto por la cuesta, porque los animales resbalaban con el barrillo; sobre todo, la «Beata», acabada de herrar.

Don Manuel Rodríguez, el médico, sacó la mano por la ventanilla del coche.

—Sigue lloviendo.

—Pues ya esto es mucha agua. La tierra está ya harta.

—Lo malo va a ser para volver —añadió don Manuel—. Hay que decirle a don Santiago que las tardes así, no mande el coche.

Don Simón se sentaba enfrente de don José, el juez. Tenían los dos casi la misma edad: más de cuarenta y menos de cuarenta y cinco. Hará unos cinco años que llegaron al pueblo, por la misma época en que el Mayorazgo, don Santiago, decidió también venirse de la ciudad con su hermana Gertrudis, y labrar «San Rafael». Pronto, se conocieron y organizaron una partida de tresillo, una vez por semana, en la finca; después, fueron dos días por semana, y por último, casi a diario. A las tres de la tarde, Frasquito los recogía en el casino. Iban ellos dos y don Alberto a «San Rafael». Jugaban allí tres o cuatro horas y volvían ya de noche. Bastantes tardes se les unía también don Manuel, que gustaba de hojear, mientras jugaban, las *Ilustraciones Españolas y Americanas* que recibía don Santiago. Los últimos números —de noviembre

de 1889— trataban de la Exposición Universal de París, de la muerte de Luis I, de Portugal, de los inventos de un americano: Edison.

—El fonógrafo conserva la voz en un disco —comenta don Manuel—. Cuando una aguja raya la cara de ese disco, vuelven a oírse las palabras.

—¿Y el canto de los pájaros se oye? —pregunta doña Gertrudis.

—Igual... igual.

—¡Habrá de tener, entonces, una garganta muy fina ese...! Ya se me olvidó. ¿Cómo dice usted que se llama?

—Fonógrafo, Gertrudis —decía don Santiago.

Don Simón y don José se enamoraron de Gertrudis, la hermana del Mayorazgo. Uno y otro se declararon a ella varias veces, y los dos tuvieron mala suerte. Sin embargo, no por eso perdieron las esperanzas; su admiración y su amor por ella aumentaba a cada visita.

—Está en todo. No se le escapa ni un detalle. No tiene más que mirar a su hermano para saber qué es lo que quiere. Vive pendiente de él.

—Si no fuera por ella, el Mayorazgo no hubiera podido vivir en «San Rafael». Gracias a su hermana, ha ido enterrando su disgusto en la finca.

Esta era también la opinión de todos; porque don Santiago vive separado de doña Carmen, su mujer. De doña Carmen corrían malas voces. No se sabía nada en concreto —claro está, no la habían visto nunca—; pero los rumores eran muchos. Lo cierto es que don Santiago, un día, cansado ya, se vino con su hermana a «San Rafael», una tierra olvidada de su patrimonio.

—Les presento a mi hermana Gertrudis —dijo a sus amigos, la primera vez que fueron a la finca.

Han pasado los años, y don Simón y don José siguen dispuestos a esperar cuanto sea preciso.

—Mientras Santiago me necesite, me debo a él —contesta siempre doña Gertrudis.

Ahora, Frasquito afloja el tiro a las mulas. Han bajado ya la cuesta, y el coche coge un carril a la derecha. Corren ya por tierras de «San Rafael». En la mitad de un llano, setenta arados, formados en círculo, aguardan a que salga el sol. Es el famoso «caracol» del Mayorazgo, un apero de labranza de ciento veinte bueyes de seis a nueve años, una veintena de mulas cuatroñas para cerrar los cartabones, y más de cien metros de largo desde el gañán de punta al de cola.

Por los últimos surcos abiertos se apelmaza el agua de la lluvia. Andaban sembrando y hubo que dejar la faena parada; pero no se despidió a nadie. A los gañanes se les entrega un par de kilos de pan por cabeza, entretanto no

cambie el tiempo. ¡Ha sido una lástima porque no quedaba mucho por sembrar! De las cuatro hazas de siembra de este año hay sembradas tres. La cuarta, nadie sabe cuándo se podrá sembrar. A don Santiago y a Gregorio, el aperador, les disgusta la raspa tardía. A veces, por el contrario, resulta mejor que la otra; mas, en general, a estas tierras les viene mejor echarles el grano temprano. Se crían con más fuerzas, granan mejor las espigas y, luego, empezando pronto, siempre queda verano para la siega.

Desde el coche, don Alberto mira, atentamente, una loma en la lejanía:

—¡Con qué buenos verdes está naciendo ese trigo! De seguro que allí no se para tanto el agua.

La yeguada del Mayorazgo —sesenta y cinco yeguas de vientre— pace, muy cerca del carril, la zulla y las lenguas de oveja de la ería. Los hermosos animales, empapados bajo la lluvia, apenas si levantan sus cabezas del suelo. Son yeguas castañas, cartujanas, zapateras, de grandes flancos, y tordas árabes, finas y pequeñas, nerviosas y ligeras como nubes. El yegüero, al ver cruzar el coche, saluda, ceremonioso, quitándose su sombrero forrado de hule negro.

—No hay mujer más buena que esa —insistía don Simón—. ¿Vieron ustedes cómo, el otro día, cuidaba del reuma de su hermano, trayéndole bayetas calientes?

—¡Y cuidado que don Santiago ha de tener que aguantar! Se necesita de una paciencia de santa... ¡Ojalá yo hubiera tenido una hermana así, capaz de sacrificarse tanto, que otro gallo me cantaría! —tercia don José.

Muy cerca del caserío, les adelantó Gregorio, a caballo. Don Alberto apuntó:

—Vendrá de darle una vuelta a las ovejas. Estarán buenas. La otoñada ha cuajado y la hierba crece por todos sitios. Mis becerros parecen novillos, de gordos.

—¡Más vale así, a ver si se mueve algo la notaría! Porque si no...

Ladraron unos perros y el coche se detuvo. Don Manuel y don José traían sus paraguas; los abrieron y cruzaron todos, rápidamente, el patio del caserío. Don Santiago se levantó al verlos entrar.

—Buenas tardes, señores...

La chimenea estaba encendida, y doña Gertrudis hacía encaje junto a una ventana.

—¡Qué valor, Dios mío! —dijo sonriendo—. Con la tarde que está...

Enseguida, se sentaron alrededor de una mesa y comenzaron la partida, mientras don Manuel repasa la última *Ilustración* que llegó ayer. Tenía interés

por acabar aquello de Edison; pero, lentamente, se queda dormido. La noche pasada había tenido un parto laborioso; tuvo que acostarse casi al amanecer. Apenas cerrados sus ojos, rompió a llorar su hijo más pequeño...

Al despertar, encendían ya los velones.

—¡Vaya sueñecito! —exclamó doña Gertrudis.

—Estaba muy cansado. Y su hermano ¿mejora?

—Pues, sí. Los paños calientes le sientan muy bien.

Un canalón de lata, de los que bajan del tejado, se ha roto, y cae el agua afuera. De la gañanía sale un velador, cubierto por un capote, y se dirige hacia donde pastaban las yeguas. Otro hombre mete a un mulo, cogido por un ronzal, en la cuadra. En la estancia, el boyero comienza a encender los pesados faroles que cuelgan de la bóveda; hay que darles la primera ración de alverjones molidos en la paja a los bueyes de trabajo, que esperan con los belfos húmedos metidos en las pilas de piedra.

Mientras preparan la merienda, don Simón, terminada la partida, se acerca a la ventana. Mira al campo. Llueve. Doña Gertrudis pasa junto a él, Don Simón le mira a los ojos; ella los baja.

—Por favor, ya le he dicho que no me mire así. No me gusta. Vamos a merendar. Mi hermano aguarda.

En el comedor, don Santiago se entusiasma hablando de cacerías:

—Después de todo, he tenido suerte. La veda ha coincidido con mi ataque de reuma.

—Ya me ha dicho su hermana que está mejor —dijo don Manuel.

—Pero ella me agobia con tantos paños calientes. Dígale usted que con un par de ellos, basta.

—¡Sea bueno, don Santiago! —dice don Alberto—. Comentaba, hoy, con el párroco y, después, con estos señores, lo que vale doña Gertrudis.

—Sí, desde luego, es muy buena. Si acaso, un poquitín pesada.

Doña Gertrudis sonrío.

—¡Lo que daría yo por tener una hermana como tiene usted! —añade don José.

—Algún día, la veremos en los altares. Porque...

—¡Oh, sois demasiado buenos! —interrumpe doña Gertrudis—. Haced el favor de callarse, o hablad de otra cosa. Ya está bien ¿no? Huele a grano mojado y a hierba fresca. Un muchacho saca del almacén una espuerta llena de paja; las gallinas saltan para picotearla. Se oyen unos cencerros y unos gritos muy lejanos.

Hay unos segundos de silencio. Doña Gertrudis toma una bayeta amarilla y la sostiene en alto cerca de la chimenea.

—¡Cuidado! Va a quemarse los dedos... —dice, muy bajo, don Simón.

El Mayorazgo lo ha oído y se muerde los labios. Su hermana se inclina y le pone la bayeta caliente sobre un hombro. Es ya de noche. Don Manuel se impacienta:

—Señores, vámonos... Ha empezado a llover otra vez.

—Esperad, un momento. ¿Qué prisa tenéis? Frasquito se sabe el camino de memoria. ¿Queréis jugar otra partida?

—No, don Santiago, esta tarde no es posible. La cuesta resbala mucho.

—Bien, como queráis.

Los cuatro señores hacen una pequeña inclinación ante doña Gertrudis.

Ella pregunta:

—¿Verdad que encontráis mejor a mi hermano?

—Don Santiago no tiene más que mimos. Usted lo cuida demasiado — dice don Manuel.

—No; creed que el hombro le molesta mucho.

—Hasta mañana, doña Gertrudis...

—Buenas noches, señores —ha dicho don Santiago.

Han abierto la puerta. Choca la lluvia sobre las piedras relucientes del patio. Gregorio aparece con un farol, la pelliza sobre los hombros.

—¿Manda usted algo, don Santiago?

—Nada. La noche se ha cerrado en agua. Por lo menos, en tres o cuatro días, no hay quien tire un grano a la tierra. ¿No te parece, Gregorio?

—Tirando corto y si el cielo cambia de cara; pero está el tiempo muy tierno.

—¡Qué vamos a hacerle! Acompaña a los señores.

Se abren los paraguas. Don Simón vuelve la cabeza. Doña Gertrudis sigue de pie, junto a la chimenea. Ahora, los cuatro señores cruzan el patio, muy de prisa, y suben al coche. Frasquito tranquiliza a las mulas que se impacientan.

—¡Quieta «Beata»! ¡«Pastora»! ¡Tonta!

—Mucho cuidado con la cuesta, Frasquito.

—No hay novedad, don Alberto y la compañía —contesta este, mientras remueve con su mano la crin mojada de la «Beata».

Arranca el coche. Don Manuel se santigua, despacio. Ladran unos perros.

—Ya se han ido —dice doña Gertrudis.

Don Santiago se dirige a la puerta de la habitación y la cierra con llave.

—¡Ven! —exclama, volviéndose a doña Gertrudis.

—¿Qué quieres?

—Quiero que vengas.

Doña Gertrudis se dirige hacia él, paso a paso. Don Santiago la coge por los hombros y la aprieta contra sí.

—¡Por Dios, Santiago! Aquí no. Arriba. Pueden vernos.

—Nadie puede vernos. He cerrado la puerta.

—Apaga, al menos, las luces.

Don Santiago apaga el par de velones. Ella, entonces, en la oscuridad, busca los labios del Mayorazgo y los besa, furiosamente, una vez y otra. Continuaban ladrando los perros. En el coche, los cuatro señores seguían haciéndose lenguas de la santidad de doña Gertrudis y de su bondad para con su hermano, don Santiago.

—¿Te ha molestado otra vez?

—No. De verdad.

—De cualquier forma, el día menos pensado voy a llamarle la atención. ¿Qué se habrá creído?

—Que soy tu hermana, como se creen todos. Yo misma me lo creo a ratos también. Llevamos cinco años haciéndoselo creer a todo el mundo.

—Y ha sido lo mejor. Te respetan, te admiran, te quieren.

—Sí. Me suponen santa. ¡Si supieran la verdad! ¡Si supieran que soy tan solo tu...!

—¡Chiss! Habla más bajo. Pueden oírte.

—Algún día se sabrá.

—Nadie lo sabrá. ¿Por qué habrán de saberlo? Mi mujer no ha de venir por aquí... y a la vista de todos vives, honradamente, conmigo.

—¿Pero no volverás a decir que soy pesada?

—¡Bah! Fue para engañarles. Te quiero, te necesito mucho.

La noche ha caído totalmente sobre «San Rafael». Gregorio, el aperador, ha salido a dar una vuelta. Ha soltado los perros —unos, junto al pajar; otro, a la puerta del caserío— y se dirige hacia la estancia. Los veladores —el de las yeguas, el que cuida del «caracol» de los arados— encienden unas lumbres. Hace frío. El pastor se mete en su carromato de circo, varado junto a la red donde se aprietan las ovejas. Un gran silencio envuelve la finca.

Don Santiago, antes de acostarse, mira, una vez más, hacia el cielo. Continúa lloviendo. Mañana habrá grandes charcos de agua en los sitios bajos, y comenzarán a pudrirse las raicillas del trigo. Don Santiago mueve la

cabeza; está ya curtido en pasar malos ratos. Antes, a los primeros reveses de la labor, creía que esta iba a hacer agua y a hundirse, como un barco viejo; era el naufragio, el lobo de la ruina enseñándole los dientes. Ahora, acepta los embates con más filosofía. Poco a poco, «San Rafael» le ha ido enseñando a no desesperarse. Para tratar con la tierra hay que saber esperar y no darse nunca por vencido. Hay que tener, además, confianza en que el día menos pensado llegará el milagro de la granazón, y los sembrados, de pronto, se convertirán en mares amarillos, y las espigas se hincharán como si Dios las soplase desde dentro.

En el campo, cada día, siendo igual a los demás, trae algo diferente, y las horas vuelan, muy rápidas, como perdices asustadas. Cambió, al fin, el tiempo, y pudo sembrarse el haza que quedaba. Don Santiago vino a caballo para ver desperezarse el apero de sus arados sobre la tierra. Arrancó el gañán de punta, dejando una raya muy derecha; los demás le siguieron. Crujían los yugos y los engeros en sus balsones de cuero gastado; los gañanes paraban con frecuencia para limpiar las orejas de las cuchillas con sus rejadillas puntiagudas, y acortar el engero retrasando la lavija, porque la tierra estaba muy pesada todavía y se pegaba mucho. Los bueyes, lentos y solemnes, avanzaban despacio, entre un incienso de vahos; brillaban con el sudor los lomos curvados de las mulas, tirantes los nervios del cuello como si fuesen a saltar.

Dándole vueltas al apero, el arreador cuida de que los gañanes no cojan el surco abierto y vaya toda la tierra removida. Es preciso tapar, abrigar el grano que hacen llover a golpes espaciados e iguales; un grano menudo y rojizo, como el ojo de un pájaro pequeño salpicado en sangre. El trigo colorado se daba en estas tierras negras, ya tardías; los padres salían con fuerza y ahijaba mucho, sobre todo si se sembraba espeso. Cada trigo tiene su carácter, y este era un grano fuerte y bronco, deseoso siempre de abrazarse a la tierra.

Hacia el mediodía, el arreador ordenó detenerse el apero. Formaron un círculo con los arados y metieron los animales dentro de él. En «San Rafael» se revesaba en casi todas las yuntas; se domaban novillas y mulas cada año. «Los pellejos a las Ferias» —decía Gregorio—. «La mula que no tenga la edad en la boca, aquí no sirve».

El revero revisa las colleras, echa ceniza en las mataduras en carne viva, y pone el yugo en el cuello de los nuevos animales; entretanto, el aguador quita la corcha de la boca de los cántaros y los gañanes, de pie, alrededor del perol humeante que ha traído el gazpachero, comen según la ley del campo: una cucharada y un paso atrás.

Don Santiago tira de las riendas de su caballo, y vuelve hacia el caserío. Viene contento el Mayorazgo; en cuatro o cinco días el haza quedará lista. Pero no todas son buenas noticias en «San Rafael». Una mañana, por ejemplo, de este invierno, Gregorio le despierta con la novedad de que una piara de cerdos que va a llegar del monte, viene con pulmonía. Rápidamente se levanta don Santiago.

—¿Pasa algo? —protesta doña Gertrudis con sueño enredado aún en las pestañas.

—¡Los primales! ¡Lo que nos faltaba!

—¡Válgame Dios! ¡Y qué mala suerte!

Don Santiago baja a la cuadra y allí se separan dos burros viejos —«Carasucia» y «Amapola»— para apuntillarlos. Son carcamales que se mantienen exprofeso por si llega este caso. La carne de burro es rica en nitrógeno, y no se conocía otro remedio más eficaz, ni había, entonces, sueros ni vacunas preventivas.

Los burros tiemblan como si supieran lo que va a pasarles. A la fuerza han de sacarlos a un claro delante del pajar. Allí, el propio yegüero les parte la nuca con un clavo afilado. Los animales se derrumban y agitan en el aire sus patas; después se van quedando rígidos, el ojo abierto, inmóvil, al penetrar bajo su piel el yeso seco de la muerte. A media mañana llega la piara enferma. Los porqueros restallan sus látigos; vienen pálidos, de verlos caer en las coladas. Los cerdos tosen, las orejas gachas, tambaleándose; han bebido en el pozo, porque les ahoga la fiebre.

—Quemar el dornajo —ordena don Santiago—. Y los lechones y las puercas que no salgan de la zahúrda. Comenzaron a morirse hace dos días y vienen ya cuarenta y dos menos; veintiuno se han quedado en el camino.

—Quedan ciento sesenta y nueve —comenta Gregorio.

—¡Si consiguiéramos cortarla! Pero va a ser difícil. Los ha cogido de lleno.

—Ha entrado muy fuerte, señor —balbucean los porqueros.

A latigazos acercan la piara a los burros muertos. Se oye gruñir a los cerdos, tal si fueran buitres sobre la carnaza. Una hora después quedan unos esqueletos tan solo. Los primales, ahítos ya, se tienden bajo un sol tímido que golpea en sus panzas. Gregorio se saca un pañuelo de cuadros de uno de los bolsillos de su pelliza y se seca la frente. Pero, por la noche, quedan ciento veintiocho.

Luego, se compensaba aquello con la buenaventura de la preñez de las yeguas —¡treinta y dos, nada menos, aquel año!—, y se olvidaban los

disgustos. Pronto, el trigo tiene palmo y medio de alto, y las mujeres rascan los sembrados desde el amanecer. Llegan hasta el caserío las voces del manijero de la escarda, que riñe a las mujeres porque no doblan, lo suficiente, la cintura. Es implacable este manijero como un sol de Agosto y con él no hay pásame usted el río.

—La mujer que no trabaje, a la cama —dice, mascando cada palabra como si se tratara de una libra de tabaco de Gibraltar.

Doña Gertrudis se horroriza al oírlo:

—¿No podrías decirle que no riña tanto? Son casi unas niñas.

—¿Niñas? La que más y la que menos, ya ha tenido mellizos, señora — contesta el manijero, honradamente.

—¡Cállese! ¡Qué barbaridad, Santiago! No sé cómo lo aguantas.

Don Santiago mira cómo los arados despellejan la gramilla que crio el invierno en los barbechos, antes de enterrar los garbanzos, las habas y los alverjones. De noche, la gañanía anda revuelta con la presencia de las mujeres, tan cerca; las mujeres se inquietan también, mientras se dan bromas al oído.

—Nada; prefiero tratar con alacranes —repite el manijero.

Los días son ya más largos. El sol, al nacer, semeja encendido, en el horizonte, la cresta de un gallo de pelea. A medida que sube, se buscan las primeras rodajas de sombra para tenderse. Doña Gertrudis pasea por la finca y se asoma al pozo; le gusta mirarse en el agua.

Por las mañanas, muy temprano, don Santiago sale a tirar unos palomos. Es Mayo y la tierra está cansada de soportar la noche encima. En cuanto callan los gallos, el día se precipita sobre «San Rafael». Doña Gertrudis también gusta, entonces, de levantarse al alba. Salta de la cama, anda de puntillas, descalza, sobre los ladrillos que se aljofifan diariamente, y abre, de par en par, el balcón. Como un canasto de naranjas que se volcara, así entra la luz dentro de su cuarto. Se siente acariciar por la luz, igual que siente rozar la seda de la camisa sobre su carne.

Un criado acompaña a don Santiago, llevándole una silla. Los palomos parece que nadan por el cielo celeste del amanecer. Suben, bajan, se esponjan en el vuelo, como colgados por unas cintas invisibles. De vez en cuando, un disparo desgarrar una de estas cintas, y un palomo cae, manchadas de sangre las plumas del buche. «Antares», el lebrél del Mayorazgo, corre hacia él, y lo trae, aleteante, una gota roja, la última fresa de la vida, en el pico. Don Santiago aprieta con el dedo pulgar, ligeramente, el dedal del corazón,

escondido bajo las plumas, y el palomo dobla la cabeza, inmóviles los ojos amarillos.

Doña Gertrudis cierra los ojos al oír cada disparo. Don Santiago intenta justificar la cacería:

—Tenemos demasiados palomos. No caben ya en el palomar. Todos los palomos del término se han ido a vivir a «San Rafael». Doña Gertrudis suspira y piensa en el caldo de pichones que va a tomar el Mayorazgo aquella noche. Se está peinando y el pelo suelto casi cubre sus hombros. Ha de darse prisa, porque don Santiago regresa para desayunar. Lo ve venir despacio, un hilillo de humo en el cañón de la escopeta, y el zurrón repleto de plumas calientes y tronchadas. Desde aquí se diría que trae el zurrón lleno de blanda nieve.

Doña Gertrudis corre escaleras abajo y abre la puerta. Por sus mejillas resbalan unas gotas de agua. A don Santiago le gusta besar las mejillas mojadas con sus labios secos; pero, antes de hacerlo, mira hacia la puerta.

—No, Santiago, no... Ahora, no.

—Estas gotas de agua... —murmura el Mayorazgo.

—¿Te gusto hoy? Vaya, me alegro.

Don Santiago ordena que ensillen el caballo.

—Voy a dar una vuelta. Vendré a comer un poco tarde.

Una mañana, doña Gertrudis ha terminado de peinarse; lleva un rato arreglada del todo, y aún no ha visto volver al Mayorazgo.

—¡Qué raro! ¿Se habrá entretenido con alguien?

Pasa otro rato, y doña Gertrudis no sabe qué hacer.

—De seguro, se habrá ido con Gregorio a cualquier sitio.

Pero es Gregorio quien llama, ahora, tímidamente, a la puerta.

—¿Quién? ¿Quién es?

—Soy yo, Gregorio, señora. ¿Don Santiago no ha vuelto?

—No. Y me extraña. ¿No lo ha visto usted desde que salió?

—No lo he visto, señora.

—Hace tiempo que no oigo disparar a los palomos. ¿Le habrá pasado algo?

Oye los pasos de Gregorio alejarse por el pasillo y bajar la escalera. Doña Gertrudis se pasea por el cuarto y se asoma a la ventana. El oleaje amarillo de los sembrados se estira bajo el sol; relincha una yegua a lo lejos; una nube de polvo crece en el horizonte: alguna piara que llevan a beber al Salado.

—¡Santo Dios! ¿Pero qué ha pasado?

Doña Gertrudis apenas si puede respirar. Le parece que el suelo de la habitación cede y que ella cae con él.

A don Santiago lo traen, entre dos hombres, en una silla, la cabeza caída, los ojos cerrados.

—¡Santiago! ¡Santiago! ¿Qué te ocurre? Soy yo, Gertrudis... ¿Me oyes?

—Es su hermana, don Santiago —repite Gregorio.

—Por favor, escúchame... ¿Qué tienes, Santiago?

Doña Gertrudis abraza la cabeza del Mayorazgo, y, cuando la suelta, la cabeza cae, pesadamente, hacia el lado izquierdo.

—¡Pronto! Llevarlo arriba... ¡Un médico!

El cuerpo de don Santiago se derrumba en la cama. Es muy débil la voz de doña Gertrudis:

—¡El coche! ¡A por don Manuel! Hay que reventar las mulas, si es preciso... Don Santiago se nos muere.

Pero don Santiago estaba muerto. ¿Una embolia, una angina de pecho? ¡Quién sabe, y qué más da! Lo cierto es que la muerte vino a «San Rafael» y que no le fue difícil encontrar lo que buscaba. Calladamente la muerte se puso detrás del Mayorazgo y colocó las manos heladas sobre sus hombros. Apenas si don Santiago notó su presencia; si acaso, unas cosquillas extrañas en la nuca; miraba unos palomos que se acercaban, raudos...

Doña Gertrudis ha cerrado la puerta, y lo abraza una vez y otra.

—¡Amor, amor mío! ¿Me oyes? ¡No es posible que no me oigas! Soy yo, Gertrudis. No me importa que ya me oigan. Te quiero, te he querido, te querré siempre. Soy tuya. ¡Soy tu querida, tu amante, lo que tú quieras! Pero vive, Santiago. Necesito que vivas. No, no puedes morirte así, de esta manera... ¿Me oyes, Santiago? No puedes morirte...

Sonaron las campanillas del coche de mulas al arrancar. Las voces de Frasquito eran como latigazos en el silencio.

Don Manuel, el médico, llegó a la hora. Las mulas no podían sostenerse de pie; la espuma del sudor les chorreaba por los cascos. Don Manuel apretó las manos de doña Gertrudis:

—¡Valor, hija mía, valor! Dios lo ha querido así. Su hermano ha...

—¡No! No lo diga. Mi hermano no ha muerto; no es posible que haya muerto.

Y, deshecha en llanto, se retorció las muñecas.

Otros coches de caballos trajeron a los amigos del Mayorazgo. Don Simón corrió hacia doña Gertrudis.

—Déjeme... Márchese... Marcharse todos. ¿No lo comprendéis? ¿No sabéis lo que esto significa para mí?

Trataron de consolarla. Don José y don Simón insistían, en voz baja, para sacarla del cuarto.

—Ahora, menos que nunca —contestaba ella.

Y corría a abrazar a aquel cuerpo muerto, apretando sus labios violetas, helados, contra los suyos, ardientes, vivos.

—Dejadme... Dejadme sola con él. Es mío... mío...

—Adoraba a su hermano —decía don Alberto, al cura párroco don Silverio.

—Sí. Ha sido un golpe muy duro. Y, luego, tan de repente...

—Como para perder la cabeza.

Después, don Manuel reclamó un segundo de silencio:

—Señores, es preciso notificar este fallecimiento de don Santiago a su señora, a doña Carmen. Como quiera que sea, se trata de su marido. Veamos el parecer de doña Gertrudis.

Esta no comprendía al principio.

—Su cuñada, doña Gertrudis. ¿Me comprende? Hay que avisarla. Y cuanto antes.

—¿Qué queréis que haga yo?

—Darnos su dirección. ¿Dónde vive?

—No sé.

—Pues es preciso que lo recuerde.

—No sé. Además, no quiero que venga.

—¡Hora es de perdonar, hija mía, y de olvidar agravios pasados! —dijo don Silverio—. Ante Dios, era su mujer.

—¿Y yo? ¿Yo qué soy, entonces?

—Tú eres su hermana, hija, y tu sitio no te lo quita nadie. Por eso, debéis perdonar todo el mal que ella hizo a vuestro hermano. ¿No lo veis así? Vamos, reflexionad.

—Lo pensaré, padre. Dejadme sola con Santiago y bajaré enseguida.

En efecto, bajó a los pocos minutos. Parecía más serena:

—Le diré, padre, dónde vive. Llamadla.

Aquella noche en el caserío de «San Rafael» se encienden docenas de luces. Los pesados faroles de la estancia alumbran el patio donde los gañanes permanecen callados. Hace calor. Del campo en granazón llega un ramalazo de vida, como si las espigas se estuvieran llenando de sangre. Los ganados

andan sueltos de un lado para otro; mugen unas novillas a la luna. Ahora, aúlla el mastín de las ovejas.

—Matadlo —dice Gregorio al pastor, que tiembla.

Como un escalofrío rueda un tiro en la espalda desnuda de la noche.

Dentro, en el velatorio, apenas si se habla. Los hombres fuman y Gregorio reparte las copas de anís. Solo se oye llorar a doña Gertrudis. Por la mañana, al mismo tiempo que se llevan a hombros el cuerpo de don Santiago, y cruza, por última vez, su finca, doña Gertrudis huye por la puerta falsa del caserío.

—No puedo quedarme y esperar que venga Carmen a descubrirme — pensó toda la noche, a ramalazos, entre las lágrimas...—. ¿Qué dirán de mí, entonces? ¿Y qué dirán de él? ¡Sería horrible! Me creen santa... santa... No podría soportarlo. Por lo menos, no los veré más.

Entre los pechos, envueltas en un pañuelo de encaje, lleva unas cuantas monedas de oro. Corre, y siente la frialdad de las monedas que se agitan junto a la piel templada. Es mediodía. No la ha visto nadie todavía. Todos los hombres del cortijo acompañan a don Santiago en su paseo final por estas tierras negras que comienzan a agrietarse por el calor.

Doña Gertrudis vuelve la cabeza por última vez. Está ya en los linderos de la finca. Un paso más allá y estará en «La Palmosilla» que don Santiago quería comprar para redondear lo suyo. Su mirada se tiende sobre aquel esplendor de las espigas que cabecean, sobre el largo verde y tierno del maíz recién nacido al que señorea el viento...

Hace la señal de la cruz y da unos pasos hacia adelante. Una extraña sensación la domina. La tierra que pisa ahora no pertenece ya a «San Rafael».



Capítulo II

GREGORIO VIO ACERCARSE el coche, sentado en la piedra delante del cortijo, una piedra redonda de molino que había servido de mazo en un batán destruido en el Salado. Indiscutiblemente, era un coche que venía de la ciudad. Se había detenido varias veces a lo largo de la cuesta, y el cochero se había bajado otras tantas para ver si los ejes seguían en su sitio. Luego preguntó, antes de entrar en el camino del cortijo, a uno de los veladores que iba con su borriquillo cargado con las trabas de la noche.

—Soy la señora —dijo una voz muy fina, dentro del coche, cuando este se hubo detenido.

Gregorio se levantó, entonces, sombrero en mano, y abrió la portezuela. Doña Carmen bajó.

—Vengo a vivir en la finca —dijo. Sonreía con un gesto forzado que le ahondaba aún más las arrugas de las comisuras de los labios.

Gregorio, silenciosamente, abrió las puertas del caserío y fue delante de ella, entornando las maderas cerradas de las ventanas. Todo estaba como la última noche. Las sillas alineadas en la pared para los que habían venido al velatorio, los ceniceros llenos de ceniza gris. Sobre uno de los veladores, una bandeja llena de pequeños vasitos donde se sirvió el anís. El anís se había coagulado y dejaba un círculo blanco en la cintura de las copas.

—No se ha tocado nada —apostilló Gregorio.

Subieron. La casa tenía una larga galería de techos bajos con puertas a las habitaciones. Gregorio empujó la puerta de una habitación pequeña con un balcón pintado de verde.

—Este es el cuarto de doña Gertrudis.

Era una habitación insignificante, pero con un enorme armario pintado de blanco, casi infantil y desarmónico, que cubría la pared. Doña Carmen abrió

las puertas de él; los trajes estaban colgados, uno al lado del otro, con ese aire muelle y tibio de la ropa que sirve. Doña Carmen metió la mano entre las telas. Parecía que un aroma caliente a femineidad se desprendía de ellas. Cerró los ojos.

—No se llevó nada —continuaba Gregorio—. Y como no nos ha dicho dónde debíamos enviarle la ropa a la señorita...

El cuarto comunicaba con otra habitación amueblada con una mesa camilla, tres sillones, una consola con tapa de mármol y un quinqué.

—Aquí almorzaban los días de invierno —apostilló Gregorio—. Tiene una vista preciosa.

Gregorio abrió el balcón de par en par. Anochecía sobre el cortijo. La llanura naranja cerraba en unos cerros dorados hasta el borde.

—Es el cuarto de don Santiago.

Doña Carmen tuvo la impresión de que las enormes botas de becerro del aperador no pisaban. La cama estaba incluso con las sábanas que habían soportado el cadáver la última noche. Olía la habitación a cera.

—Debió tener una vena rota —habló Gregorio—. Porque cuidarlo, mire usted que lo cuidaba doña Gertrudis. Con una hermana así, todos llegaríamos a viejos. Gregorio había dicho la frase con un cierto inconsciente puntillo de crueldad. Doña Carmen se revolvió, rápidamente, como si la ahondaran en una vieja cicatriz.

—Dormiré aquí —dijo, muy tranquila—. Vete y dile a tu mujer que venga a hacerme la cama.

Gregorio bajó las escaleras muy despacio. «Desde luego —masculló en su casa como único comentario—, es una mujer con los calzones bien puestos». Cuando Encarna subió, encontró a doña Carmen con los cajones del armario blanco abiertos, repasando la ropa íntima de doña Gertrudis. Era una ropa muy cuidada, con encajes y bordados muy finos. «Parece la ropa de una novia» —había dicho antes Encarna, que la estuvo repasando.

La noche fue terrible. Doña Carmen se acostó vestida sobre la cama de su esposo, sin siquiera quitarse el largo traje negro que le llegaba a los pies. A las dos horas, se sentó en la cama y se descalzó de una de las botas con botones que le llegaban más arriba de la caña de la pierna. En la habitación se oía un grillo. Después doña Carmen se dio cuenta de que eran miles de grillos los que había en la casa y fuera, sobre el campo, frotaban sus cristales en la noche. Luego, volvió a parecerle, de nuevo, un solo grillo enorme, gigantesco, incansable. Después fue un extraño ruidito en el cajón de la mesa de noche. Doña Carmen encendió la vela y abrió el cajón. Una salamandra escapó y

zigzagueó sobre la pared. Doña Carmen removi6 los papeles del caj6n y ahog6 un grito. Entre ellos, como algod6n negro, estaba el nido de la salamandra. M6s tarde, sobre el cielo raso empez6 a oír carreras y chillidos ahogados. «Deben ser ratas» pens6. Pero cuando abri6 el balc6n, descubri6 que eran lechuzas. Se las oía sisear y volar quedamente, desde el tejadillo del balc6n, como si volaran con guantes. Una luz morada, lechosa, penetr6 hasta la cama. En el arroyo se oían centenares de ranas. Luego, sobre el rastrojo de cebada pas6 la piara de cerdos, r6pidamente. El porquero iba delante con un perrillo, y, detr6s, el hijo. Entonces, como era Junio, amanecía muy temprano; antes de las cinco ya empujaba el alba. Doña Carmen, sentada en la ventana, oy6 los pitidos de las cogujadas, que son las que primero se levantan. A las seis vio volar de vuelta las lechuzas y zarpar en la luz azul los primeros vencejos. La cigüeña del techo tablete6 a las seis y media, y, a las siete, los cucos de la dehesa vecina comenzaron.

La primera orden de doña Carmen fue cerrar los respiraderos de los cielos rasos del cortijo. Gregorio subi6 en una escalera empalmada y tapon6 con una lata agujereada los ventanucos redondos. Trabajaba despacio y a conciencia, con ese odio misterioso y antiguo de los campesinos a las aves nocturnas.

—Hay, por lo menos, cien all6 dentro —dijo, cuando baj6.

Las lechuzas silbaron y revolotearon furiosamente toda la noche. A trav6s de la capa de cañizo y yeso del techo raso, se las oía dar coletazos y saltos desesperados, como los peces cuando se les saca del agua. Sin embargo, cada noche los aletazos eran m6s d6biles, y el sexto día no se las oy6 m6s.

A la semana, el día del Corpus, doña Carmen subi6 al pueblo. Las calles estaban cubiertas de juncias verdes reci6n regadas y de matas de romero arrancadas de raíz. Olían a río. De los balcones de las casas pendían colgaduras y colchas de colores vivos: azules, rojos, amarillos. En la casa del m6s rico, colgaban hasta cerca del suelo grandes paños de raso blanco, bordados con abejitas de oro. En otra, los cierros parecían vestidos de damasco morado, casi frutal, como ciruelas negras. De la Iglesia volvían a su casa las niñas vestidas de ángeles, con sus cabelleras de crin, sus t6nicas largas, sus alas de tul almidonado donde las plumas habían sido exageradas con tinta china, una a una.

Doña Carmen encontr6 al notario, don Sim6n, vestido a6n con la levita y los botines de la procesi6n. Era un hombre grueso, de cara sonrosada y redonda, frente enorme y una barbita que le envolvía como una pelusa

vegetal, el óvalo del rostro. La habitación estaba entornada con persianas verdes, y el notario hablaba tan suave que sus palabras producían más confortabilidad aún que las numerosas butacas de la casa. Sin embargo, don Simón no pudo ocultar un gesto de disgusto:

—Ya le escribí que, según el testamento de don Santiago, «San Rafael» pasaba, forzosamente, a usted.

Pronunció el adverbio «forzosamente» cerrando los párpados, como si le hiciera daño la luz de oro que filtraban las persianas.

—Bien —repuso doña Carmen—. Pero me gustaría consultarle varios asuntos, como hacía mi marido. Quieren arrendarme la finca colindante a «San Rafael». ¿A usted qué le parece?

Don Simón estuvo un rato quieto, beatífico; contaba las rayas de la luz de la persiana. Por último se levantó:

—Señora, yo fui muy amigo de su marido. Perdóneme si le molesto, pero usted comprenderá... Me sería muy difícil aconsejarle nada.

Doña Carmen fue, después, a casa de don José, el juez. La hicieron pasar ceremoniosamente a una sala con los muebles forrados de dril incoloro. En la consola, dentro de un fanal de cristal, había un ramo de dalias construidas con conchas marinas sonrosadas. La familia debía almorzar, porque se oía, a través del patio, el tintineo de los cuchillos y tenedores. Don José salió sacudiéndose unas miguitas de pan en la solapa.

—Señora —habló, nervioso—. Mi casa se honra con su presencia; pero debió tener en cuenta que yo fui amigo de don Santiago que en paz descansa.

—Por eso vengo a verle.

Don José sonrió con esfuerzo:

—Señora... Yo le rogaría que evitase esta penosa conversación...

Estaba en pie, y doña Carmen se levantó mordiéndose los labios.

El párroco se revestía en la sacristía para un bautizo. La Iglesia estaba aún llena del olor de incienso del Corpus.

—Hija mía —explicó como si tuviera prisa—, aquí todos queríamos mucho a don Santiago, y todos sabemos que la gran pena de su vida fue usted. Doña Carmen volvió al coche muy seria. Pero cuando Gregorio azuzó los caballos, se derrumbó en el asiento y lloró. Gregorio puso el coche al galope. «No se debe ver llorar a una mujer así» —pensaba.

Una de las noches, antes de que se agotaran las lechuzas, doña Carmen recordó su vida punto por punto.

Primero su casamiento con Santiago, después de aquel primer novio que ella tuvo y recordaba como una de esas historias que se leen de niño y que, al final, no se sabe si ha ocurrido en realidad o si se ha leído. El matrimonio fue hecho entre las dos familias: el padre de doña Carmen habló con el padre de don Santiago, que todavía vestía casaca azul y zapatos con hebilla de plata. Don Javier accedió, y la boda se celebró con la pompa que tienen las bodas cuando las familias se sienten contentas. Doña Carmen recordaba los días del noviazgo, cuando don Santiago venía puntualmente, a las seis de la tarde y, luego, en la galería alta de cristales, jugaba con su padre y el administrador al tresillo, y charlaban de fincas y de cacerías. Solo algunas veces, cuando tardaban en encender las luces, o los sábados, mientras su padre y don Luis salían a liquidar los sueldos, don Santiago apretaba por encima de la mesa, la mano de doña Carmen, una mano blanca y excesivamente fina.

—Iremos a vivir a mi casa de la ciudad —decía.

Doña Carmen cerraba los ojos. Le gustaba aquella voz tranquila, opaca, como hecha para oírse en voz baja.

—Tendremos muchos hijos ¿no crees? El primero se llamará Santiago, como yo. El segundo, Javier, como tu padre.

Luego, los dos primeros años del matrimonio. Don Santiago no salía de casa. Fumaba después de comer y, más tarde, subía a llenar sus cartuchos o a repasar las cuentas, los pies junto al brasero de picón de chaparro que quemaba las piernas. Algunas veces preguntaba solícito, sobre todo los días de lluvia o de invierno, cuando la casa era más acogedora:

—¿No sientes nada?

—No. Nada.

Doña Carmen sabía que su amor mudo, casi de perro a amo, no era bastante para aguantarlo quieto, y pensaba qué hacer delante de los ojos de él, para que continuara su felicidad, para que siguiera allí, eternamente, los pies en las alas del brasero encendido.

—Padre —había dicho una noche, de niña, en aquella casa donde se crio, grande, destartada, llena de habitaciones vacías y de ventanas sin madera—, yo no sé expresar mis sentimientos.

Don Javier, que solo sabía ordeñar sus olivos, había sonreído.

Ahora, se sentía helada, inexpresiva, sin palabras, como un árbol al que no acaban de brotarle las hojas. Muchas noches, cuando se despertaba y veía a su lado a don Santiago, despierto, los ojos en el balcón por donde entraba esa luna gris de la ciudad, tenía deseos de decirle algo afectuoso, de decirle cómo estaba allí, en la cama, atada a su voluntad por los años y los años, pero era

imposible. «No sé hablarle —se decía—. No sé hablarle». Sin embargo, fue la tarde aquella, después que el médico traído de Madrid les comunicó solemnemente que ella no tendría hijos nunca, cuando la tranquilidad se derrumbó. A la cena, don Santiago pidió el coche para dar una vuelta por el casino.

—No sé lo que pasa por el mundo —dijo a su mujer, como si se disculpase.

Una semana después, no vino a comer. Un mes más tarde dijo que iba a una montería y estuvo quince o veinte días fuera de casa. Doña Carmen los recordaba, uno tras otro, despierta en la cama, todavía no acostumbrada a dormir en el sitio de él. Pero doña Carmen reaccionó como si hubiera vivido en su casa de niña: se metió aún más dentro de sí misma, se hizo aún más inexpresiva, más callada, más fría; y fue entonces cuando el orgullo le hizo pensar que él tenía mucha más edad que ella, y la cosa no tuvo ya remedio.

Por los criados, y como si oyera hablar de otra persona, se enteraba de las aventuras de su marido. Jugaba y perdía, tuvo varias queridas y no le importaba pasearlas. Una vez era una mujer pequeñaja, vivaracha, provocativa, con ojos como insectos; otra, fue una *écuyére* del circo que había llegado de París con ocasión de las ferias. Doña Carmen tuvo el valor de ir a verla al circo. Tenía la cabeza pequeña, las piernas largas y doradas en la malla rosa. Parecía un jacinto. Doña Carmen pensó que aquella cabeza dorada como la de un icono, la despeinaba su marido.

Sin embargo, las relaciones por fuera continuaban perfectas. Don Santiago almorzaba en casa, puntual como un reloj, todas las mañanas, a las once. Bajaba arreglado y se mostraba obsequioso, cortés, incluso charlatán, como si temiese que la conversación derivase por donde él no quería.

Fue en uno de estos almuerzos. Doña Carmen recordaba los gestos, las palabras exactas, podría decir incluso cómo estaba cruzado el cuchillo de plata en el plato de él.

—Llevo varios días pensando en la hija de mi amigo Luis. Sola y sin nadie.

—¿Y por qué no la traes unos días?

—Eso mismo pensaba yo; pero no me atrevía a proponértelo no fuera a molestarte la muchacha en casa.

Doña Carmen pensó si acaso no había sido todo preparado de antemano: la llegada de Gertrudis, su manera de introducirse en la casa, sus primeras conversaciones con ella...

Gertrudis era una mujer hecha y derecha, de grandes ojos negros, profundos y brillantes como esas manchas que nacen en el fondo de los espejos antiguos. Los labios finos, apretados, el cuello suave y largo, la piel morena y mate; de toda ella se desprendía una brisa femenina, joven, que contrastaba con el aire un poco cansado, varonil quizá, de doña Carmen. Salían las dos juntas y se hicieron grandes amigas. Doña Carmen confiaba en ella y le contaba sus secretos, esas cosas que no se cuentan más que a una persona sola. A don Santiago debió pasarle lo mismo. Le gustaba sentarse a su lado y aspirar ese perfume infantil que irradiaba y que le rejuvenecía, como cuando uno se sienta al lado del mar.

Una noche, doña Carmen que bordaba, levantó los ojos y se encontró que los dos, Gertrudis y don Santiago, se miraban. Gertrudis se dio cuenta y bajó los ojos. Después se puso encendida. Doña Carmen pensó, ahora, que fue el color de las mejillas de Gertrudis lo que la hizo ponerse en guardia. En el fondo, Gertrudis iba a los brazos de don Santiago como esos insectos que, de noche, entran en la habitación y se estrellan, una vez y otra, contra el tubo de cristal del quinqué.

Otra noche doña Carmen fue al cuarto de Gertrudis para pedirle algo. Se detuvo suspensa, en la oscuridad, cerca de la puerta. Le pareció oír dentro la voz de su marido.

Sin embargo, todavía no existían más que suposiciones. Hacía falta una prueba definitiva. Doña Carmen temía encontrarla, porque comprendía que entonces aquella felicidad parcial, de rechazo, a la que se aferraba —don Santiago no salía de casa y, por lo menos, lo tenía durante el día, aunque de noche fuera de Gertrudis—, iba a romperse para siempre.

Un amanecer, no pudo más. Salió a la galería. Presentía ya el fin, como se presiente en las novelas cuando faltan diez páginas. No tuvo que esperar mucho. Se abrió la puerta del cuarto de Gertrudis, y salió don Santiago. El diálogo fue rápido, en voz baja, como si temieran despertar a Gertrudis:

—Lo sabes ¿no?

—Sí. Vete.

—Lo siento, Carmen. Y lo siento porque, en el fondo, te quiero.

—No me hables... ¡Vete! ¡Vete! Que no os vea más.

Estaba muy pálida. Pero antes de que él la viera llorar, salió corriendo hacia su cuarto y se encerró allí. Aquella mañana se marcharon los dos. Doña Carmen oyó todos los ruidos de la marcha. Los bisbíceos en el pasillo, el arrastre de las maletas, los pasos quedos de ella, los pasos de don Santiago por la escalera, el coche que se alejaba por la calle...

Se marcharon a Sevilla y se inscribieron en el hotel como hermano y hermana. La idea se le ocurrió a don Santiago en el viaje del tren. Doña Gertrudis no podía soportar la mirada de curiosidad que rodea a los amantes.

—Serás mi hermana —dijo don Santiago aquella noche, en alta voz, con ese extraño goce que produce acercarse sin miedo a los que llevan mucho tiempo besándose secretamente.

Al poco tiempo don Santiago propuso marcharse a «San Rafael», una finca olvidada de su mayorazgo. A Gertrudis le entusiasmó el proyecto.

—Seré tu hermana mucho mejor que aquí.

—Todos te respetarán como te mereces —repuso don Santiago, que pensaba, otra vez, en sus escopetas y sus perros.

Día tras día, doña Carmen supo de ellos. Sabía que ella pasaba por su hermana ante todo el mundo y que don Santiago se había hecho labrador en «San Rafael». Supo también que don Santiago había dejado entrever en las conversaciones con sus contertulios, que se había separado de ella, de su mujer, porque doña Carmen le hacía la vida imposible.

Doña Carmen pensaba que ella podía haber tomado un coche y caminado hasta «San Rafael». Pero ¿para qué? Ella esperaba el aburrimiento, la vejez de don Santiago.

—Se compadecerá de mí y volverá. Entonces, lo tendré para siempre —se decía a sí misma.

Pero ahora todo había pasado, y ella estaba allí, en la misma habitación donde ellos se besaron tantas noches, escuchando las lechuzas aletear por encima del techo raso.

Doña Carmen reformó el caserío del cortijo. Mandó traer una familia de albañiles de Puerto Serrano, los Ayuso, que habían levantado todas las grandes casas de la región, y, bajo su experiencia, tiró los techos y levantó los muros cuatro o cinco metros. «No quiero ahogarme» —dijo a Juan, el mayor de los Ayuso, que dibujaba sobre las paredes la silueta del futuro cortijo.

Los carros fueron por vigas a Utrera, vigas de pino de Flandes tan curadas que parecían de cedro. Otros trajeron tejas de Arcos, tejas cocidas con el ramón de los chaparros. Se terminó el piso de arriba, y la fachada, con las ventanas y los cierros simétricos, tomó un aspecto imponente. Dos carpinteros, durante dos años, hicieron las puertas, los bastidores, las ventanas, todas pintadas de color ocre. Al final, doña Carmen, delante del caserío, en un pedazo que había servido para trillar los guisantes y donde

Encarna, la mujer de Gregorio, el aperador, tenía las macetas y las plantas de alhucema para los sahumeros, levantó una tapia, cerrada de una verja de forja de hierro macizo que entonces costó dos mil pesetas y hoy costaría cien mil. Dentro de él, sembró un jardín. Vino de Jerez un jardinero, un hombrecillo extraño que en la gañanía comía en escudilla aparte y los domingos salía solo por el campo, en busca de hierbas medicinales para los dolores de muelas y las ciáticas. Utilizaba, después, en su trabajo, recetas que había recibido en herencia de su abuelo, y que ahora solo encontraríamos en los libros de agricultura del siglo XVI: por ejemplo, enterraba ajos como colmillos de jabalí, en el mantillo, junto a los rosales, o los regaba con una infusión de hoja de oliva para alejarles la humedad y para que parieran rosas grandes siete meses al año. Él enseñó a doña Carmen el vicio de injertar rosales. Se les abría con una navajita una incisión, se les separaba la corteza verde, y, en la carne viva, se le introducía otro pedacito de corteza del rosal injerto con una yema encima. Luego, se cosían los dos, dándoles vueltas con un hilo y era como si se clavara un trozo de piel debajo de la piel, y aquel trozo produjese brazos o piernas de distinto matiz, pero con la misma sangre. A doña Carmen le temblaban las manos.

Cuatro pipas de latón, cada una de trescientos litros, vinieron de «El Caballo», la vieja guarnicionería de Sevilla, para regar el jardín. Las cuatro iban mañana y noche, ante la desesperación de Gregorio, a los pozos cercanos: el de la Niña, redondo como un morabito y donde lavaban las mujeres; el del Espino, en medio de los trigos, y el de las Siete Fuentes de donde manaba siempre un hilillo de agua, incluso los veranos muy largos, y los años secos, al pequeño río con galápagos y patos salvajes, que circundaban la finca.

Doña Carmen oía lejanamente las explicaciones de Gregorio cuando salían al campo, sobre la vereda gris, a ver cómo iban los sembrados. Doña Carmen tuvo, desde el comienzo, una preocupación: aumentar las yeguas. «Es una locura» —decía Gregorio, cuando se le ordenaba sembrar alcaceles en Enero, en tierras paniegas y fértiles. Pero empezaba a admirar a aquella vieja recia, que mandaba en voz baja, apretados los dientecllos de ratón, terca y segura, como si hubiera pensado mucho las mismas cosas.

Gregorio tuvo que ir de feria en feria, con el cinturón hinchado de onzas de oro, para comprar las mejores yeguas. Pronto tuvo la mejor yeguada de la región, y ella se llenaba de orgullo oyendo sus cencerros y las voces de los

veladores, de noche, desde su balcón. En verano cuarenta yeguas trillaban en la era emparvada, detrás de la casa, con cuatro trillos, sin confundir los trillos. Los sementales vivían en la cuadra oscura todo el día y solo salían dos veces a beber agua fresca y verde del pozo. Las yeguas grandes, panzudas, quietas, de cabeza pequeña, las venas señaladas en el cuello y en los hijares, levantaban la cabeza, los miraban y, luego, volvían al pasto. «Deben tenerles miedo» — pensaba doña Carmen.

Era también terriblemente difícil criar los potros. El potro está lleno de peligros constantes: se puede abrir de pechos, los gañafones, la boca. Los sábados venía el veterinario, la única persona de alguna importancia del pueblo que era recibida en «San Rafael». Gordo, con un bigote negro y unas botas de elástico azul, luchaba con los gañanes para reducir los potros enfermos, porque nadie puede adivinar, hasta no verlos, la fuerza que puede tener un potro de cuatro meses.

A los tres años de vivir doña Carmen en la finca, vinieron los dos años más duros de sequía que conoció el campo. Fueron dos años donde no llovió más que en Diciembre y de mala gana. El primer año, la cosecha fue buena, porque, en Andalucía, los años buenos para el trigo son los secos. Pero no hubo aceituna y, en los alcornocales, la bellota se cayó antes de que llegaran los cerdos. El segundo año, la raspa no dio espiga. Las yeguas, los cochinos, las dos piaras de ovejas, tuvieron que bajar de la dehesa por Febrero a comerse el sembrado. Gregorio extendió alrededor del caserío el ramón de los olivos.

—Voy a tener que poner un guarda a las Siete Fuentes.

Gregorio sumaba mentalmente el agua que le hacía falta para la finca. Las vacas, dos cubos por cabeza; los caballos y los mulos, uno; las ovejas, medio; los cerdos, fango.

—Ese jardín bebe como cien vacas.

Un día Gregorio no pudo aguantar más y entró en el jardín, dándole vueltas al pavero negro.

—Señora, este agua...

Doña Carmen, sentada en la butaca de mimbre amarillo le atajó:

—Gregorio, solo me importan las yeguas y el jardín. Ya lo sabes.

El segundo año no hubo paja. En Mayo quemaba el aire, y las dos o tres tormentas que se abatieron sobre el cortijo fueron secas, y los relámpagos restallaban como látigos amarillos. En el Pozo de la Niña se empezaron a ver

las paredes del fondo y solo había agua al amanecer. Los nidos de los vencejos, como se hicieron sin barro, no podían resistir el peso de los gurriatos y caían de las vigas. Fue un año de lagartos. Estaban en todas partes, dormitando, gordos, lentos, como si los alimentara el sol. El río se secó a trozos y se podía andar sobre las piedras del cauce. En los charcos, los peces se apretaban y la vida transcurría frenética. Pero, en Junio, el agua estaba ya podrida, y los chiquillos, todas las mañanas, venían con la noticia de que los galápagos y los peces aparecían boca arriba con la panza blanca hinchada.

Solo el arroyo del pie del cortijo corría aún gota a gota. A él acudían las cigüeñas y los animales. De noche, los pastores contaban que bajaban los tejones, los zorros, los gatos monteses. Una mañana, en el cielo azul aparecieron docenas de cigüeñas. Venían al olor del arroyo vivo. Las cigüeñas del caserío castañearon furiosas. Doña Carmen mandó que se las espantase con tiros de escopeta.

En el pueblo, los obreros, desesperados, apedrearon el Ayuntamiento. Doña Carmen dispuso que los cien obreros que dormían en la finca, no volvieran a ella, y recibieran los sueldos en sus casas, como si tal cosa. Todos los sábados subía Gregorio por el dinero y lo encontraba contado ya, en pequeños montones de cincuenta.

En Agosto, doña Carmen mandó cortar el arroyo para llenar las pipas. No hubo jamás rosas como las de aquel año. Tenían todos los jugos de la tierra, que habían acudido lentamente a aquel pedazo de tierra que se regaba. Les pesaba el perfume como si fuese almíbar.

Gregorio adelgazaba todos los días. Montaba a caballo desde el amanecer, galopando el término, las aletas de la nariz dilatadas, a la busca del agua. Soñaba con ríos enormes de agua poderosa. A media noche, mandaba las ovejas hacia los ríos de la provincia limítrofe, pero las ovejas se quedaban por el camino. Una tarde, bajó el porquero, silencioso, puso el largo látigo de tomiza sobre la mesa y dijo:

—Gregorio, los cochinos no se levantan hoy.

Gregorio anduvo como un autómata y entró en el jardín sin pedir permiso.

—¡Doña Carmen, esto es una Inquisición!

Doña Carmen leía en su butaca de mimbre un libro que había encontrado arriba, en el armario de su marido. Era el libro *de Agricultura* de Abu Zacarías, editado por Banqueri el año 1878. Le gustaba leerlo, porque parecía escrito por un hombre extraño que criaba su jardín también en una atmósfera de fuego. Estaba lleno de noticias deliciosas pinchadas en las páginas con alfileres: «Hay albahaca de tres clases»; «el jazmín conviene plantarlo en

Abril, de rama criada el año anterior y regado hasta que prenda». El arrayán «sufre» mucha agua. «Los rosales son blancos, leonados, encarnados, de color de lapislázuli o celestes por fuera y leonados por dentro».

—¡Esto es una Inquisición! —repitió Gregorio.

Doña Carmen pensaba que había leído que algunos reyes árabes criaban jardines en medio del desierto, con rosas rodeadas de arena y de sed. «Desde la sierra —pensaba— mi jardín se verá como uno de esos palacios, rodeados por el desierto de los barbechos encendidos y tostados como pan frito». Gregorio —preguntó, por último— ¿tú no has tenido nunca caprichos?

Sin embargo, aquel verano despiadado, interminable, como un castigo bíblico, era excesivo para sus nervios. El calor no la dejaba dormir de noche, y una madrugada oyó los bueyes de la estancia que mugían de sed. En la hoja del almanaque venía casualmente el tiempo que los seres animados pueden vivir sin beber agua. Un pájaro: 9 días. El hombre, 12. El perro, 20. La culebra —«la culebra de los graneros» recordó doña Carmen— 800 días.

—Esa no pasará sed.

Cuando vino Septiembre, doña Carmen estaba enferma y se levantaba muy poco de la butaca del jardín. Una extraña sensación de angustia la envolvía, y la idea de que nada podría vivir pasaba una y otra vez por su cabeza, como si Gregorio se la hubiera insinuado.

El ruiseñor que se destrozaba en el naranjo del patio, de cuando en cuando, sobre todo cuando las notas eran más transparentes y altas, se quebraba en un croar que recordaba las ranas. Por si fuera poco, los rosales fueron invadidos por una plaga de pulgones verdes, pequeñitos, que se fijaban en los troncos y chupaban la savia. Una tarde, doña Carmen recogió en su habitación una golondrina agonizante.

—Tiene sed —dijo Gregorio—. ¡Este año hasta las ranas van a dar dos pesetas por un vaso de agua!

Doña Carmen descubrió con horror que hasta las golondrinas tenían la cabeza llena de piojos.

Fue precisamente ese día cuando doña Carmen dispuso que engancharan el coche, y trajesen a Manuel, el corredor.



Capítulo III

LAS MULAS QUE LLEVABAN José Manuel y Antonio José Carrasco pasaron las lindes de «San Rafael» y tomaron un carril que había de llevarles al caserío. Eran dos mulas tordas, de paso igual, acostumbradas a llevar el mismo jinete y el mismo camino: de la cuadra de la casa, en el pueblo, al haza y mata de la «Señora», unas doscientas ochenta aranzadas entre olivar y tierra de labor.

Todas las mañanas, con lluvia o con sol, a las ocho en punto, salían al campo y, tras una hora de andar, llegaban al haza. Cuando los cascotes de las mulas volvían a sonar sobre las piedras de la calle, ya se sabía: eran las ocho de la noche. Un cuarto de hora más, y las mulas estaban amarradas a los pesebres, con un medio largo de cebada delante de los hocicos.

Subían, entonces, a una habitación pequeña, y en una mesa camilla cubierta por un hule a cuadros, ajustaban las cuentas del día al céntimo. Las diez en el reloj de la Iglesia, los dos se marchaban a dormir. Y así un día y al siguiente, y un año y al otro. Porque vivían en la más absoluta austeridad: jamás se permitieron un lujo, y para ellos fueron lujos muchas cosas que para la mayor parte de las gentes son pura necesidad. En el pueblo se contaba alguna que otra anécdota reveladora. Por ejemplo, aquella del tabaco de Antonio José. Un día que no había «liaíllo» en el estanco —un paquete de una perrilla—, Antonio José se permitió ordenar a la chiquilla comprase de otra clase superior: de una perrilla más. José Manuel recriminó acremente a su hermano:

—Mira, si tú estás dispuesto a tirar de ese modo la hacienda, me pongo yo igual. Y si no, espera: ¡a ver, niña, que me pongan un huevo frito!

Eran unos niños todavía, cuando se les metió en la cabeza el deseo de ser labradores ricos. Heredaron ochenta aranzadas de su padre, y, arañando los

ochavos, a los doce años de mal vivir, de no comer más que un plato, de no vestir más que un traje, trataron el haza y la mata de la «Señora» que colindaba con sus tierras, muy barata, en diez plazos, a razón de quince mil reales cada Septiembre. Fue aquel un negocio durísimo para ellos. Los olivos de la finca eran tan viejos que la yunta pasaba por la mitad, y, en la tierra, se criaban más piedras que espigas. Sin embargo, a fuerza de ahorrar, cada Septiembre, por San Miguel, José Manuel y Antonio José dejaban un día de ir al campo, se vestían unos ternos azules muy raídos e iban a dar los quince mil reales en las manos de don Felipe de Rojas, en la casa grande, cuyas puertas tenían de llamadores unas magníficas manos doradas.

—Hasta el año que viene —decían siempre a guisa de despedida.

Por fin, un San Miguel no tuvieron que despedirse con estas palabras. El haza estaba pagada y no tenían por qué volver.

—Me parece mentira —murmuró José Manuel, en voz baja, al salir—. Ya hemos comprado una finca.

Aquel día, Antonio José rebuscó en una alacena y sacó una botella de vino. No había más que una sola copa y en ella bebieron por turno una vez.

—Guárdala... Para la próxima tinca que compremos, beberemos de nuevo.

Pasaron quince años... ¡Quince años levantándose a la misma hora, aparejando las mulas, cuidando la tierra, vigilando los olivos, inclinándose cada vez que los cogeritos dejaban olvidada una aceituna en el suelo! ¡Quince años hablando contadas y casi idénticas palabras, el capote a la espalda por si llueve, el sombrero ancho por si el sol achicharra, las sopas de pan a la noche y la preocupación colgada de los ojos! Cosechas malas, en las que apenas si se coge lo que se sembró, y la aceituna que se pica, se cae, se agosta o la roban. De cualquier forma, los gastos eran tan reducidos que, cuando soplaron un par de años buenos, la caja de los billetes comenzó a llenarse de prisa. El aceite subió un poco —un real por kilo—, y esta subida les sorprendió con las tinajas llenas.

Inesperadamente, José Manuel comenzó a concurrir al casino. Llegaba allí, con su paso menudito, con su terno azul, y se mezclaba en los corros y en las conversaciones, con su cara de hombre que busca, perpetuamente, una peseta debajo de la mesa. Algunas noches, porque no dijeran, tomaba un café. Se veía que el café había sido discutido por los dos hermanos y formaba parte de los gastos permitidos para conseguir algún beneficio más tarde. Sin embargo, como el café costaba siete céntimos, y el camarero acostumbraba a no tener cambio para quedarse con los tres céntimos que restaban, José

Manuel tomaba dos cafés, uno detrás de otro. «Siete y siete son catorce —decía—. Así no perderemos más que un céntimo».

Una noche, de vuelta del casino, José Manuel dijo a su hermano:

—Me gustaría hablar contigo. Quiero contarte un sueño...

—Te escucho —respondió Antonio José—. Comienza...

José Manuel bebió un sorbo de agua, se levantó y cerró la ventana. Los dos hermanos vivían solos en la casa; pero, a pesar de todo, se cercioró, abriendo, de repente, la puerta, de que no había nadie escuchando detrás. Luego volvió a sentarse:

—Es el levante que empuja la puerta —dijo Antonio José.

Era Septiembre y los granos dormían en sus almacenes, pared por medio de aquel cuarto donde hablaban. A los dos hermanos les gustaba —era el único placer permitido— abrir, de cuando en cuando, los almacenes, asomarse a la puerta, y ver el montón de trigo o de maíz recogido —un grano limpio hasta la exageración—, y calcular, a simple vista, los duros de plata que representaban. No era mucho, pero para ellos un ochavo constituía una suma apreciable, una moneda que aumentaba el total. Además una vez los dineros en el cajón de la mesa del escritorio, ningún terremoto podría sacarlos de allí, como no fuera para llevarlos a la notaría.

—Verás. He soñado lo siguiente: tenemos unos trescientos mil reales en esa mesa.

—Bien.

—Escúchame: podemos pedir a don Tomás cien mil reales de préstamo.

—¿Pedir dinero a don Tomás? —preguntó Antonio José como si acabaran de proponerle que le despellejasen vivo.

—Escucha hasta el final. Trescientos mil reales, más cien mil, son cuatrocientos mil reales en números redondos. ¿No es eso?

—Justo. Pero ¿a qué viene todo ello?

—Pues que, con cuatrocientos mil reales, podríamos ir a ver a doña Carmen.

Antonio José se puso en pie de un salto.

—¿Se vende acaso «San Rafael»?

—¡Quién sabe! La señora está cansada. Es mucho cortijo para ella. Aquello se lleva muy mal, muy mal. Han levantado un jardín, mientras las zahúrdas se resquebrajaban. La sequía le ha apretado las encías a la tierra y llevan dos años sin recoger cosecha. Los mulos no comen, y no pueden trabajar hondo, como labramos nosotros. Arañan la tierra por encima, y así no

sirve. He oído en el casino que la señora no sale de sus habitaciones. ¿No comprendes cuanto quiero decirte?

—Te comprendo. Pero con cuatrocientos mil reales no se compra «San Rafael».

—Ya sé que no se compra. Pero óyeme la operación. Nosotros lo compramos en dos plazos. Ahora, entregamos los cuatrocientos mil reales primero: trescientos mil nuestros, cien mil de don Tomás. A los cinco años, liquidamos el otro plazo: otros cuatrocientos. Hay cinco años de por medio: uno, para devolver el dinero a don Tomás, y cuatro para reunir cuatrocientos mil reales. Y en paz. Me parece que ochocientos mil reales se pueden dar por esas tierras y por el apero de labranza del Mayorazgo. Vamos, me parece que se pueden dar...

Antonio José cerró los ojos, como si la idea se concretara en el aire.

—Desde luego, se pueden dar.

—Es una tierra negra, crujiente, harta de que la labren de mala hechura desde que murió don Santiago. A nosotros se nos va a rendir muy pronto. ¡Y figúrate lo que sería vernos dueños de mil quinientas fanegas de tierra!

—Sería la felicidad —dijo Antonio José, y le temblaron las manos.

Durante unos segundos guardaron silencio. Se veían ya con sus mulas, por aquellas tierras, cada mañana. Veían los sembrados doblados por el peso de las espigas, los almacenes llenos a reventar hasta la puerta.

Fue Antonio José, sin embargo, quien quiso aclarar algunas dudas:

—¿Y tú crees que podremos reunir quinientos mil reales en cinco años?

—Creo que sí. Tenemos granos sin vender, trescientas arrobas de aceite en el molino, ciento noventa primales...

—Hemos de comprar algunas cosas.

—Se compran. Respecto a nosotros, hay que apretarse el cinturón hasta el último agujero de la hebilla. ¿Estás dispuesto?

—Lo estoy en principio. Déjame pensarlo por una noche.

—Piensa que merece la pena. Saldremos del rancho para entrar en el cortijo, pasaremos de rancheros a labradores. Ya es hora de que veamos verdaderos peces de trigo en la era. Porque esa tierra negra nos hará ricos en unos años.

Antonio José pensaba que todo aquello era demasiado hermoso para ser verdad.

—¿Qué te parece, entonces, mi sueño?

—Voy a soñarlo yo también. Mañana te contesto.

A la otra mañana, antes de aparejar las mulas para ir al haza, Antonio José dijo a su hermano:

—Conforme en todo. Cuando quieras vamos a ver a la señora.

—Pues, ahora mismo: ¿a qué retrasarlo más?

Y montando en sus mulas, ante la sorpresa de estas, no cogieron aquella vez la trocha del haza, sino que se dirigieron por el camino de la derecha hacia «San Rafael».

Muy pronto estuvieron dentro de la finca. Bajaron de las mulas, escarbaron en el suelo, y se levantaron con un montoncito de tierra negra dentro del puño. Después se miraron atentamente y casi la llevaron a los labios, como si fueran a probarla o a besarla.

—¡Es gloria pura!

Más tarde, a medida que avanzaban por la finca, las críticas se sucedieron. Tenían esa mirada de los hombres acostumbrados a inspeccionar el campo.

—Los mulos están muy flacos. ¿No te lo decía?

—Esas puerkas necesitan más grano.

Dieron una vuelta para ver el pozo. Estaba casi seco.

—¡Hum!

Y movían sus cabezas a cada paso, como marionetas. Pero, sobre todo, cuando vieron los jardines verdes que abrazaban al caserío, fue cuando la crítica resultó más amarga:

—¡Esto es bochornoso!

—¡Qué vergüenza!

—¡Lo que ha tenido que soportar «San Rafael»!

—¡Cómo quieren que así produzca una finca! A las tierras hay que entregarse por entero, como si fueran una...

Iba a decir «mujer» pero calló. Nunca habían hablado de ellas: no tenían tiempo ni capital para eso.

—Hermano, la mujer es un lujo de ricos —repetía Antonio José—. Cuando nosotros seamos ricos, llegará la hora de tenerlas.

Y no se le ocurría pensar que había cumplido cincuenta y tres años y que su hermano rondaba ya los sesenta.

Gregorio no se extrañó mucho al verlos desmontar delante de la puerta de «San Rafael». Recogió las riendas de las mulas y las ató a las rejas del piso bajo, despaciosamente. Olfateaba, por instinto, los nuevos amos de «San Rafael».

—¿Es posible hablar con la señora?

Gregorio subió con el recado, y la señora dijo que sí:

—Nada se pierde con oírlos. ¿No es verdad, Gregorio?

José Manuel y Antonio José pidieron permiso para entrar, nerviosos, con sus sombreros de azul desvaído en las manos. Si dijéramos que era la primera señora a la que iban a hablar ¿lo creeríamos? Pues era así: nunca habían tenido ocasión de hacerlo, ni ellos la buscaron tampoco. Doña Carmen notó su intranquilidad y procuró ayudarles:

—¡Adelante!

José Manuel, como mayor, se encargó de exponer el asunto. Al comienzo anduvo vacilante; más tarde fue recobrando su aplomo, y buscó el grano de la cuestión a base de emplear las palabras justas, las palabras pensadas y repensadas muchas veces.

—Le daríamos cuatrocientos mil reales si usted nos firma un vendí de «San Rafael». Y, a los cinco años y en la misma fecha, otros cuatrocientos mil, más los intereses de esa cantidad. En la venta entra también el apero de labranza.

—¿Pero quién les ha dicho a ustedes que yo vendo la finca?

—Nadie. Esto se huele, doña Carmen. Usted está ya cansada de «San Rafael».

Doña Carmen pensó que podría divertirse oyendo a estos dos hombres extraños, de los que había oído hablar a la gente del pueblo.

—¿Y ustedes no se cansan de la lucha? —preguntó—. Vamos: la verdad.

José Manuel se turbó ante la pregunta inesperada, y su hermano, Antonio José, salió en su ayuda.

—No, doña Carmen. Hemos nacido para eso.

Calló, avergonzado, quizá de haber hablado demasiado.

—No los comprendo —repuso doña Carmen—, pero en fin, cada persona tiene sus manías...

Tercos, callados, los Carrasco no hablaron más. Daban la sensación, al haber descubierto su secreto, de estar vacíos.

Doña Carmen volvió al negocio:

—En principio, la proposición no me disgusta. De este modo, cuatrocientos mil ahora y cuatrocientos mil dentro de cinco años, son ochocientos mil reales lo que ustedes me ofrecen por «San Rafael». Cuarenta mil duros ¿no? Me parece muy poco.

—Pues eso es lo que vale. Mejor dicho, tal como está, vale menos —contestó José Manuel.

Estaba, otra vez, en lo suyo: el negocio, el dinero regateado, los miles de reales. «Los jardines no cuentan, señora» —iba a añadir; pero se contuvo a tiempo, mordiéndose, ligeramente, los labios manchados por el humo del tabaco malo.

—En resumen —dijo doña Carmen, poniéndose de pie—, lo decidiré la semana que viene. Pero que conste, que si acepto, lo hago con las siguientes condiciones: si a los cinco años, en la fecha convenida, no se pagan los cuatrocientos mil reales que restan, dinero en mano, se pierden los cuatrocientos mil que me entreguéis ahora.

Recalcó las palabras «se pierden», como si esas palabras la mantuvieran lejos de aquellas cuatro manos menuditas de los dos hermanos, hechas para contar los céntimos.

—¿Conformes?

—Conformes —comentaron José Manuel y Antonio José al unísono.

Al salir, respiraron fuerte: les parecía que «San Rafael» era más suyo que a la entrada.

Los acontecimientos se precipitaron. La semana siguiente, Gregorio vino al pueblo a comunicar a los hermanos Carrasco que la señora aceptaba. Aquella misma noche fueron los dos hermanos a casa de don Tomás. Don Tomás vivía en un caserón, en una de las callecitas del pueblo. Su juventud debía haber sido muy extraña y él no hablaba nunca de ella o cambiaba la conversación cuando se le insinuaba algo. Su historia comenzaba, pues, la noche que llegó al pueblo y de la diligencia bajó un baúl que, según las gentes, iba cargado con monedas de oro.

Es absurda la teoría de que el dinero es una cosa estéril; estos hombres saben que el dinero se multiplica subterráneamente, como las larvas o los termites. Don Tomás prestaba al 50 por 100 como mínimo. La técnica era muy fácil: el pagaré se firmaba por la cantidad y el interés: «He recibido —escribía la víctima— la cantidad de 1500 pesetas que pagaré el 19 de Diciembre del año en curso...». Y la verdad era haber recibido mil.

Don Tomás era otro hombre menudito, que vestía un traje raído, muy atildado, muy limpio. «El agua no cuesta dinero» —decía. De él se contaban historietas muy divertidas. Por ejemplo: que su tertulia, compuesta por dos usureros como él, apagaba la luz y se quitaban los pantalones para no desgastarlos, o que un invierno se dejó pudrirse todas las muelas,

estoicamente, en medio de dolores atroces, para no llamar al médico, que, entonces, cobraba dos pesetas por visita.

Don Tomás se frotaba las manos: «¿Los hermanos Carrasco?». Aquella visita le desazonaba. Como lobos de la misma carnada, se observaron despacio. —¡Vamos a ver! ¡Vamos a ver, señores...!

Los hermanos Carrasco traían aprendida la papeleta: los negocios no iban bien. Habían pensado solicitar un crédito de cien mil reales... En la hipoteca quedaría la mata de la «Señora», que, como don Tomás sabía, valía por arriba de los doscientos mil.

Don Tomás parpadeaba rápidamente. «¿Para qué querrán el dinero?» —pensaba. Luego habló melifluo:

—Nada de hipotecas, señores. Ustedes tienen en esta casa el crédito que deseen. Cien mil, doscientos mil... Un pagaré sencillo, y basta.

Los hermanos Carrasco se inclinaban, ceremoniosos. Pero, después, vino la cuestión de los intereses.

—Naturalmente, con ustedes tendré que hacer una excepción...

En realidad, don Tomás admiraba a aquellos dos hombres cuya vida conocía al dedillo, como la de todo el pueblo. En el fondo, adivinaba en ellos la misma resistencia, la misma terquedad heroica para reunir dinero. Solo había una leve diferencia: los hermanos Carrasco creían que el dinero debía transformarse en tierra. «Solo es rico el que tiene tierras, bienes raíces, sólidos, indestructibles. El dinero puede perderse. La tierra cría plata...». «¡Tonterías! —opinaba don Tomás—. Quien cría plata es la plata...».

—Pondremos un interés prudencial. Un 25 por 100 ¿no les parece a ustedes?

Los hermanos Carrasco se batieron, peseta a peseta, durante tres largas horas. Don Tomás oía, sonriente, las palabras acostumbradas; pero pronunciadas, ahora, con una dureza, con una expresión distinta:

—Los negocios están muy mal... Aunque la finca responda. No sabemos...

—¿Pero, para qué querrán el dinero? ¿Para qué lo querrán? —pensaba don Tomás.

—Usted sabe cómo anda todo... Nosotros somos gente seria...

Don Tomás cortó, por último:

—Bueno. Se trata de ustedes. Dejémosle en 22.

—¡Una locura! ¡22 por ciento!

—Sí: 22. Pero, luego, no digan por ahí que don Tomás se ablanda.

Los Carrasco meditaron. «Tenemos prisa» —debían pensar para sus adentros. Silenciosamente, extendieron el pagaré:

«Hemos recibido la cantidad de 122 000 reales...».

Al día siguiente, por la tarde, y ante la presencia de don Simón, el notario, que accedió a venir «a regañadientes» a «San Rafael», los hermanos José Manuel y Antonio José Carrasco entregaron a doña Carmen los cuatrocientos mil reales convenidos, o sea la primera mitad del importe de la finca.

Doña Carmen mandó a Gregorio que los contase, y planeó su viaje para el otro día. El coche de mulas le llevaría a la estación más cercana, a unos treinta kilómetros.

A la puerta del caserío, tan solo la despidieron los dos hermanos compradores, la familia de Gregorio y el boyero.

—Que rieguen mi jardín —fue lo último que dijo doña Carmen, ya dentro del coche, sacando una mano enguantada por la ventanilla para decir adiós. José Manuel y Antonio José Carrasco se inclinaron, mientras la saludaban con el sombrero. Finalmente, cuando el coche se perdió entre el polvo, los dos hermanos se miraron y sonrieron.

—Bueno... pues, ahora, a trabajar y sin perder un segundo. Cinco años se pasan corriendo, y hay que juntar la otra mitad. Un poco de suerte y «San Rafael» es nuestro.

Estaban felices y no tenían necesidad de palabras para comunicárselo el uno al otro. Solo que esta alegría fue cuestión de unos segundos. De repente se volvieron serios y llamaron a Gregorio:

—Vamos a revisar los arados, enseguida, y las yuntas. No hay tiempo que perder.

Gregorio, por toda respuesta, bajó la cabeza y echó a andar delante de ellos.

Y, en efecto, sucedió como José Manuel Carrasco vaticinaba. Aquel año fue mediano, pero se araba como nunca se había arado en «San Rafael», y, al año siguiente, rindieron aquellas tierras una cosecha buena. Bien es verdad que, por el contrario, se murieron los primales y malparieron algunas yeguas, mas el trigo creció a su gusto con los nuevos amos, que se pasaban el día y la noche viéndole, casi escuchándole, crecer.

Cuando llegó el verano, las espigas eran largas, firmes con una barba de varios días alrededor del vientre. Cuando se desmenuzaba una espiga y se

soplaba para que volara la paja, quedaban catorce o quince granos en mitad de la palma de la mano.

Los almacenes se limpiaron, se encalaron y repasaron los tejados de las goteras del invierno y se compraron puertas nuevas. A mediados de Junio comenzaron a llegar las primeras cuadrillas de segadores. Eran portugueses que trabajaban a destajo, de sol a sol, con los labios agrietados, con dediles de caña en vez de dediles de cuero, y que, luego, contaban cosas muy extrañas de muertos y apariciones en la gañanía. Casi desde el amanecer, las hoces se hundían en el aire, como en una fruta azul que se cortara a navajazos. Los segadores abrazan las espigas antes de cortarles de un tajo su cuello de paja, húmedo y resbaladizo por el rocío. Al mediodía, las espigas brillan como viriles de oro demasiado frágiles. José Manuel y Antonio José se levantan de noche aún, y las primeras luces amarillas les cogen ya en sus tierras. Porque no han consentido en dormir ni una sola vez en el caserío de «San Rafael». No pueden dormir más que en su casa del pueblo, junto a la caja donde se aprietan los billetes grandes con una cinta de goma, sintiendo, abajo, las patadas de las mulas en la cuadra. Lo que hacen es volver más tarde del campo y salir más temprano hacia él. Por lo demás, día tras día, cuidan de «San Rafael» y siguen, como antes, con su haza, ajustando las cuentas al céntimo, mientras apenas si gastan un par de reales en vivir. Mas, ahora, ¿quién no se levanta a las claras para admirar el trajín de su campo? ¿A qué amo se le pegan las sábanas al cuerpo, cuando se levantan sus haces con el tenedor de madera del viergo y se convierten las carretas en enormes garberas que andan? ¿Y quién no disfruta al contemplar la era ya preparada —regada y enchascada de paja—, dispuesta a soportar los cascacos de las yeguas inquietas? La era de «San Rafael», grande como una inmensa calva, precisaba veinte carretadas para emparvarse. Los dos hermanos miraban el vacío de haces que dejaba en el sembrado la parva del día, y calculaban, a la vista del pez de trigo, la bondad de la cosecha.

Aquel año, la paja estaba muy dura y se enganchaban diez mulos a tres trillos para remover aquel berenjenal de espigas; luego, retilaban cinco cobras de yeguas —a cuatro por cobra—, sujetas de la mano del trillador, la punta del látigo picoteando los flancos sudorosos de los animales.

A partir del mediodía, la fila de los aventadores lanzaban la parva al aire con sus viergos, y el grano caía abajo, más pesado, como un enjambre de oro, mientras la paja volaba afuera. Lentamente el pez de trigo se dibujaba sobre el suelo. En la posible largura y grosor de este pez, se medía la tristeza y la

alegría de los hermanos Carrasco. Solo que en este aspecto de aforar el pez de trigo, vivo y coleando aún en la era, los dos hermanos tenían un ojo finísimo.

—De la cabeza a la cola hay aquí unas ochenta y cinco fanegas.

Y no marraban ni en un par de fanegas de diferencia.

Por último cribaban el pez y lo metían en unos sacos de lona, marcados con una C, que vaciaban en los almacenes.

—¿Se llenará el almacén, llegaremos hasta esa raya, o ganaremos la puerta? —se preguntaban los hermanos.

La respuesta tardaría en contestarse un par de meses aunque, a medida que el tiempo anda, ya se sabe, más o menos, hacia dónde se llegará con el trigo.

—Nada, lo conseguimos: hasta la puerta.

—Buen golpe. Otro como este, y tenemos a «San Rafael» en el bolsillo.

Acaban de darle dos vueltas de llave a la puerta del almacén. La cosecha está ya dentro, salvada y segura. José Manuel y Antonio José se sienten satisfechos. Han visto la piara de los primales inflada en el agostadero; el ganado, en general —yeguas, bueyes y mulos—, está gordo también, listo para meter el cuello levantando las tierras endurecidas, agotadas por el parto.

José Manuel y Antonio José contaron los primeros 122 000 reales de don Tomás.

—Hay que llevárselos mañana a prima. Ya nos conocemos.

A las seis, antes de que naciera el alba, estaban los dos hermanos en la puerta de don Tomás. En el barranquillo había sentado un hombre alto, vestido de negro, la boca grande y fina.

—¿Vienen ustedes como yo: a cancelar una hipoteca? —dijo aquel hombre mientras daba una larga chupada a su cigarro.

Los dos hermanos no contestaron.

—Hacen ustedes bien en venir temprano.

Al hombre le brillaban los dientes en la oscuridad.

—Don Tomás lo que no quiere es que le paguemos —continuó—. Hace diez años perdí una finca por diez horas. Pero ya no me pasa más.

A las ocho, el propio don Tomás abrió la puerta.

—Pasen, pasen, señores... ¡Cuánto bueno por aquí!

José Manuel y Antonio José contaron los 122 mil reales del pagaré, meticulosamente.

Pasó un año. Al mes de Junio siguiente, cuando vendieron el trigo, volvieron a contar ciento diez mil reales en el cajón. «Aún nos quedan tres

años», se dijeron. Desde luego, que podían suceder muchas cosas, mas lo probable, casi seguro, es que la finca se pague. Hay que luchar mucho todavía, suprimir algún que otro gasto, aunque parezca imprescindible, pasar hambre, si fuera preciso; pero «San Rafael» ha de ser de ellos.

Y lo será por muchas contrariedades que aparezcan. Verbigracia, el incendio de cien aranzadas de sembrado la noche del nueve de Julio. Acababan —como quien dice— de llegar a su casa. Avisaron unos vecinos, subieron a la azotea, y, pálidos, descompuestos, montan a escape en las mulas que levantan chispas al trotar, como si las piedras de la calle fuesen piedras de mecheros.

—¡«San Rafael» se les quema! —comentaban las gentes.

Ardía un buen pedazo cuando llegaron. Rápidamente se preparan los cortafuegos, se siegan, febrilmente, bajo la luna, unas rayas de unos cuatro metros de anchas, se ahondan trincheras... Sin embargo, fue el viento quien al cambiar, apagó el incendio que amenazaba destruir, en unas horas, la cosecha. Con el alba el peligro pasó por completo. Y no era esto lo peor. Otro incendio —quizás más peligroso— se alzó contra el esfuerzo de aquellos hermanos Carrasco por hacerse con la finca: las huelgas que hierven por doquier, la agitación anarquista, y sobre todo, la Mano Negra, que busca las paredes más blancas de los cortijos para imprimir su huella fúnebre.

—Pero... ¿qué queréis? —pregunta José Manuel a los agitadores—. Comer sin trabajar. Fijaos en nosotros. Éramos pobres como ratas y aquí nos tenéis. ¿Y sabéis cómo? Metiendo los puños y apretando los dientes. Noches y noches sin pegar un ojo, y días enteros fijos en el pegujal, como las liebres. Así es como se consigue el ser ricos. Y ahora ¿qué queréis? ¿Ponernos trabas para que no podamos pagar la mitad que nos queda? Pues quien piense así se equivoca. Si no queréis segar, mi hermano y yo, y quien nos acompañe, segaremos y trillaremos, y ¡ay! del que se nos ponga por delante.

De este modo, por las malas y por las buenas, medio convencidos a veces, por las voces y las razones que daban los Carrasco, se segó y trilló aquel año. Tampoco escaparon mal. Cuando contaron en Mayo, pasaban de los doscientos mil reales los que se guardaban en el cajón.

La Mano Negra, mientras tanto, apretaba sin piedad las gargantas de los propietarios, o hundía las navajas en el vientre de los guardas o aperadores que no obedecían. Nadie en el campo se consideraba a salvo, ni tranquilo. Se trataba de una sociedad secreta rural, al estilo de las *maffias* italianas,

organizada a base de misteriosos conciliábulos en chozos de cabreros, cada vez en uno distinto, entre embozados, y con un cierto aire de brujería, de donde partían órdenes concisas y terribles que no había más remedio que cumplir.

Los iniciados actuaban como sonámbulos, entre el miedo y el odio de las víctimas. Tengamos en cuenta, además, que los tentáculos de la Mano Negra se extendieron durante diez años en la zona baja de la Sierra de Cádiz, una zona minada ya por el bandolerismo secular, el contrabando y la cacería furtiva, entre alcornocales espesísimos o las dehesas de quejigos de la larda, tan salvaje que a los mismos corzos les costaba trabajo abrirse paso, y donde no había más camino que los carriles hechos por los astilleros navales de San Fernando para sacar los grandes troncos rectos que iban a servir de mástiles de fragatas y quechemarines.

José Manuel y Antonio José, como medida de precaución, volvían del campo con un buen pedazo de sol. Sin embargo, al llegar la primavera siguiente, creyeron estar más seguros en «San Rafael» que yendo y viniendo al pueblo, y se trasladaron, sin decir nada, al caserío. Trajeron dos o tres mastines, unas escopetas y, a media noche, sobre una mula, una caja que ellos mismos dejaron en el piso de arriba.

La cosecha del año fue regular, y los hermanos Carrasco contaron en la caja trescientos diez mil reales. Tan solo faltaban noventa mil, y, aunque de la cosecha próxima no se espere mucho —los sembrados amarillean, podridos por la lluvia—, son dueños de una soberbia piara de primales de dos años, que va a servirles para redondear la suma cuando se vendan en Agosto, con once o doce arrobas por cabeza.

Así pues, todo quedará resuelto en la fecha convenida. Los dos hermanos no viven más que para eso. De cuando en cuando llegaban a «San Rafael» noticias alarmantes del pueblo. El secuestro de don Diego, camino de la Huerta del Lobo. Don Diego fue llevado a pie, durante muchos días, con los ojos vendados, y encerrado, por fin, en el desván de una casa desconocida. Tres meses tardó la familia en reunir el dinero; entonces no había Banco y el dinero se encontraba con dificultad. A los tres meses, don Diego fue devuelto con el pelo blanco y ciego. Cuando le quitaron la venda, que había llevado durante cien días y cien noches, no veía, ni vio más.

Otro caso espeluznante fue el de don Alberto. Don Alberto fue raptado a la puerta del casino, por gentes que llevaban la cara tapada por antifaces. Lo montaron en un caballo, con los ojos vendados, y lo hicieron cabalgar toda la noche. Al amanecer, lo bajaron del caballo y a empujones lo hicieron entrar

en una casa y subir unas escaleras. Cuando le quitaron la venda, se encontró en una habitación interior donde no había más que un catre y una silla. Un hombre, también con la cara tapada, tabicaba la única salida delante de él. Dejaron solo un pequeño tragaluz que cerraba por fuera y que daba a otra habitación interior. Por la mañana lo abrían un rato, para que entrara el aire, y le dejaban un kilo de pan y una jarra de agua.

El hijo de don Alberto, un mozo alegre y juerguista, famoso en el pueblo, reunió a la familia y pidió que esperaran un mes. Durante ese mes desapareció. «Ha ido a la ciudad por el dinero» —dijeron en su casa. Pero donde marchó fue a casa de un hermano suyo, y de allí salió disfrazado de mendigo viejo y andrajoso, que tocaba una guitarrilla.

En el mes de plazo recorrió el término y en cada caserío se detenía, cantaba una cancioncilla con voz cascada y, luego, pedía los mendrugos sobrantes. Al mes, volvió, sin disfraz, y ordenó a la familia que pagaran el rescate.

Vino don Alberto pálido, desencajado, como un fantasma. A los diez o doce días se encerró su hijo con él en una habitación.

—Padre... ¿durante los días de su encierro no oyó usted un pobre que cantaba?

Y tarareó, encorvándose, la cancioncilla que había cantado durante un largo mes.

A don Alberto se le iluminaron los ojos. En el encierro los más leves ruidos extraños son una revelación.

—¡Sí! ¡Sí! Lo he oído.

—¿Y qué día lo oyó usted?

Don Alberto meditó:

—El doce, a las once de la mañana, poco más o menos...

El mozo repasó una libreta donde apuntaba las fechas y nombres de caseríos.

—Ya está. A las once de la mañana del doce... Es en el rancho del Bermejál. Vamos al Cuartel de la Guardia Civil.

Fue así como cayeron los primeros cómplices de la Mano Negra.

José Manuel y Antonio José oían estas historias, temblorosos.

—¡Santo Dios! ¿Dónde vamos a parar?

No quieren oír más cosas. Ellos, por lo visto, tienen suerte. Bien es verdad que su campo está ya en la campiña, y la sierra solo se divisa como una sombra azul. Nadie aparecía por allí, como no fuera para pedir trabajo. De esta forma, hicieron la recolección —pésima, por cierto— y quedaron

pendientes de la venta de los primales. José Manuel hacía la cuenta de memoria:

—Justo. A dos duros la arroba, nos sobran aún veinte mil reales.

—Faltan veintidós días para tomar el dinero de la piara y treinta y seis para entregar la totalidad a doña Carmen —decía Antonio José.

—Ese día beberemos dos copas en lugar de una. Las tenemos ganadas.

—Podríamos bajar también a la ciudad.

—Iremos. Necesitamos comprarnos ropa. Porque debemos pensar en casarnos. Es preciso tener hijos a quienes dejarles todo esto.

Y señalaba con su mano extendida el paisaje abierto hasta el Salado.

Era Septiembre otra vez, y los días parecía que no terminaban nunca. Se agarraban al día anterior, desesperadamente, o se enroscaban en sí mismos, sin caer nunca, como si estuviesen pegados en el calendario. Los dos hermanos apenas si salían del caserío, y consumían su impaciencia paseando de una habitación a otra, hasta caer rendidos.

—¡Mira que si los primales enfermaran!

Pensaban lo mismo y no se atrevían a decirlo.

—¡Sería horrible!

Desde luego lo sería, faltándoles ya tan poco. Por eso, no querían ni verlos, y cuando Gregorio hablaba de la piara, se tapaban los oídos. De noche, no dormían; daban vueltas en la cama, hasta el amanecer. Cuando conseguían agarrar la cola del sueño, caían en pesadillas donde se veían de pie, entre los primales que morían a su lado, hasta perderse totalmente la piara.

Para colmo de males, el comprador no llegó el día señalado, sino siete días después. Un día más en venir y, quizás, no hubiesen podido aguantar; quedaba maíz para tres piensos escasos, y el problema hubiera sido pavoroso. Por otra parte, no cabía aparentar la menor prisa, desconfiaría el comprador del estado de salud de los primales y capaz sería de dejarlos colgados.

El comprador, gordo, vestido con un traje de rayas, los espiaba en sus menores gestos, sentados, frente por frente, en la sala de abajo, en un sillón de enea.

—¡Mal negocio! —decía, moviendo las gruesas y blancas manos donde brillaban unos anillos de plata—. Me he cogido los dedos. Los cochinos no valen nada.

—Déjelos, si quiere. Por nosotros, ya ve usted... Son dos pesetas seguras de ganancia en arroba, la quincena que viene. Están haciendo todavía, y, si llegamos a sospecharlo...

—Pues, por mí, dejemos el negocio.

—Hecho —contestaron los dos hermanos en el acto, la saliva seca.

El comprador, ante la seguridad, dudó:

—La cosa es que... A mí no me gusta quedar en mal lugar. La palabra es la palabra, se pierda o se gane...

Los dos hermanos se precipitaron por la brecha abierta:

—Pero si ambas partes están conformes en dejarlo... ¿qué mal hay en ello?

—Será mejor. Dejado está —remachó Antonio José.

—De ninguna forma —saltó, convencido, el comprador.

Los dos hermanos gruñeron; por dentro, reventaban de satisfacción.

—Lo dicho, dicho. ¡A pesar!

Cuando se desentendió el último primal y se cantó su peso —9 con 8—, una libra menos por la soguilla, los dos hermanos se retiraron de un lado y el comprador por otro. Ajustaban la cuenta. Los dos hermanos mojaban el lápiz en la lengua, de continuo, y la sentían seca y amarga como un trapo sucio.

—Sesenta y siete mil reales —dijo José Manuel.

—Buenos son —contestó el comprador—. Vayamos dentro.

Entraron en el caserío y cerraron la puerta. El comprador abrió su blusa y sacó una bolsa sudada.

—Uno, dos, tres...

Los billetes pasaban de una mano a otra y Antonio José volvía a contarlos, lentamente.

—Listo. ¿Hay satisfacción?

—La hay.

—Pues ni una palabra de más... ¡Suerte y a seguir metiendo dinero en el buche!

—Así se hará.

Aquella noche sacaron la caja de su escondite y se hizo el recuento final: cuatrocientos veintiséis mil reales.

Por primera vez —desde hacía un par de meses— los hermanos Carrasco durmieron como unos benditos, y no despertaron hasta que el sol afiló sus espolones por los ladrillos del cuarto.

—Cinco días nos quedan para ir a ver a doña Carmen —dijo Antonio José que contaba las fechas cada mañana.

¡Cinco, cuatro, tres, dos días, ya tan solo!

—Mañana iremos a pagar. Nuestra hora se acerca.

Son las nueve y media de la noche. La sopa de pan está dispuesta, humeante, sobre la mesa. José Manuel se levanta y trae una botella de vino:

—Como mañana por la noche dormiremos en el pueblo, he pensado que es ahora cuando debemos tomarnos un par de copas cada uno.

A Antonio José le brillan los ojos cuando ve colorearse el cristal de la copa con el vino rojo, igual que si unos labios de muchacha se hubieran deshecho dentro.

Bebe Antonio José muy despacio; bebe José Manuel cerrando los párpados a cada sorbo; quiere beber, de nuevo, y se queda con la botella suspensa en el aire...

¿Pues, no ladran con furia los perros? ¿Qué será?

Se oye gritar fuerte, afuera. Unos hombres corren hacia la casa, por el patio del caserío, como en una descubierta. Ladran los perros. Dos disparos desgarran la noche, esos disparos antiguos, secos y rotundos, que parecían precipitar la angustia sobre los tejados.

—¡Santo Dios! ¡La Mano Negra!

Los dos hermanos Carrasco, blancos como la pared, intentan cerrar la puerta de la casa. Es tarde. Los que sean, suben por la escalera. ¿Y si, al menos, pudieran asegurar la puerta de la habitación? Está cerrada; pero los asaltantes la golpean con hachas, con estacas de olivo. La puerta cede, y los hermanos Carrasco caen hacia atrás. Entonces pretenden luchar, arañar, morder, apretar el cuello a los hombres que entran. La lucha es corta y rápida. Son diez o doce hombres delgados, bajitos, con el antifaz sobre la cara, aunque no pueden ocultar que son campesinos, sobre todo por sus manos, grandes, bronceadas, con las uñas ribeteadas de negro. El que se hacía pasar por jefe, el más alto, llevaba un sombrero de ala ancha sobre el antifaz.

—Amarrarlos a las sillas.

Pero los dos hermanos Carrasco no se han rendido aún: quieren gritar, pedir socorro. Uno de aquellos hombres, maldiciendo, se acerca y les mete un puñetazo en la cara. Los dientes tiemblan y sangran. A José Manuel le sale un hilillo de sangre de la comisura de los labios, baja por su cuello y mancha el cuello de su camisa. Antonio José lo mira con los ojos espantados, desmesuradamente abiertos:

—¡No pegarle, canallas! Respetad sus canas.

—¡Tú, calla! Queremos los dineros.

—No. Eso nunca.

—¿Que no?

El mismo de la vez anterior golpea el rostro a los dos hermanos con una vara de olivo. La vara gime en el aire y deja sobre la piel verdugones largos de color violeta.

José Manuel solloza:

—No los tenemos aquí. Están en el pueblo.

—Están aquí. Lo sabemos.

Callaron los hermanos, firmes en resistirse.

—¡Húndele la navaja en la cara, a ver si se le suelta la lengua!

El Tiznao abrió ceremoniosamente la navaja de muelles. Luego, la acercó, despacio, al rostro de José Manuel.

—¿Qué, te gusta?

José Manuel sintió el frío de cadáver de la hoja penetrar en la piel de la mejilla, como cuando se cortaba con la cuchilla de afeitar los días que estaba nervioso. Tembló de pies a cabeza. Antonio José, lívido, miraba gotear la sangre de su hermano por la punta de la navaja.

—¡No! No hacerlo.

—Pues suelta la pasta.

—¿Cuánto queréis?

—Cuatrocientos mil reales. Lo que tenéis: ni uno más y ni uno menos.

El jefe quiso dar más detalles:

—Mañana, tienen ustedes que pagar a doña Carmen, la Mayorazga. Son cuatrocientos mil reales. Por ellos venimos.

Antonio José interrumpió:

—¡Es mentira! ¡Mentira! Pensábamos pedir un plazo a la señora. Llevamos cinco años pasando fatigas, y no hemos reunido ni cincuenta mil. Si los queréis, son vuestros.

El jefe se echó el sombrero para detrás. Tenía los pelos blancos del flequillo pegados a la frente por el sudor.

—¡Cincuenta! ¡Cincuenta! ¿Pero tú quién te crees que somos nosotros? Venga. Menos papeles, y acaba ya.

El Tiznao, rápido, bajó la navaja y la colocó sobre la garganta de José Manuel.

—No. No —gritaba este—. Es nuestra vida, toda nuestra vida la que queréis llevaros. No los entregues, hermano. No los entregues. Déjales hacer, Antonio. Que no se vayan con ellos.

Antonio José aullaba como un perro:

—¡Cobardes! No hacerle daño. Nos lo pagaréis. Lo juro. Tarde o temprano, iréis al garrote.

—¡Que calles y entregues la pasta! Si no...

El Tiznao clavó su navaja unos milímetros nada más. José Manuel sintió como si la muerte hubiese entrado en aquel cuarto y se le quedase fija,

mirándole. No podía hablar. Sus ojos buscaron a los de su hermano. La navaja daba la impresión de que se hundía, ansiosa ya por cortar la carótida.

Antonio José no pudo resistirse:

—Doscientos.

—Doscientos no. Es que no oyes...

Le levantaron los labios de un culatazo. José Manuel masculló una frase...

—Ponerle un bozal a ese perro.

Le metieron un pañuelo en la boca. Se asfixiaba.

—¡Canallas! ¡Cobardes! Dejarlo... dejad a mi hermano...

—Trae el dinero. Contaremos hasta diez, y, si no, ya sabes...

—Trescientos —dijo con un suspiro, como si también lo asfixiaran.

—¡Los cuatrocientos, o la cabeza de tu hermano! A elegir —dijo El Tiznao.

Antonio José chilló:

—¡Bueno! ¡Bueno! Pero dejadle.

Salió. Subió unas escaleras y aún tuvo fuerza para separar las 6250 pesetas del baúl. Volvió con la caja llena de billetes. José Manuel cerró los ojos. No podía mirar.

—¿Son los cuatrocientos?

Antonio José bajó la cabeza.

—¡Cómo nos engañes, te abrimos en canal!

—Cuéntalo, Curro —dijo el jefe a un hombrecito gordo, que había permanecido hasta entonces asomado a la ventana de la habitación, como si oteara el paisaje. Curro dejó la escopeta que llevaba, sobre la mesa, y empezó a contar con el dedo gordo. Separaba los billetes en montoncitos y al décimo lo doblaba sobre ellos. Parecía que no había hecho otra cosa en la vida, sino contar.

—Diez, veinte, treinta...

Los hermanos Carrasco lo miraban trémulos. Cada billete que pasaba —uno, dos, tres— era un día, por lo menos, de sacrificios, de mal comer, de noches sin dormir sobre la parva sin trillar, de horas y horas sobre las mulas, arriba y abajo, para vigilar el apero o la siembra.

—¡Justos! —murmuró Curro, y se levantó contento de haber mostrado su superioridad frente a aquellos patanes—. Cuatrocientos mil reales. Cien mil pesetas, veinte mil duros.

Hubo un rumor de asombro incontenible entre los bandidos. Aquellos billetes desparramados sobre la mesa representaban la mitad de «San Rafael»,

con sus tierras negras, sus arroyos de juncias, su caserío, sus zahúrdas, sus pajares gigantescos. Los ojillos de todos chispeaban. El jefe, silencioso, sacó un gran pañuelo de hierbas, metió los billetes en él, y lo anudó por los picos.

—¡Vamos! —dijo.

Luego, con la cabeza baja, dijo a los hermanos:

—Bueno, señores, no hay que ponerse así. A don José Manuel no se le ha hecho ni pizca...

Ante el dinero le había vuelto la sumisión ancestral, el respeto de siglos. Curro apostilló, sujetándose el antifaz negro:

—Don José Manuel, podíamos haberle dado un disgusto...

El jefe se volvió desde el dintel de la escalera, recobrada, otra vez, la apostura jaque y desafiante. El dinero estaba ya tapado, oculto bajo la manta que llevaba al hombro.

—¡Tú, menos charla! ¡Venga! ¡Deprisa! Llevarse también las escopetas y los cartuchos.

José Manuel y Antonio José cayeron, vencidos, pesadamente al suelo. Crujieron las escaleras de madera, alguien blasfemó en la oscuridad, se oyeron unas voces, después dos disparos, seguramente para amedrentar a la gente del cortijo, el fragor de un galope... Y, luego, nada.

—Hermano, hermano... ¿has visto?

José Manuel se arrastró por el suelo y se acercó adonde estaba Antonio José.

—¿Y tú? ¿Tú, cómo estás? ¿Te sientes bien?

—Se lo llevaron, hermano.

—Ya sé... ya sé...

A rastras se asomó a la ventana y gritó:

—¡Gregorio!

No contestó nadie.

—Lo tendrán maniatado.

Antonio José lloraba en silencio.

—Perdimos «San Rafael», hermano.

—Mía es la culpa. Tú lo hiciste por mí. Para que no me mataran esos hijos de...

Se llevó una mano al cuello y la mojó en sangre.

—Hay que bajar como sea y pedir socorro. Estamos heridos.

Antonio José seguía llorando.

—No llores más... ¡Qué le vamos a hacer! Este era nuestro sino: ser pobres, pobres otra vez. Más pobres que nunca. Se perdieron los cuatrocientos

de la señal, y estos de ahora, y «San Rafael» se nos fue de las manos. Y todo por mi culpa. Debías de haberme dejado que me mataran. «San Rafael» sería tuyo. Tuyo solo. ¿No lo comprendes?

—No pude, no pude, hermano. «San Rafael» sin ti, no merecía la pena.

Una oleada de cariño subía por el cuerpo de José Manuel, como suben la savia y las hormigas por los viejos naranjos encalados. Se acercó, temblando, a su hermano y lo abrazó, fuertemente, por primera vez después de cincuenta años. Desde que murió el padre, quizá.

—No te preocupes, Antonín —así lo llamaba de niño—. Nos curaremos y volveremos a empezar. ¿Quién ha dicho que nos rendimos? Mira la botella: aún tiene vino dentro. Trabajaremos y compraremos tierra. Los Carrasco no se rinden. Aún nos sobran veinticinco mil reales. Lo necesario para un par de yuntas, y todavía el haza es nuestra.

—¡Es tarde ya, hermano! ¡Es tarde para volver a empezar!

—Nunca es tarde, Antonín... Aún nos sostenemos en pie y la tierra nos quiere. Cogemos cien por uno y se llenarán los almacenes. Y un día...

—«San Rafael» será nuestro otra vez.

—Tú lo has dicho, hermano... Dejaremos de ser rancheros, y volveremos, de nuevo, a ser labradores de un gran cortijo. Tú lo has dicho, hermano: «San Rafael» será nuestro. ¡Que Dios te bendiga por haberlo dicho! ¡Nuestro, y nadie nos lo quitará entonces! ¿Me oyes? Nadie; pero, ahora, escucha, escúchame: ahora hay que trabajar, hay que volver a trabajar y sin perder un minuto, como antes.

Unos días después, de la casa en el pueblo, volvían a salir las dos mulas. Primero, delante, José Manuel; detrás, Antonio José. Cuando llegaron al carril de «San Rafael» torcieron para la izquierda, para la vereda que llevaba al olivar de la «Señora». José Manuel Carrasco llevaba la cabeza vendada.



Capítulo IV

BUENA PARTE DE LA historia de Andalucía es la historia de una serie de familias de diversas razas que irrumpieron en ella con sus costumbres, con su idiosincracia, y terminaron, con los años, volviéndose andaluces absolutos. En el XVII por ejemplo, fueron mercaderes genoveses, flamencos y portugueses, que construyeron los palacios con escaleras de mármol rosa y pasamanos de ácana del Puerto de Santa María. En el XVIII, ingleses, franceses, irlandeses, que venían a Jerez al aroma del vino; y sobre todo, los indianos que tornaban de América atiborrados de pesos fuertes, y reproducían en Sevilla, exactamente, sus casas de La Habana y Santo Domingo, con sus palmeras, sus esclavas, sus abanicos de marfil y sus vajillas de plata. Pero en el XIX, las familias llegadas pertenecían casi todas a la propia península. Primero los vascos. Casi todos trajeron dinero contante y sonante, compraron tierras y casaron con las muchachas del país. Hoy la mitad de las familias más ilustres de Andalucía llevan un apellido originario del Norte. Después vinieron los catalanes a los negocios del corcho y los santanderinos que, en un santiamén, dominaron todo el comercio válido, desde las tascas con gato negro y surtidor de sidra de Cádiz, hasta las más lejanas tiendas de tejidos de las callecitas entoldadas de Sevilla. Los chicucos traídos por los dueños, vivían en un régimen colegial; comían por turnos, dormían cerca del mostrador y estaban pálidos de no salir a la calle, como velas de estearina. Por ultimo, a finales de siglo, llegaron los sorianos. Muchos venían a pie, con el hato en la espalda. Pero eran trabajadores honrados, infatigables, y la fortuna les siguió en una tierra donde para alimentarse basta con salir al sol.

Don Bartolomé era soriano. Lo mandó doña Carmen cuando ocurrió la tragedia de los hermanos Carrasco, y la finca quedó abandonada, con la siembra del año por hacer. Don Bartolomé era el hombre duro que convenía

en aquellos momentos. Menudito, los ojillos vivos, la nariz en cartabón, cuando paseaba por las habitaciones del cortijo con las manos a la espalda recordaba a los cuervos que se les corta las alas.

Doña Carmen no sabía nada del pasado de don Bartolomé. Se lo habían recomendado en Sevilla en una visita, y una tarde se le presentó con cartas que le acreditaban de hombre cuidadoso y sagaz, exactamente lo que ella necesitaba. Pero en el pueblo, donde hay tanta gente curiosa que no hace nada, inventaron la leyenda de que venía de América; sobre todo cuando don Bartolomé recién llegado, con su cabás de cuero descascarillado, sonó una pelucona de oro en el mármol del mostrador del estanco. Aquel tintineo de la moneda de oro le ganó el aprecio personal y repercutió durante muchos años en el pueblo.

A don Bartolomé no le pasó jamás por la imaginación que los hermanos Carrasco no hubieran perdido para siempre el dinero entregado como fianza y mitad de precio de «San Rafael». «Es un mal negocio comprar así...» — explicó a Gregorio. Luego supo que doña Carmen había escrito a los dos hermanos participándoles que les devolvería la mitad a medida que se lo permitieran las cosechas.

—Es un capricho de rica —comentó don Bartolomé, para quien los negocios tenían un código inexorable, al céntimo y al pie de la letra. Don Bartolomé ocupó la habitación grande de la finca. Allí instaló su dormitorio, y en el cuarto contiguo la mesa de trabajo que llenó de libros por partida doble, mayores y estadillos. Sobre la pared puso esos ganchos de alambre que servían para enhebrar recibos y facturas. Intentaba llevar el cortijo como un almacén de ultramarinos. Pero tropezó con Gregorio.

—Gregorio, necesito urgentemente un presupuesto de los gastos del año que entra. Voy a mandarle a la señora un avance aproximado.

Gregorio se plantaba, cachazudo:

—¡Don Bartolomé de mi alma! ¿Cómo voy yo a saber los jornales de escarda de un trigo que aún no hemos sembrado?

Tropezaba con ese entendimiento liberal y derrochador de los andaluces para el campo. Los ricos del pueblo, que ahorraban hasta los mendrugos de pan en sus casas, gastaban sin tasa en el campo. Todo podía esperar menos la tierra.

—Don Bartolomé, necesitamos abrir un pozo en «Las Merinas». El ganado no puede venir de la dehesa con el calor...

—Bueno, bueno... Ya lo haremos el año que viene. Este año debemos escatimar un poco.

Era el criterio del hombre acostumbrado a ganar un céntimo en cada diez o contar la calderilla en el cajón todas las noches.

—Don Bartolomé, hay que regabinar los maíces.

—¿Otra vez? ¿Pero no es posible suprimir ese gasto? ¿Y si no hay cosecha?

Gregorio, terco, no cedía:

—Los señoritos deben llevar el campo alegremente. Esto no es un pegujal.

En el fondo don Bartolomé estaba acostumbrado al campo de Soria, al único campo que había visto, el campo de su infancia, con rodales míseros de verde entre canchales de granito y los pinares de resina, y le deslumbraba el oro del cortijo ancho, largo, inagotable, como una provincia. Cuando aquel año la cosecha granó, vivió excitado, borracho durante unos días. Saco a saco los almacenes se llenaban hasta las vigas de los techos. Don Bartolomé contemplaba aquellas montañas de trigo con ese gesto de los niños recién despertados cuando se les abre de pronto las ventanas del cuarto y la luz penetra a raudales. Pero al final el espíritu de tenedor de libros se impuso. Don Bartolomé iba de la era o la trilla a los acechadores, con un lápiz y una libretita, como si fuera posible minimizar el milagro en papelitos de estraza. Las cuentas se hicieron famosas en la comarca, durante varias generaciones. Por ejemplo: una carreta lleva a la trilla 180 haces de trigo, cada haz tenía 1200 espigas —se hizo llevar un haz a su habitación— y cada espiga 40 granos. Por lo tanto —terminaba el cálculo sobre la mesa— si una carreta lleva 216 000 espigas, transporta 8 640 000 granos de trigo. Don Bartolomé se asomaba por los balcones del cortijo: —«¿Cuántas espigas tendrá "San Rafael"? Ya las contaremos...». Le dominaba la idea, casi sensual, de que cada grano diminuto, como una pepita de oro, se desharía en un pellizco de harina blanca.

Como no fuera por estas cuentas famosas, ninguna otra cosa dejó don Bartolomé en su breve estancia en «San Rafael». Sin cumplir el año se tuvo la noticia del final de la vida de doña Carmen, y don Bartolomé fue a Sevilla, y si no alcanzó el entierro, asistió a la apertura del testamento. Las fincas pasaban a sus dos sobrinos, hijos de su hermano. Don Bartolomé volvió a «San Rafael» por su cabás, su teneduría y sus ganchos de alambre con recibos y facturas que nadie comprobaría ya.

—Mira, Gregorio, los dueños son ahora unos muchachos.

Por la mañana Gregorio lo llevó en el coche hasta Utrera. El expreso no pasaba hasta las tres de la tarde. Don Bartolomé entró en la cantina y pidió dos cafés.

—Siéntate —le dijo a Gregorio.

Tomaron el café cucharada a cucharada.

—Eres un hombre fiel. Se te debía de hacer un regalo.

Pero se levantó porque había entrado el tren y Gregorio tuvo que pagar los dos cafés. Eso fue todo.



Segunda parte



Capítulo I

CUANDO LLEGÓ EL sobrino de doña Carmen volaban sobre el cortijo grandes nubes grises casi de color azul.

—Don José, ha venido usted con las nubes —dijo Gregorio.

Subió arriba y dispuso que dos faeneros le llevaran la mesa mayor del caserío al lado de la cama. Sobre ella alineó los libros que traía en una maleta de cuero muy vieja.

—Voy a preparar la oposición y de paso a ver cómo marcha la finca —había dicho a su hermana cuando fue a despedirle a la estación del Mediodía.

Aquella tarde abrió un libro con la plegadera y se leyó tres veces el primer tema. Sobre la mesa puso una cajita de madera con el reloj.

Por la mañana muy temprano, sintió las botas de Gregorio que hacían temblar el piso.

—Ahí tiene usted los caballos.

—¿Los caballos? ¿Para qué?

—Para ver la finca. ¿No va usted a conocer su finca?

José bajó las escaleras a saltos. En verdad que la mañana era transparente y fresca. Olía a corteza de limón. Los caballos se sabían de memoria el cortijo, y Gregorio los llevó hacia el frontón desde donde se veía la finca exactamente como en el plano del comedor, con sus polígonos de tierra de distinto color: los barbechos, la ería, los cuadrados de siembra.

—La linde del cortijo va por ese arroyo...

Aquella tarde no pudo estudiar. Veía la página fija, como escrita con signo inentendible y de cuando en cuando se asomaba a la ventana del patio para ver cómo sacaban del almacén el grano de la siembra.

Gregorio subía todas las mañanas. Un secreto instinto le empujaba a apartar al señorito de los libros.

—Le gusta la tierra. Yo lo sé —le decía a su mujer, a Encarna, cuando se acostaba vestido en el colchón, antes de dormir con un ojo abierto como las liebres, siempre atento al menor ruido de la finca.

—Señorito, ¿qué vamos a sembrar en el Haza de las Canteras? ¿Trigo avisgado o blanquillo?

José miraba furtivamente el reloj en la cajita de madera.

—¿Te parece que vayamos a verla?

Empezaba a preocuparle el destino de aquel grano dorado como miel, que veía sacar de los graneros y esparcir en la tierra.

—Ahora solo falta que llueva —dijo Gregorio una tarde de Noviembre delante de la mesa de don José.

«Son 500 fanegas —pensó rápidamente—. Un almacén entero derramado sobre la tierra».

Una semana después llovía. El opositor oía el agua resbalar por los cristales. Se la sentía caer a través de la casa con una sensación casi física, como si hubieran forrado el edificio con una funda de seda gris y crujiente. José estuvo pendiente todo el día de la cantidad y de la forma del agua que caía. Nunca José había oído llover así, como si lloviera sobre su propia carne.

Una mañana, entre chubasco y chubasco, José salió a pie y solo, al campo. Tuvo que andar bordeando los charcos y las tierras blandas donde las botas se hundían más arriba de los tobillos.

Volvió alegre como un chiquillo:

—¡Gregorio! ¡Gregorio! Ha salido.

En efecto, el trigo asomaba sobre el fango como una lengua de pájaro.

—Ahora falta que empuje —dijo Gregorio.

El invierno pasó deprisa. En aquella casa alargada, con los techos vanos y el desván, el viento aullaba como un órgano. Las noches eran muy largas y José llamaba a su aperador para —entre cuenta y cuenta— charlar de las cosas del campo.

Para Navidad vino Jeromo, hijo de Gregorio. Jeromo era un hombre alto, tan parecido al padre que las escardadoras cuando lo veían de espaldas lo confundían con él. Había ejercido todos los oficios del campo, desde sabanero a arriero de carbón, exactamente como su padre; pues Gregorio sabía que tarde o temprano terminaría como él, de aperador de «San Rafael». Sin embargo había un punto nebuloso y era su matrimonio, que inesperadamente

cortaba todos los proyectos de Gregorio. Cuando Encarna hablaba de su hijo, decía con un cierto puntillo de orgullo:

—Mi hijo está casado con una señorita.

Al llegar Jeromo aquella Navidad al cortijo, con sus botas recién lustradas y su traje de paño negro, los gañanes le tenían extraño e inevitable respeto.

Gregorio no entendía aquello; pero empezaba a sospechar que la absurda aventura alejase a Jeromo del único camino respetable: ser aperador de «San Rafael». Encarna todas las noches cuando lo veía escribiéndole cartas llamándole y contándole cómo iban las cosas en «San Rafael», volvía a decirle como un sonsonete:

—Gregorio, tú no te das cuenta de que nuestro hijo está casado con una señorita.

Y era verdad. Jeromo el hijo de Gregorio estaba casado con una señorita. Él mismo contó su historia una noche en «San Rafael», de manera inefable, con ese impudor que tienen las gentes del campo para sus problemas personales.

Gregorio tenía una hermana de cocinera en Puerto Real. Se había casado con un carabinero que vino de servicio al pueblo y cuando se quedó viuda entró allí de cocinera. Jeromo, recién llegado de África de la guerra fue a ver a su tía. Estaba guapo, con sus 1,80, su uniforme azul de artillero, su bigote copiado de los sargentos del Regimiento que estudiaban Derecho y charlaban de las tertulias literarias de los cafés de Madrid.

La señorita de la casa, ya madurita, se le quedó mirando:

—¡Jeromo, qué guapo está usted!

Pasó el tiempo. Jeromo volvía a casa de su tía con sus burros para llevarle carbón.

—¿Quién está ahí? —decía la niña desde la cama.

—Es Jeromo.

—Dile que espere.

Salía cubierta con una bata de seda azul.

—Vamos al jardín, Jeromo.

La señorita iba medio desnuda bajo el traje. Pero Jeromo tenía esa timidez lenta de los campesinos.

—¿Vamos a ver —sonreía la señorita, sentados en el jardín—, a ti quién te gusta de Cádiz?

—No se lo puedo decir, señorita.

Ella se le acercaba aún más.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes decírmelo? ¿Es que tienes miedo?

—Entonces, debió ser el olor del jazmín —contaba Jeromo—; pero no pude más y la estreché en mis brazos como si fuera un haz de varetas de olivo. «A mí quien me gusta de Cádiz es usted y nadie más que usted». Y luego le dije en la orejita lo que había que decirle.

—¿Qué había que decirle, Jeromo? —pregunta don José.

—¿Qué había que decirle, señorito? —respondía Jeromo, casi ruborizado—. Muchas cosas bonitas. Que yo sería un esclavo y que ella era como una rosita de pitiminí. Luego fuimos novios. Yo iba los sábados a Puerto Real desde la finca. Ella traía botellas de marca. Luego me besaba a través de los barrotes de la reja.

—Cuando pasaron tres meses nos casamos. Mis testigos fueron dos guardias municipales. La gente de Puerto Real se extrañó mucho y el vicario me hizo muchas preguntas. Pero yo traía mis papeles en regla. «Yo no he falsificado nada» —le dije.

—Nos fuimos a vivir a Sevilla. Pusimos un piso. Yo era como un señorito. Para dormir, pijama, y me bañaba todas las noches y me perfumaba con agua de Colonia.

Pero no podía vivir sin el campo. Estos hombres no pueden vivir sin él. Es como si les faltara oxígeno, y se pasan los dedos por el cuello de la camisa. Entonces, ella misma le arrendó un campo a treinta kilómetros de la ciudad. Ella se quedaba en el piso.

—Yo volvía los domingos. Siempre le llevaba un canasto de huevos, una fanega de garbanzos, unos quesos curados, para que viera que el campo no era mal negocio.

Ella vivía sola. Todas sus amistades le habían abandonado. En Andalucía las clases no perdonan una cosa así pase lo que pase. Sin embargo le hablaban aún dos amigas de su madre, viejas y solteronas, hijas de un general retirado que habían quedado en la ciudad, donde su padre había sido Gobernador Militar, dedicadas a las visitas y a la administración de un capitalito hecho céntimo a céntimo. Un día la invitaron a cenar. «Así podías presentarnos a tu marido». «Ya os contaremos cómo es el marido de Anita —habían dicho a sus amistades—. Vamos a invitarles a cenar».

Jeromo vino del campo y se vistió su mejor traje. Bajó después al café y le lustraron los zapatos. «En verdad está guapo y hecho un real mozo» —pensó Anita—. «Van a rabiarse de lo lindo. Yo por lo menos tengo un hombre». Por otra parte, Jeromo estaba decidido a quedar bien. Previamente y sin decir

nada a su mujer, mandó del cortijo a las dos hermanas un enorme pavo de 20 kilos.

Cuando llegaron, las generalas estaban sentadas en la mesa.

—Vamos, Jeromo —dijo la más pequeña—, su regalo no ha podido ser más espléndido.

Anita miró a su marido sorprendida.

Se sentaron. De pronto Jeromo golpeó el vaso con el cuchillo:

—¿Ustedes no bendicen la mesa?

Hubo un silencio, y las generalas se miraron con el rabillo del ojo.

«Ahora verán lo religioso que soy» —había pensado Jeromo. Se levantó y exclamó:

—Bendícenos, Señor, el manjar que vamos a recibir.

La cena transcurrió silenciosa y fácil. Anita charlaba por los codos y Jeromo comía poco y con la mirada puesta en el tenedor y el cuchillo, como ella le había dicho. Pero cuando bajaban la escalera, a Jeromo le invadió otra vez la idea de quedar bien y dando una gran voz delante de un cuadro de San Francisco, se arrodilló golpeándose el pecho:

—¡Señoras, recemos un padrenuestro delante de esta santa imagen!

Y así fue rezando delante de todos los cuadros religiosos de la casa.

Anita pudo alcanzarle cerca de la puerta.

Las generalas reían entre arrumacos y carantoñas:

—¡Ay hija, qué finísimo es tu marido!

—¡Ay qué rato me has hecho pasar! —le dijo Anita ya en el coche, pellizcando el brazo de hierro de su marido.

—Pero que rabien esas solteronas —continuó con un gesto pícaro—. Al fin y al cabo eres un hombre de una vez y para mí sola.

Sin embargo, una semana Jeromo volvió del campo el sábado, en vez del domingo por la mañana. En la puerta de la casa había un milord de alquiler. «Como era una casa de pisos, no me llamó la atención. Cuando entré en su cuarto me la encontré con el sombrero puesto».

—¿Dónde vas?

—A mis asuntos.

—¿Qué asuntos? ¿Tú no sabes que eres una mujer casada?

—Bueno. Vete de aquí.

Jeromo bajó solo las escaleras y observó el coche desde el café vecino. Luego lo siguió. El milord se detuvo en el Banco de España. Jeromo volvió a

casa y llamó a la criada que fregoteaba en la cocina:

—¿La señora sale mucho cuando yo no estoy aquí?

—Todas las tardes.

Otro día en el bar mientras tomaba una copa se le acercó un tipo oficioso. Era un empleado del Banco.

—¿Usted se ofenderá si le pregunto algo?

—No señor. ¿Por qué?

—¿Usted está casado?

El legalismo campesino se sublevó:

—Casado ante Dios y los hombres, señor mío. ¿Por qué me lo pregunta usted?

El hombrecillo bebió un sorbo del café que le acababan de pagar.

—Como su señora va sola al Banco.

Jeromo subió a su casa. A la hora de acostarse, mientras se quitaba la chaqueta, le dijo a su mujer silabeando las palabras:

—Desde mañana tú no sales de aquí sin mi permiso.

Anita hizo un gesto como si le hubieran clavado un alfiler.

—¿Sin tu permiso? ¿También quieres mandarme, majagranzas?

—Se vino para mí —continuó Jeromo—. Estaba muy bonita, lo recuerdo, con su camisón celeste. Me arañó la cara. Tenía unas uñas de tejón. Entonces le apreté un brazo y con la mano libre, le golpeé la cara. Después me acosté silencioso en mi cama, porque como los señoritos, dormíamos en cama aparte. Ella lloriqueaba en un rincón:

—Después de pegarme vas a dormir también aparte...

Otra noche en que al llegar a la casa le vio bajar del coche, Anita antes de acostarse metió bajo la almohada una pistolilla con las cachas de nácar.

—Esta noche no me pegas, cateto.

—Y me cerró la puerta del cuarto para que no pudiese entrar. Yo no iba a agallinarme delante de una mujer. Di un empujón a la puerta con los hombros y cedió el pestillo. Me abalancé sobre ella. Entonces, disparó. El tiro me atravesó la chaqueta y fue a incrustarse en el empapelado del cuarto. Era una balita como un perdigón. Me cegué y le pegué como si fuera uno de mis burros. Ella no gritaba; jadeaba apagadamente y cuando yo estaba ya cansado me besaba entre las lágrimas. Fueron las noches mejores de nuestro matrimonio.

—¿Por qué no me pegas más? —me decía abrazándome, los ojos entornados y bizcos.

—Al día siguiente fuimos a Cádiz para resolver unos asuntos y vender una casa que ella tenía allí. Cuando pasamos por el muelle ella se puso al otro lado mío:

—Eres capaz de tirarme.

—Yo no hago eso con una mujer —le contesté.

—Así seguimos unos cuantos meses más...

Calló Jeromo.

—¿Y, ahora, dónde está?

—Anda mal la cosa señorito. Se ha ido a Madrid para arreglar unos asuntos; quería que yo fuese con ella. ¿Pero qué hago yo allí?

—Tu sitio está aquí: en el cortijo —afirmó Gregorio, como si no hubiera oído la historia, como si no le interesara.

—No digas eso —murmuraba Encarna—. ¿Tú no comprendes que nuestro hijo está casado con una señorita?

Aquel verano fue un buen verano. José se había acostumbrado a distinguir en el oro que rodeaba el cortijo, los diversos matices del sembrado. Los ojos pueden distinguir en aquella claridad los blancos interiores de la cebada, los oros tostados de la avena y los oros puros y centelleantes del trigo.

Una tarde que salieron en el coche de caballos, la tormenta los alcanzó en medio de los trigos. Fue una de esas tormentas de nubes casi con forma de animales, que se estacionan, giran, se derraman torrencialmente en un cortijo sí y en el de al lado no. Iba con ellos la hija más pequeña de Gregorio que había subido en el pescante con su padre, cuando pasaron por los garbanzos donde escardaba. Parecía un macho. Como la lluvia arreciaba, don José mandó a Gregorio y a la muchacha que se metieran dentro y echaran las cortinas del coche. Olía la tierra a tabaco o a cuero mojado. La chiquilla se descalzó y sacó las piernas fuera del coche. José vio cómo sobre las piernas de color de bronce corrían los hilillos de agua. Los caballos resistían con la cabeza baja, como aprendieron en los inviernos de la dehesa.

Cuando templó la lluvia, los relámpagos restallaban sobre la sierra. Gregorio determinó:

—Esa va en busca de la sierra.

Pero el coche no podía seguir, la pergaña pegada en los tacos de los frenos.

Las escardadoras se metían chillando bajo las garberas. Cabían justo dos en cada una. Pero en una garbera, José vio cómo se tapaban una de ellas y uno

de los mozos que regabinaban los garbanzos.

Al otro día, cuando José subía por la vereda gris donde las chicharras hincan su punzón, estremecidas por las ansias del desove, José se cruzó con dos muchachas de la huerta vecina que iban sobre una yegua. Eran las dos rubias.

—¡Buenas tardes, señorito! —le gritaron alegremente.

—Quizá vuelva a Madrid este verano. Solo unos días —dijo José a Gregorio aquella noche.

Gregorio sonrió cazurramente.



Capítulo II

—SEÑORITO, ES necesario comprar verracos nuevos. Estas puercas están demasiado cruzadas con la sangre de la casa.

—Desde luego, Gregorio.

—Habrá que ir a don Fernando. Él trajo cochinos portugueses de Extremadura el año pasado.

—¡Ya salió don Fernando!

—Usted debía haberlo saludado ya. Él es quien manda aquí.

—Bien. Vamos a ver a don Fernando.

Por el camino Gregorio contó la historia de don Fernando. Su padre había venido del Norte, hacía unos cincuenta años. Trajo un arca de oro y empezó a comprar hipotecas, censos y pedacitos de tierra.

—Usted sabe cómo está siempre de liado esto de la tierra, y hoy es el de más posibles de por aquí. Don Fernando sale por una punta del pueblo, y entra por la otra sin haber salido de sus fincas. Medio término es suyo.

Llegaron al fin. Don Fernando, delgado, con el pelo blanco, sentado en una butaca de enea, los recibió muy atento:

—Sí, los cerdos de usted están muy cruzados. Desde luego necesitan sangre nueva.

El trato se realizó enseguida. Gregorio pudo cambiar los verracos viejos, gordos y con los colmillos retorcidos, por primales de un año.

Cuando José pensaba despedirse, don Fernando le atajó:

—¡Hombre! Usted no se va sin merendar. Por una vez que nos vemos en un año.

Entraron los dos en el jardín de la casa. Estaba construido en el ala derecha del edificio, con una palmera en el centro y arriates limitados con ladrillos.

José sintió que decían en voz baja:

—Es el sobrino de la Mayorazga.

Don Fernando le presentó a su mujer y sus hijas. La señora —vestida de negro, el pelo blanco cogido en ondas, las manos pequeñas y sin una sola sortija, los robustos brazos blancos como la leche—, dijo enseguida:

—Yo fui compañera de colegio de su tía. Claro que ella estaba en las mayores.

Las dos hijas hacían encajes de bolillos. La mayor, lejana, indiferente, alta, poderosa. Cuando se levantó para servir el café en las tazas, se le adivinaba el cuerpo rebelde bajo la tela. La otra, chiquita, castaña, con los ojos redondos, muy vivos, muy graciosa, charlaba por los codos.

José habló de Madrid, de sus impresiones en el campo, hasta el anochecer. Fue una tertulia muy agradable. Entre párrafo y párrafo, se oía el tic-tac de los palillos sobre los bastidores. Ellas contaron muchas historias del pueblo. José empezó a conocer los personajes típicos: el ricachón nuevo, con un palillo clavado entre los dientes, el viejo maestro que presumía de sabio y no salía de su casa, el hidalgo que venía a desayunar a la casa, una vez por semana, y tomaba un tazón de leche y un huevo pasado por agua que descascarillaba cuidadosamente.

—¿La mayor es la morena, no? ¿Y se llama Luisa? —preguntó José a Gregorio mientras volvían.

—Tiene novio, don José. Está ya bordando la ropa.

Pero don José, cuando aquella noche cerraba la ventana de su habitación, pensó que era ella, Luisa, quien debía cerrarlas entretanto él la esperaba en la enorme cama donde habían dormido don Santiago y doña Gertrudis.

Las tardes de Julio, mientras todo el cortijo dormía la siesta, José salía a la orilla del río. Toda la vida de la finca palpitaba en aquel trozo verde, y daba una sensación de frescura inolvidable acercarse al ruido espumarajeante del agua, después de andar sobre la tierra abrasada y calenturienta. José iba al acecho de los patos salvajes que volaban sobre el arroyo en pareja, desde la laguna del Águila, en Utrera, o las marismas de Lebrija. Tumbado en la orilla, cuando la naturaleza que le rodeaba se había acostumbrado a él, dos víboras de agua asomaban la cabeza en medio de la corriente. «Deben ser una pareja» —pensó José. Eran verdes y en la cabeza reluciente les brillaban los dos ojos como dos botones de ebonita.

Una carcajada femenina le hizo dar un salto y ponerse de pie. Una muchacha metida en el arroyo hasta la cintura, reía con una caña de pescar entre las manos.

—¿Eh, qué haces así?

Adelantó un paso apartando los mimbres. Era la hija pequeña de don Fernando. José se quitó el sombrero.

—Buenas tardes. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a pescar. No lo dirás en casa ¿verdad?

Le miraba sonriente, con sus ojos redondos y fijos. José no sabía si le sonreía por la boca o los ojos.

La chiquilla le alargó la mano y él tiró para sacarla. Luego, se sentaron los dos sobre el césped, donde los saltamontes pululaban. Estuvieron un rato silenciosos.

—Fíjate: ¡un pez! —dijo de pronto ella.

En el agua había saltado un pez, como una piedra brillante.

—¡Y yo aquí, sentada, con el anzuelo listo!

Los dos rieron. Después charlaron como si se hubieran conocido toda la vida y fueran dos chiquillos que hubieran salido de sus casas en una distracción con sus padres. Consuelo se conocía el arroyo juncia a juncia. Dónde habían hecho su nido los patos, y la piedra donde las víboras de agua se tumbaban para descansar.

—Y hacerse el amor como nosotros.

Ella se ruborizó instantáneamente. José le alcanzó una mano.

—No seas tonta, mujer. Es una broma como otra cualquiera.

Entonces ella se dio cuenta de que estaba empapada, la ropa pegada al cuerpo —un cuerpo diminuto, pero perfecto— como si la tela fuese un pellejo extraño.

—Estás mojada por completo; vas a coger una pulmonía.

—Bueno, me iré. Pero no dirás nada ¿de verdad?

José la acompañó hasta el sitio desde donde se veían los árboles y la palmera de «La Reyerta».

—Adiós, José. Espero que no me descubras.

En el campo, aunque parezca que nadie nos ve, siempre hay unos ojos que nos siguen. Cuando José llegó a «San Rafael», Gregorio sonreía satisfecho:

—¿Qué? El señorito y la señorita...

Pero él en quien pensaba, con quien soñaba de noche, era con Luisa.

Terminada la cosecha vino la feria del pueblo. De noche, bastaba subir al cerro de Ventura para ver al pueblo iluminado con faroles de carburo. El mercado empezaba a las 7 de la mañana. El ganado se extendía sobre un llano

cubierto de estiércol. Los yegüeros con sus largos látigos colgados al hombro, portaban con las puntas en venta carretas cargadas de cebada segada en verde. A las dos en punto el mercado terminaba y los miles de bestias expuestas al sol, desaparecían. Ahora había que darles de comer y beber. Era entonces cuando aparecía el misterioso arte de los gitanos en todo su esplendor. Los sembrados más tiernos desaparecían y los aperadores tenían que dejar paso a las pjaras odiadas, para que bebieran en los pozos, chapoteando el barro, ante las trapecerías de la tribu que merodeaba la finca.

Gregorio no podía estarse quieto, y volvía apresuradamente al cortijo con sus yeguas.

Don José por el contrario saboreaba íntegra la feria. Le gustaban las copas del trato, las conversaciones con los labradores del pueblo, los chalaneos de don Fernando, que mandaba en los negocios del mercado, sentado desde las siete de la mañana en un sillón de la caseta.

—¡Don Fernando compra todos los mulos lechales de la Feria!

Se quedaba a comer en la caseta, media hora antes de los toros. Luego, el café apresurado y, a la plaza de madera, donde los novillos cuando hincaban los cuernos en las barreras parecían topar con las cancelas de las dehesas.

A las diez de la noche los tres días había baile en el Casino, un casino de pretensiones hecho con estucos, globos redondos de luz, balaustradas de yeso, y un armario con el Rivadeneyra completo. En el salón de mármol, tocaba la orquesta traída de Morón.

José se acercó a Luisa:

—¿Quiere usted bailar conmigo?

—No. Tengo novio.

—Su novio no está.

—Por eso no bailo. Si estuviese bailarí con usted.

Don José la miró despacio. Estaba sentada, las piernas cruzadas, indiferente. De repente volvió la cabeza, lo vio a él que la miraba y le sostuvo la mirada un rato. «Ella sabe que la quiero» —pensó José.

En los pueblos, los más profundos secretos vuelan como vilanos en Agosto. Y todos sabían ya que a él le gustaba Luisa.



Capítulo III

A ÚLTIMOS DE Agosto llegó al cortijo la mujer de Jeromo. Fueron unos días de subterránea actividad, mientras afuera trillaban las yeguas y los sabaneros llevaban al pajar las sábanas de tela cruda cargadas de paja.

—Es una señorita —dijo Encarna, y le pidió permiso a don José para utilizar una habitación que hasta entonces había servido para guardar hierros y aperos destrozados.

También vio José cómo traían del pueblo una tina.

—Ella se baña todos los días con jabón —repetía Encarna—. Es una señorita de la clase de usted.

Anita llegó una tarde casi oscurecido. Fue un verdadero acontecimiento. Los gañanes se hacían los remolones e iban dos o tres veces por las cosas para tener ocasión de verla.

José la vio llegar por los visillos de la ventana de su cuarto. Era una mujercita pequeña, la boca grande y unos ojillos vivos, de largas pestañas que parecían defenderla de la edad indefinible. Anduvo por el patio del cortijo como una verdadera señora, y José no pudo evitar el mal pensamiento de que debía tener un cuerpo joven y durísimo, que temblaba en cada movimiento.

Jeromo subió confuso la mañana siguiente:

—Don José, perdóneme usted. Ya usted sabe lo que son las mujeres. Quiere que usted le dé permiso para sentarse a leer en el jardín.

—Bueno, Jeromo. No es para tanto... Claro que sí. Y que coja mi hamaca.

—Como es una señorita, don José.

Por la ventana de su cuarto vio don José cómo el pavero y el chiquichanca sacaban la hamaca que él había mandado traer de la ciudad y ella se tendía con un libro en las manos.

Don José la saludó aquella tarde. Ella no se levantó de la hamaca y don José le extendió la mano inclinándose. Tuvieron una conversación intrascendental. Fue entonces cuando don José se dio cuenta de que iba descalza. Era un pie moreno, pequeño como el de un niño, lleno de hoyuelos, con las uñas diminutas pintadas.

—¿No se aburre usted aquí? —preguntó ella.

—No. Francamente, no. Esto tiene un encanto indiscutible.

—Yo no lo veo. Pero Jeromo parece estar conforme con usted.

—Ya lo verá. Es cuestión de tiempo.

A través de las pestañas entornadas, los ojillos permanecían fijos en él.

Una tarde, cuando José había entornado los balcones para evitar la flama, ella subió inesperadamente con una blusa abierta y el pelo negro, mojado, recogido por una cinta azul, porque acababa de lavarse la cabeza.

—Vengo por un libro.

Le hablaba de tú, de repente; pero sin desparpajo, como si fuera una confianza establecida previamente entre los dos.

José quiso mantener la distancia:

—Señora, aquí hay muy pocos libros.

—Pero tendrás más que abajo.

José comprendió el ridículo y quiso ganar la finta:

—Están ahí, en la otra habitación. Llévate los que quieras.

Estuvo un rato repasando los libros.

—¿Qué edad tienes tú? —preguntó ella de pronto.

—¿Y tú?

Ella rio alegremente con sus dientes pequeños y blancos:

—A una señora no se le pregunta por su edad, hijo mío... ¿Cuánto tiempo hace que has olvidado lo aprendido en Madrid?

Estaba tan cerca y el olor a carne recién lavada era tan penetrante, que José tuvo que dar varios pasos atrás.

Subió muchas tardes. Subía y se sentaba al lado de su mesa o se arrellanaba en unas de las butacas del comedor, como si aquella fuera su casa. Charlaba por los codos y José la seguía sin querer. Un día le dijo:

—Pienso que te habrás preguntado por qué me casé con Jeromo. Es una respuesta que solo entenderían algunas mujeres: porque es un hombre. Cuando se acercaba mucho, José no tenía ya el recurso de andar para atrás.

Una tarde, después de haber charlado mucho tiempo, estaban los dos tan cerca, que ella cerró los ojos y le ofreció sus labios.

—¿Por qué no me besas?

Aquella misma tarde don José pretextó un negocio en Sevilla, y faltó unos días. Pero el hotel en verano era incómodo; hacía mucho calor y en la siesta no se podía dormir por los mosquitos que volaban desde el patio de mármol con quencias.

«Después de todo —se decía José—, yo soy el amo y puedo echarla cuando quiera...».

Volvió decidido. Llegó al mediodía al cortijo. Era un día de terrible calor. Se andaba dentro del calor como dentro de una vasija de miel caliente. Dolía el calor sobre las sienes.

Le llamaron alegremente desde el jardín. Era Anita.

—El señorito ha tenido miedo.

José, que tenía aprendida la respuesta, quiso atajar de una vez:

—Aquí el señorito es el amo. ¿Me oyes? Jeromo es un muchacho fiel y yo le aprecio. Además, Gregorio es su padre. Tú crees que yo soy un niño y que vas a cazarme. No lo conseguirás.

Anita reía con los ojos chispeantes. Don José pensó que debía estar desnuda bajo la seda del traje, como una lagartija debajo de un pañuelo.

—Te equivocas. Yo solo quería ser amiga tuya.

Pero aquella tarde subió otra vez con el pretexto de enseñarle unas fotografías «de cuando ella era joven». Eran fotografías de un fotógrafo de ciudad, esas fotografías firmadas con una rúbrica sobre la cartulina de color de café con leche.

—Si fuera todavía así, no me huirías... ¿No es verdad?

—¡Gregorio! —llamó José.

Subió Gregorio lentamente.

—Vamos a hacer las cuentas.

Don José repasaba distraídamente la columna de números. Ella de rodillas barajaba los libros del estantito.

—No he visto nunca una biblioteca más aburrida que esta.

«Mañana —pensaba José— diré a Gregorio lo que pasa. Esta mujer no puede seguir un día más en el cortijo».

Pero de noche ella no se recataba delante de su marido, sin temor a que el viejo, que dormía pared por medio, la oyera. Daba vueltas en el carozo de aquella cama de hierro negro, que habían traído del pueblo.

—Él es quien debía estar aquí, a mi lado. No tú. Él es de mi clase.

Y luego, reclinada sobre el torso de su marido reía:

—No seas tonto. No me creas. ¿No ves que te quiero a ti?

Y más tarde.

—Anda, cuéntame la historia del tío mayorazgo. ¿Tú la conociste? ¿Cómo era doña Gertrudis?

El termómetro que tenía en la salita, adosado a un barómetro comprado en Ginebra —«Genève»— marcó aquel día, colgado una hora sobre la sombra azul del caserío, 50 grados. Los animales se apelotonaban en los pequeños trozos de sombra del cortijo. Las yeguas, al amparo del pozo, que trasminaba la frescura de su boca. Las ovejas con las cabezas bajas, pegadas las unas a las otras, bajo las paletonas donde brotaban ya los higos chumbos. En la habitación había un abejorro negro que pujaba por alcanzar la luz a través del cristal. De pronto, ella avanzó unos pasos y sin decir nada se colgó del cuello de él. En un relámpago le vio el labio colgante y las pupilas estrábicas debajo de las pestañas.

—¡La primera noche que pueda, subiré a tu cuarto!

Se lo dijo al oído y José noto que los labios de ella quemaban.

Fue la noche siguiente. Gregorio tuvo que ir a la dehesa donde se mandaron las puercas y dispuso que le acompañara Jeromo.

Tardaba en anochecer en estos días. El cielo se quedaba un largo rato entre violeta y azul. No se movía una brizna de aire y parecía como si jamás pudiera despegarse el crepúsculo. Los perros y los pavos jadeaban ante la fachada del cortijo. Los perdigones en sus jaulas habían dejado de mover la cabeza como un péndulo.

José, sentado en la piedra de la entrada, oyó como le siseaban desde la ventana contigua. Volvió la cabeza y vio cómo, en el centro de la habitación, resguardada de las miradas de los demás por una cortina, estaba Anita. Dentro de la sombra verde de la habitación, la carne tenía el color blanco y húmedo de los cántaros. Le sonreía con sus dientes menuditos, brillantes en la oscuridad.

—¿Te gusto? ¿Te gusto? Esta noche subo. ¿Me oyes?

—No te abriré la puerta —silabeó José, las manos temblorosas.

Luego subió paso a paso las escaleras como si llevara puestas las botas de Gregorio.

A las ocho de la noche se acuestan los pavos. A las ocho y media las gallinas. Los pavos suben a los palos más altos, recordando el bosque. A las diez se cierra la puerta del cortijo. Gira la puerta enorme con un quejido casi animal. Luego, se echa la falleba de hierro. A las once se oye rebullir el hombre de la cuadra que mide el grano de los mulos. Es el último ruido del cortijo.

José cerró con llave la puerta de su habitación y con el balcón abierto se tumbó sobre la cama. José pensó que este balcón coincidía, exactamente, con la ventana de Anita en el piso de abajo. Cuando hacia las diez empezaron a oírse las ranas del arroyo, José pensó que Anita las oiría como él. Las mulas daban patadas en la cuadra y sonaban como balonazos. Hacia las doce se despertó el levante y la casa empezó a gemir furiosamente. José se incorporó y encendió una vela. Eran las doce y media justas.

José oyó perfectamente cuando Anita se tiró de su lecho y subió las escaleras. La escalera de madera pintada rechinaba como suelas de zapatos nuevos. La oyó muy cerca. José anduvo descalzo hasta llegar a la puerta. Allí estuvo pegado sobre ella, las sienes con fiebre sobre la madera. Pero no abrió.

—¡Ábreme! ¡Ábreme! —decía Anita. Tenía la voz entornada y demudada de las mujeres desnudas.

—No —dijo José—. No.

Pasaron unos segundos. José la oía respirar.

—Ábreme. Eres tonto. Nadie se enterará. Anda. No seas tonto.

Pasaron otros segundos. Anita puso la boca en la cerradura:

—¿Es que no te gusto?

José no contestó. Anita estuvo un largo rato al otro lado de la puerta. José la oyó bajar unos escalones y luego volver a llamar cada vez más fuerte:

—¡Ábreme! ¡Ábreme!

Golpeaba rabiosa. Los golpes debían oírse en el cortijo entre las ráfagas del viento.

—¡Ábreme!

Y luego entre llanto:

—¡No eres un hombre! ¡No eres un hombre!

José oyó cómo Encarna abría la puerta del comedor de abajo y subía las escaleras. El candil de aceite que llevaba daba por debajo de la rendija de la puerta una mancha de luz. Encarna hablaba en voz baja pero atropellada:

—¡Eres una perra! ¡Una perra! El señorito es un hombre. ¿Te enteras? ¡Un hombre!

Al amanecer, José, que no había cerrado los ojos oyó cómo Anita mandaba al faenero que le enganchara el coche de caballos. El faenero no dudó. Anita mandaba como una señorita. ¿Y acaso no era ella una señorita? José a través del balcón entornado la vio montar en el coche, ordenar que le pusieran las maletas en el pescante y dar una orden al faenero que la miraba absorto. Luego miró hacia arriba, hacia la ventana desde donde él espiaba. Tenía los ojos con bolsas violetas. «Parece más vieja que nunca» —pensó José.

—Vamos, pronto —dijo.

Jeromo llegó a las nueve de la mañana. Venía sin afeitarse. Jeromo esperó, quieto, en su habitación. Una hora después subió lentamente, afeitado y con su traje nuevo.

—Con permiso.

—Entre, Jeromo.

Los dos charlaron como si no hubiese ocurrido nada.

—Las puercas deben haber hecho una arroba, por lo menos. Allí hay comida hasta Octubre. Como este año se ha cogido en todas partes, los lechones de aquí son los que hay que quitar ya de la cebada. Hay que decirle a Curro que los lleve de noche, al barbecho de la Higuera.

Después, Jeromo ofreció un cigarro a don José. Era una petaca de piel con las iniciales de plata, seguramente regalo de ella. Lieron el cigarro ceremoniosamente. Primero, el tabaco esparcido ordenadamente; luego, la vuelta entre los dedos meñique y el pulgar. Por un segundo el ala del papel quedó temblando al airecillo de la mañana. Más tarde, la lengua sobre la goma, y ese gesto especial de acomodar el cigarro, tan parecido al de acomodar la chaqueta sobre los hombros. Jeromo encendió con su mechero de mecha amarilla y fibras verdes y rojas. No le temblaron las manos, pero don José notó que tenía los ojos brillantes.

—Bueno, don José, si usted no manda más...

—Nada más, Jeromo. Muchas gracias.

José comprendió que fumaba el cigarro del agradecimiento.



Capítulo IV

BIEN ENTRADO SETIEMBRE, cuando los gañanes pedían permiso para «ir a la vendimia», «a coger uva», como decían a las cogeritas de aceituna gordal, guiñándolas, ocurrió un hecho insignificante en el cortijo, pero que nosotros no tenemos más remedio que consignar. Se trata del primer hombre que agoniza en «San Rafael», después del final de don Santiago. Sin embargo, no es el segundo hombre que debe haber caído en esta tierra gredosa y tibia, abierta por la reja del arado unas dos mil veces y con fuerzas suficientes para criar espigas otras dos mil veces.

Cuando abrieron la era vieja, se encontraron entre gordos ladrillos cuadrados, montones de huesos pegaditos los unos a los otros. «Serán moros» —dijo Gregorio. Otra vez, uno de los gañanes que preparaba las patatas, tropezó con una tinaja alargada de arcilla, como un huevo de hormiga gigantesco. Con la misma azada, la cascó y encontró dentro un hombre barbudo, íntegro, las manos cruzadas sobre una correa de cuero. Un arqueólogo hubiera dado la mitad de su vida por verlo. El gañán vio, muy tranquilo, cómo el aire reducía en un minuto al hombretón barbudo a polvo impalpable, y luego arreó los mulos como si tal cosa. En los cerros del alpiste, otro gañán encontró un esqueleto, con una enorme hebilla de hierro en la cintura. La hebilla, que debía de ser del cinturón, se la llevaron al notario que compraba todos los hierros viejos. Este notario dictaminó que era una hebilla visigótica y la mandó a Madrid, Pero este fue un hombre de carne, no solo de huesos. Ocurrió una semana que don José había ido de ferias con Jeromo, a vender varias mulas viejas. Una noche los chiquillos del yegüero avisaron que se había presentado un hombre en el pajar. «Es Ramoncito, el peregrino» —dijeron.

Estaba allí hinchado con su carita de ratón con barbas, los pantalones atados con tomizas, la chaqueta marrón, con ese color marrón de la tela de los mendigos. Al lado tenía sentado un niño.

Los gañanes le rodearon. Gregorio se acercó rascándose la cabeza:

—¿Qué te pasa?

No contestaba.

—Es la peregrinería. Te habrás hartado de suero en el cortijo de los Yesos.

La crueldad del campo, de gentes que se han cocido y endurecido al sol como las tejas, aparecía. Gregorio sentenció:

—No irás a hacernos una trastada aquí.

Uno de los gañanes apostilló, silencioso:

—Luego viene el Juzgado y todo son líos.

El niño miraba con sus grandes ojos redondos, ojos hechos a pedir, sin hablar nada.

—Tengo sed —rezongó el viejo desde el surco hundido de la boca; y luego, como si fuera una cantinela—: El agua no se le niega a ningún cristiano.

Gregorio fue a su casa, y despacio y como a disgusto, trajo una gran olla llena de leche fresca, recién ordeñada.

—Bebe —le dijo al niño—. Primero tú. Hasta que te hartes.

El niño apretó el cuenco con una alegría casi animal.

Se le oía caer la leche dentro del estómago. Cuando lo dejó, un hilillo blanco le corría por las comisuras de los labios.

—Ahora tú —dispuso Gregorio.

El viejo bebió sin respirar. Parecía que apagaba un fuego interior. «Ahora dejarme dormir» —dijo. Y se restregó entre las pajas.

Hacia el amanecer, el velador de los mulos vino a decir que le parecía que estaba frío. Gregorio se levantó, sin hacer ruido; pero no pudo evitar que despertaran las mujeres.

Gregorio llamó a los faeneros:

—Venga. Cargar con él.

Lo sacaron así, lentamente, sobre los barbechos, hasta la linde del cortijo. Las mujeres y el niño iban detrás, como en un entierro de fantasmas. Pero en la linde de la otra finca, estaba el gordo Alfonso, el aperador del otro cortijo que tampoco dormía, con el mismo miedo ancestral de los campesinos a los Juzgados, los jueces, los empapelamientos.

—Aquí no me traes tú al Juzgado.

Hubo una ligera discusión entre los dos hombres; cada uno plantado en su heredad como un poste. Hablaban bajo la luz cárdena del alba, con palabras duras y cortantes. El cuerpo de Ramoncito mientras tanto se balanceaba sobre la tierra. Por fin los dos decidieron llevarlo a uno de los olivos de la carretera, «los olivos del peón caminero». Luego uno de los faeneros fue por un caballo y partió al pueblo, al galope.

El juez llegó ya muy entrada la mañana.

—¿Quién es? —preguntó al niño que le miraba con los ojos muy abiertos aún.

—Abuelo.

—¿Y cómo se llamaba?

—¡Ramoncito, Ramoncito! —respondían los chiquillos del pago, que habían acudido y montaban la guardia con las moscas.

—Es el mendigo conocido por Ramoncito —dijo el alguacil, escarbándose los dientes con una biznaga—. Su verdadero nombre: Ramón Pastor Iglesias.

El forense le dio una vuelta, despacio.

—¿Inanición? —preguntó el alguacil, oficioso.

—No. Es un colapso. Pero la verdadera causa es la mala vida.

—¿Ha sido aquí? —preguntó el juez.

—Sí, señor.

El chiquillo bajó la cabeza:

—Aquí ha sido.

Fue entonces cuando la vaquera que tenía seis hijos, pidió quedarse con el chiquillo de los ojos abiertos.

—¡Angelito! —dijo—. No tiene la culpa de que su abuelo fuera un peregrino.

—Bueno —sonrió el juez, a través de sus gafas—. Ya te lo mandaré.

—No —contestó firme la vaquera—. Me quedo con él.

El chiquillo no dijo nada y se dejó llevar de la mano hacia la vaqueriza. Con los ojillos chispeantes vio cómo la vaquera ordeñaba una vaca grande y quejumbrosa.

—Anda, ven y bebe.

A Ramoncito el peregrino se lo llevaron tres horas más tarde, en un carro que pertenecía al Ayuntamiento. Gregorio resumió:

—Esta vez nos hemos librado de las declaraciones. El chiquillo es listo.

Y no ocurrió nada más. Muchas veces pensamos que si Gregorio supiese leer, se extrañaría que dedicásemos dos o tres páginas a un suceso así, que

parecía de primera intención sin ninguna importancia.



Capítulo V

AQUEL AÑO, 1912, FUE el famoso año de la borrasca. Llovió desde Septiembre, «desde la feria de Villamartín». Las tormentas se sucedieron desde Octubre. Rodaban por el cielo como lentos y pesados carros cargados de piedra. Los arroyos se salieron de madre y de noche en las lindes adehesadas del cortijo, se escuchaba el tau tau de las zorras hambrientas, cada vez más cerca. Bajo las nubes violetas, las yeguas se agrupaban en círculos. Gregorio tuvo que buscar un mulo entero para apaciguar la piara. Era un terrible animal estéril que inspiraba respeto a los mismos animales montunos. El yegüero, que había nacido en un pueblo de Córdoba, contaba que de niño lo había visto pelear noches enteras, a coces, con los lobos.

Llovió tanto aquel invierno que brotó la hierba entre los chinos pelados y encalados del patio y alguno de los hincos secos que limitaban la finca con alambre de espino, reverdeció y produjo una solitaria y tierna vareta verde. Las gentes dejaron de trabajar y jugaban al tute en las habitaciones más hondas e interiores de las tabernas, desde la mañana hasta la noche, como si no quisieran oír el agua. Como ocurre en los países donde llueve mucho, empezaron a crecer de calle en calle, las historias de fantasmas, de aparecidos, de duendes. Todas las tardes, cuando Perico el mandadero volvía del pueblo con su capote de hule amarillo, que dejaba en el suelo del caserío un charco de agua transparente como si fuera un paraguas, traía una nueva noticia:

—Ayer hubo duendes en casa de don Manuel.

Otro día empezaron a caer piedras misteriosas en las azoteas de las casas. En casa de Esperanza, una moza madura, pero guapa, blanca y maciza como un saco de harina, las sillas flotaban en el aire y los platos volaban de la mesa al suelo, sin que nadie les pusiese los dedos. Doña Julia, que era una viejecita

achaparrada con muchas hijas casadas, vio otra noche, al abrir la puerta de su cuarto, una prima lejana que vivía en la ciudad, quieta, mirándole muy fija.

—¿Qué haces ahí? ¿Por qué no me has dicho que habías venido? —preguntó doña Julia con un hilo de voz.

La prima no repuso. Parecía estar como un traje, como un trapo colgado. Entonces doña Julia observó que tenía la boca sumida, con un halo oscuro, cárdeno.

Dos días después, el cartero trajo una carta donde le comunicaban el fallecimiento de la prima. Entre los detalles del óbito, le contaban cómo en la agonía la boca se le ennegreció hasta volverse una mancha morada.

Seis días después, en casa de don José Luis, el notario, un gato negro entraba todas las noches en el cuarto de la criada y le mordía los pies. «Es el demonio» —dijo la lavandera que dormía al lado. En Andalucía, el demonio es siempre un gato que anda por las galerías, en pantuflas y sin ningún ruido. Gregorio contó en el cortijo el viejo caso del rancho de la Pedrera, cuyos maíces lindaban con el cortijo de «El Vergel». Todas las noches aparecía sobre una tapia, un enorme gato negro que maullaba como si llorase.

Don José había visto la tapia, y la recordaba sucia, sin encalar, con el caballete cubierto por las hierbas secas.

—El colono, compadre mío —continuaba Gregorio—, cargó la escopeta con plomos loberos, y le hizo el acecho. Cuando volvió el gato, le descerrajó un tiro. Todos lo vieron caer ensangrentado. Sin embargo cuando el colono con una hija que le llevaba el candil salió fuera, al corral del olmo, no pudo encontrar al animal, y ni siquiera una mancha de sangre. A la noche siguiente volvió el gato. Por un postiguillo abierto, lo vieron pasear la tapia. Llevaba en la cabeza, en el sitio del tiro, una venda blanca. Aquel año, la hija del colono enfermó con una úlcera en el pecho. Ella decía que cuando salió con el candil en busca del gato, llevaba mal abrochado el justillo y se le había salido un pecho al agacharse. Precisamente, el pecho de la úlcera.

Pero la historia más pavorosa del año fue la de doña Úrsula. Doña Úrsula era otra viuda gordita, menudita, muy bien peinada, con el pelo castaño. Vivía en la calle Curtidores, en aquella casa que no tenía más que fachada y ventanas, una casa larga y alta como una vaca flaca. Doña Úrsula no salía nunca, como no fuese a la iglesia, y solo tenía un vicio conocido: los encajes. Los coleccionaba con un deleite casi pecaminoso; tan pecaminoso que en el pueblo los niños la llamaban Úrsula la arañita, por aquello de vivir siempre entre telarañas, una tarde, a la hora de las ánimas, llamó a la puerta un señor que vendía encajes. Doña Úrsula no pudo resistir la tentación, y lo recibió. Se

trataba de un hombrecito bajo, más bien grueso, con el pelo rizado y que hablaba con una voz pastosa y tibia, que tardaba tiempo en disiparse. Los encajes que llevaba en el maletín eran maravillosos. Nunca había visto doña Úrsula encajes semejantes. Parecían espuma de cerveza. Randas de piñón, de diente de perro, de media muela, de corazón, de ombliguillo de la reina, los pelos de seda de Chantilly, gripures de aguja, las malinas que se hacían con 600 bolillos y la hiladora metida en una cueva húmeda para que el hilo conservara su blancura, las blondas color de azúcar tostada, porque los encajes, como el marfil, cuando envejecen, amarillean. A doña Úrsula le temblaban las manos.

—¡Dios mío, es un milagro! ¡Un milagro!

Doña Úrsula notó cómo el señor fruncía las cejas. «También noté —contaba luego— cómo la llama del quinqué palidecía cuando se acercaba». De repente, doña Úrsula dio un grito, se puso en pie y se santiguó. El hombre entonces se retorció en el sofá donde estaba sentado, y desapareció como si fuera de humo. «Tardó un poco —decía doña Úrsula—, porque se le enredaban los encajes». Y enseñaba, con una risita temblorosa, un trozo de encaje negro, una punta de randa, que había quedado en la habitación, como las lagartijas cuando dejan la cola para escapar. También quedó sobre los cojines la huella deforme de la mano. Era una gran quemadura, pálida y vieja, color de tabaco.

Don José subía todas las tardes, a pesar de los duendes y de Luis, el novio de Luisa, a la tertulia de la casa de don Fernando. A las cinco en punto, diluviara o no, Gregorio acercaba el coche a la puerta de «San Rafael».

—Don José, ¿vamos?

Don José bajaba, listo, en un minuto:

—Vamos Gregorio. ¿Nos quedaremos en el barrizal?

Gregorio sonreía cuco:

—No nos quedaremos... no nos quedaremos.

Algunos días venía Luis y se sentaba al lado de Luisa con sus grandes ojos tristes, sin hablar nada, hosco y malhumorado. Una tarde, no estaba Luisa. Preguntó por ella, y doña María repuso rápidamente:

—Ha salido con Luis. Tenía que hablar con Luis.

Luego, los encontró a los dos en el zaguán, hablando acalorados. Luisa miró a José muy tranquila; pero Luis no respondió al saludo de José.

En la tertulia, Consuelito charlaba y Luisa sonreía. Sin embargo, trascendía de ella una vitalidad, un gozo estático, casi morboso. José no apartaba la vista de aquella cabeza, espléndida, de piel morena, los ojos

anchos y serenos, la nariz respingada, el leve bozo dorado bajo la nariz, la boca larga y fresca, los dientes brillantes, la barbilla redonda como un albaricoque. Sobre todo, cuando se encendía la luz de la casa, la luz de acetileno que manaba por tubos, a través de todas las habitaciones, desde un depósito particular, una luz más viva e intensa que la eléctrica, la cabeza de Luisa se tornaba más perfecta aún, como si a la estatua se le hubiese colocado detrás un paño amarillo.

En Enero, cuando el tiempo tendía a cambiar, llegó la borrasca. Don José había ido, como todas las tardes, a casa de don Fernando. A las seis, ya casi oscurecido, el cielo se puso de un color de ópalo turbio, ocre y ceniza, como los días que afila el levante. Volaron además enloquecidos, los tordos que silbaban toda la tarde desde la torre de azulejos de San Pablo. Y de pronto, estalló la borrasca.

Don Fernando llegó del casino, agarrándose a los hierros de los cierros.

—¡Todos los árboles de la carretera al «Vergel» se han caído!

Se oían rodar las macetas de la azotea, y en el jardín, los rosales, los heliotropos, las quencias se doblaban como si dos grandes dedos las partieran. La buganvilla grande se desprendió de las alcayatas que la sostenían y cayó al patio despatarrada, como una enorme araña que hubiera perdido la fuerza de sus patas.

A las ocho el temporal aumentó. Afuera se oían chasquidos de cristales y gritos.

—¿Qué velocidad le calcula usted al viento? —preguntaba don Fernando, dándole golpecitos al barómetro para ver si la aguja se movía.

—No sé; pero es un verdadero ciclón.

Don Fernando daba órdenes en la casa:

—Cerrar todas las maderas; asegurar las trancas de la puerta del molino.

Don José se levantó de la camilla.

—Me voy —dijo—. Esto empeora por momentos.

Don Fernando le cogió por los brazos:

—¿Irse? Usted no se va de ninguna manera. Sería una locura, una verdadera locura.

Doña María asintió:

—Ya le buscaremos un sitio en cualquier parte. Gracias a Dios, la casa es grande.

Gregorio llegó unos minutos después. Había encerrado los caballos en la cuadra de don Miguel. Traía noticias del pueblo, y don José y don Fernando bajaron a charlar con él.

—El temporal se ha llevado el techo de la casa de don Jacinto... La montera de don José Luis ha volado...

Fue entonces cuando la casa tembló; se oyó primero un chasquido; luego una explosión, y la luz se apagó como un suspiro. Arriba las mujeres chillaban y corrían por la galería: «¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido?». Se oyó la voz de don Fernando:

—Tranquilidad. Tranquilidad. No ha sido nada. Es el depósito de carburo que ha estallado. Seguramente el viento se ha llevado el techo del cuarto.

José subió despacio, sin tropezar, a tientas por la escalera que conocía muy bien; cruzó la galería y alcanzó el gabinete de la tertulia. En la oscuridad, oyó la respiración de Luisa. La adivinaba a través de la tiniebla, como si la viera por los poros de la piel. Sin decirle nada, avanzó unos pasos, la atrajo hacia sí y la abrazó. José tuvo la sensación, como un escalofrío, de que aquel cuerpo estaba hecho para él desde que nació, exclusivamente para él, hasta que se disolviera en la tierra y perdiera ese dulce calor que desprendía.

—Te quiero, Luisa.

—Yo también te quiero. No puedo remediarlo.

Permanecieron un rato callados, juntos. Se oía el corazón de José como un reloj. Luego, la voz de doña María que en el piso de abajo pedía que trajeran velas de la despensa.

Ella fue entonces la que le besó por segunda vez. Tenía la boca húmeda como la de un niño.

—Mañana —dijo José— hablaré con tu madre.

—No —contestó Luisa—. Hablaré yo.

Doña María reunió a sus hijas en una especie de consejo de familia. En Andalucía, los casamientos es un asunto exclusivo de las mujeres, de las madres, como las sábanas de hilo, las criadas y los niños chicos.

—Luisa —dijo por todo preámbulo— me ha dicho ayer que quiere a José.

—¿Y Luis? —preguntó Consuelo—. ¿No te da lástima de Luis?

Luisa miró a su hermana:

—¿También estás enamorada de José?

Consuelito se echó a reír. Las dos hermanas rieron.

—Pero Luisa es la mayor —sentenció doña María.

En Andalucía, el amor es un sentimiento ordenado y sólido, que no debe deshacerse por caprichos o impresiones fugaces. Una mujer quiere a un hombre para tener hijos de él y gobernarle la casa.

Luisa tuvo un gesto de oscura, soterrada, inesperada energía:

—José será mi marido. Él será el padre de mis hijos.

Y sonrió, como si ya se viera cuatro o cinco niños pequeños alrededor tirándole de las faldas.

Mientras tanto, don José fue a Madrid y arregló con su cuñado la partición de doña Carmen, que aún estaba indivisa. «He pensado que te quedas con el olivar y la dehesa —propuso a su cuñado—, y yo me quedo solo con el cortijo. ¿Estás conforme?».

En la estación, en un minuto en que los dos hermanos se quedaron solos, Carmen le preguntó en voz baja:

—¿Quién es ella?

José sonrió también:

—Ya la conocerás cuando la boda.

En Mayo se casaron en la Iglesia Mayor del pueblo. Después se fueron a «San Rafael». El aire era transparente como un vaso de agua. Cuando se abrían las ventanas se pensaba que debía ser un gozo hundirse en aquella claridad fresca y suave como seda. Las golondrinas partían desde el alba, como si quisieran apurar el regalo; la cigüeña de arriba se zambullía en el aire, despreocupadamente, con las manos cogidas a la espalda.

La luna de miel no habría sido preparada mejor por un poeta griego. Debajo del balcón de los novios, desde el amanecer, el rebaño de ovejas seesteaba. Los machos perseguían incansables, tercos, las ovejas. Era una persecución obsesionante, fija, como un castigo. De cuando en cuando, levantaban el hocico, plegaban el labio superior y rugían con un rugido corto, bajo, pero lleno de fuerza. Los verracos se disputaban las hembras, y los más débiles llevaban en las ancas una colmillada como una pincelada de bermellón. A las nueve, se sacaban los sementales de las cuadras. Las yeguas levantaban la cabeza en cuanto los veían. Al mediodía, en los olivares vecinos, se oía el zureo constante, enervador, de las tórtolas, y el gallo, bajo el sol, pisaba, una tras otra, sus gallinas.

Estuvieron un mes quietos en el cortijo. Algunas tardes salían a caballo y visitaban las fincas de los alrededores donde les obsequiaban. Por la noche, José veía dormir al lado suyo aquel cuerpo que había deseado tanto. Dormía tranquila, confiadamente, como si hubiera nacido para dormir junto a él. José pensaba en el silencio roto por el chirrido de los grillos y el sonido del agua

del grifo de la pipa de latón, que caía sin cesar toda la noche, que entre aquel cuerpo y el suyo existía ya un lazo irrompible que los soldaba.

Al mes justo, doña Luisa dijo mientras se peinaba al lado de su marido.

—Mañana, José, hace un mes que nos casamos. Tienes que empezar a trabajar.

A la otra semana, con una raya de luz indecisa en la ventana, José encontró, al pie de la cama, los botos de campo recién engrasados con grasa de galápago, y la petaca llena de tabaco. Mientras se vestía, oyó piafar su caballo ensillado.

Gregorio comenzaba a trillar las primeras cebadas del año. Los nueve mulos trotaban sobre la raspa áspera de la cebada, con un trote casi de ballet. El trillo con su asiento de paja de juncia, cabeceaba sobre el mar de la paja, y el hombre que llevaba los mulos apenas movía el látigo, como si obedeciera también a un secreto ritmo.

El año fue muy bueno. El trigo candeal salió a 6. El avisgado a 7. El alpiste canario en el barbecho holgón del río, a 10. Los garbanzos, lejos del yeso, a 8. Descontados los gastos, don José contó 35 000 pesetas de beneficio.

Por lo pronto, ya había cobrado veinte. Eran billetes de a mil, muy nuevos. Se los llevó a Luisa, orgulloso.

Cuatro meses más tarde, en el almuerzo, cuando doña Luisa partía el pan en la mesa, como había aprendido de su madre, partió tres pedazos.

—¡Qué tonta soy! Si no somos más que dos. Pero, pronto...

José se puso en pie, la servilleta flotando sobre el chaleco.

—¿Qué has dicho?

A Luisa le costaba hablar, los ojos llenos de lágrimas.

—Yo calculo que para Junio...

José se levantó la mañana siguiente más temprano que nunca. Cuando montó a caballo con Gregorio, para ver cómo iba la siembra, no pudo dominar su alegría:

—Gregorio, no se lo digas a nadie; pero pronto tendremos amo nuevo en «San Rafael».



Capítulo VI

Y EN JUNIO, DON JOSÉ bajaba las escaleras del cortijo a saltos.

—Gregorio, la señorita está mala.

Gregorio entró en la cuadra, sacó las mulas y las enganchó al coche calmosamente. Fue la primera vez, durante cinco años, que don José le gritó:

—¿Por qué andas tan despacio? La cosa no es para juego.

Gregorio no repuso nada, subió al pescante y arreó los mulos. Luisa estaba en pie, en su habitación, quejándose suavemente. Encarna le apretaba la cintura con las manos; luego bajó a la cocina para preparar un cocimiento de canela.

Dos horas después llegó el médico. Era un viejecito muy simpático que había visto nacer, durante cuarenta años, casi todos los chiquillos del pueblo, incluso a Luisa. Gregorio trajo también una botella de coñac y la puso sobre la mesa. Don José la descorchó tembloroso y bebió dos copas seguidas.

Gregorio sonrió:

—No se ponga usted así, don José. Hay que echarle valor.

El niño no vino hasta el amanecer. Durante las once horas de espera, don José paseó por la habitación del piso bajo. A lo largo de la noche, Encarna y las criadas y las mujeres del yegüero, del porquero, del pastor, que acudieron enseguida con ese misterioso sentido de humanidad que tienen las mujeres en el trance, bajaron y subieron las escaleras corriendo. Doña María vino también, en su coche, con una criada vieja, ama de Luisa. Gregorio se acercaba de cuando en cuando a la puerta, y contemplaba los paseos de don José.

—Don José, que se va usted a poner malo...

Por fin, ya con la luz del día, don Luis el médico, bajó las escaleras, sonriente. Por vez primera tuteó a don José.

—Anda, sube. Ya tienes un hijo.

Don José subió apoyándose en el pasamanos. Llamó, tímidamente, a la puerta de la habitación. Luisa estaba desencajada sobre la cama, los labios hinchados, el pelo pegado al rostro por el sudor. A su lado, sobre la almohada, había un paquete de telas y dentro una cabecita cubierta de diminutos granitos rosas. Parecía un trozo de carne. Solo los ojos brillaban con un raro fulgor cuando los abría, pero los cerraba, instantáneamente, porque la luz le molestaba.

—¡Luisa! ¡Luisa! —balbuceó luego, vencido, las dos manos sobre el embozo de la cama, sin importarle que lo vieran.

Pero Luisa se durmió profundamente, con el cansancio, con el sopor de quien ha corrido treinta kilómetros.

Las noches siguientes fueron malas. Ninguno de los dos dormía. El niño lloraba, y Luisa intentaba acercarlo al botón del pecho. Sin embargo, los dos sentían una felicidad, un goce insospechado. Don José oía respirar a su mujer al lado suyo, fajada como una momia, y luego contenía la respiración para oír la del niño.

—¿Respira? —preguntaba a su mujer.

El niño lloriqueaba o se movía.

Entonces don José notaba una tranquilidad extraña. «Vive. Vive» —se decía, y se estiraba dentro de la cama, con una sensación de beatitud desconocida.

Después del bautizo, doña María trajo la noticia, como la cosa más natural del mundo.

—¿Sabes que Luis pretende a Consuelito?

Una tarde vinieron a «San Rafael» ya novios. Merendaron arriba los cuatro. Consuelito charlaba, como siempre, asistida por la mirada admirativa y seria de Luis.

Luis no miró una sola vez a Luisa. En Andalucía, el casamiento es una línea decisiva. Luisa pertenecía a su marido para siempre y quedaba olvidada, lejanísima, imposible para los demás.

Consuelo, en cambio, empezaba a querer a Luis. El amor en la mujer es una corriente de agua que puede dirigirse o encauzarse para donde se quiera. Además, Luis la había ganado por la lástima.

—Pobrecillo Luis. Se ha quedado tan solo —repetía incansable.

Aquella misma tarde, mientras José contaba la calderilla de la esportilla de la que se pagaban los jornales, Luisa se le acercó.

—José —dijo—, yo quiero que ahorremos para el niño.

Don José contaba las perras gordas, pesadas, de color verde, en montones de diez.

—Yo quiero que sea más rico que Luis.

José envolvía las pesetas contadas en papel de estraza, para facilitar los pagos.

—Lo será, Luisa, lo será. Mejor dicho, ya lo es.

A la noche, cuando el niño despertó llorando, don José no pudo dormir más. Se pasó la madrugada pensando que con diez o doce cosechas buenas de «San Rafael» habría dinero para comprar un nuevo cortijo.

Pero siempre ha sido difícil hacer dinero, lo que se llama dinero, en el campo. Don José contemplaba aparejar su apero, a la salida del sol, desde la ventana de su cuarto, acabado de afeitarse, con el primer cigarro liado del día entre los dedos. Los yugos de acebuche con las costillas de chaparros, los collarines para el carro, de piel de bestia, piel de tambor rellena de paja de centeno, que es la paja más fina. Después, ya sobre el caballo, veía caer el grano en la tierra, abierta cada año con más cuidado. Don José fue el primer propietario de Andalucía que trajo un arado Brevans al campo. Un enorme arado de hierro al que había que enganchar cuatro bueyes de los más robustos. Pesaba tanto que los bueyes enfermaban al año. Fue el caso de «Redondo», el buey colorado, famoso en la campiña, porque en un herradero, toreado para divertir a la concurrencia, levantó él solo con los cuernos el *break* donde permanecían 30 personas.

El grano quedaba quieto hasta que escuchaba llover.

«Ahora despierta» —se decía don José, en Octubre, cuando oía los pasos descalzos de la lluvia sobre los techos. El agua debía poner en marcha un diminuto aparato de relojería dentro de cada grano, porque se desdoblaba la raíz y aparecía una suave hoja verde, como esos estiletos diminutos que sirven para abrir los libros. Daba la impresión de que se desdoblaban, de que debían estar plegados, empaquetados bajo la cáscara, como los saltamontes esconden las alas fulgurantes, azules y rosas, bajo la quitina.

De noche, don José se levantaba descalzo.

—Vas a enfriarte, José —le decía doña Luisa medio dormida.

—Nada. Nada. Ni una gota —hablaba don José desde la ventana.

Otras veces era lo contrario:

—Sigue lloviendo. ¿Lo oyes? El trigo va a pudrirse.

En Abril, el cortijo olía a pan. Por instinto, los campesinos sabían que es el mes que el trigo dedica al amor. El trigo se autofecunda a sí mismo; esto es, cada flor utiliza su propio polen. Los cereales, como casi todas las plantas útiles, no pueden perder tiempo, y la aventura del amor en ellas es lo más casera, lo más reducida posible. El pimiento, la berenjena, el tomate, la lechuga, también son autógamias.

Después el grano empezaba a concretarse. Al principio era como un líquido blanco, como horchata dentro de cada vaina. Lentamente se solidificaba. Era entonces Mayo y llegaba Salvador, que mandaba los segadores de la sierra.

—¿Cuántos hombres va usted a querer este año?

Don José llamaba a don Fernando, su suegro, y hacían la cuenta entre los dos.

—Salvador, unos noventa.

En el casino, los propietarios reunidos sumaban:

—Con 300 nos apañaremos este año.

Hacia el 20, cuando el olor de la cebada madura flotaba sobre el campo, bajaban los serranos de sus pueblos —Parauta, Juscar, El Burgo—, pueblos entre castaños rojos y valles de limones dulces. El más viejo tendría treinta años y el más joven dieciocho. Muchos de ellos habían cazado la cabra montes entre los pinsapales de Ronda. Bajaban a pie, 600, 700 hombres, como hemos visto en las estampas de Doré en las emigraciones de Historia Sagrada, el patriarca Salvador delante, con su pelo blanco y la vara de avellano totémica, y detrás, veinte o treinta burrillos con los hatos. Cuando llegaban a la tierra llana, se desparramaban por los cortijos y trabajaban de sol a sol, dieciocho horas diarias, para ganar cuatro o cinco duros de plata de jornal que entonces constituía un capital auténtico.

La siega es la faena más dura del campo. El cuerpo va en el aire y todo el peso del trabajo cae sobre los riñones. Bajo el sol terrible, conviene sudar mucho, porque el sudor evaporado refresca todo el cuerpo. Un chiquillo con un burro por cada treinta hombres, transporta cántaros de agua. La medida es un cántaro de agua para cada hombre.

Hubo tres o cuatro años de cosechas malas, y don José gastó los ahorros que doña Luisa guardaba, billete a billete, en la cómoda de doña Gertrudis. Llegó un año que don José tuvo que vender el trigo en verde para pagar la

siega a los serranos de Salvador. Vinieron tres o cuatro usureros del pueblo, gentes que le sacaban una opípara renta a cuatro, cinco mil duros, y pasearon el sembrado con el tacto con que la cigüeña caza la cigarra por el rastrojo. Compraron la cosecha a 6 pesetas cuando el trigo estaba a 8. Don José pensó admitir cochinos a la espiga; pero en la feria de Medina donde estuvo a comprar un caballo, cambió de parecer. En la fonda, mientras almorzaba, se encontró con un pariente suyo de Jerez, también labrador.

Charlaron por encima de las demás mesas donde comían tratantes, vendedores de mantas de Grazalema, dueños de circo y cunitas.

—¿Este año no compras cochinos, pariente?

Don José sonrió:

—La verdad, pariente. No tengo dinero y no quiero malvender el trigo.

—Por eso no lo hagas. Cuando termines de comer, ves lo que traigo a la feria y si te gustan me los pagas a la salida de la espiga.

Don José compró los 180. Retintos, largos, portugueses. «Son muy buenos, José» —dijo don Fernando cuando los vio, esparcidos sobre las rastrojeras de «San Rafael»—. «Guárdame cinco machos».

Pero en Julio, les entró la epizootia, la pezuña. No podían moverse, y Gregorio decidió echarles todas las habas de los graneros para salvarlos. Don José no dormía.

—Mal negocio hemos hecho. Criar cochinos es una locura.

Don José había oído contar a don Fernando que un antepasado suyo, a la hora de hacer el testamento, llamó a sus hijos y les recomendó: «Si queréis ser ricos, agarraros al rabo de un cochino».

—Mañana no queda uno. Y son seis mil duros los que tenemos que entregar en Septiembre. Es nuestra ruina.

Doña Luisa despertaba:

—Duerme, hombre, duerme. Vas a ponerte enfermo.

Gregorio sumaba ávidamente las fanegas gastadas:

—Vamos por las 200. Es tirarlas al suelo.

En Septiembre, de los 180 cochinos quedaban la mitad. Don José hizo la cuenta en el librito de papel de fumar, ante la mirada fúnebre de Gregorio.

—Son 465 arrobas perdidas. A 22 pesetas: 10 230 pesetas.

—Ponga usted ahora las habas a 10 pesetas la fanega: 3800 pesetas.

—Hemos perdido unos tres mil duros.

Menos mal que al comienzo del invierno los mulos subieron inesperadamente de 1000 pesetas a 3000. En el mismo campo llegaban tratantes levantinos y catalanes y lo compraban todo sin remilgo. Don José se deshizo de quince a veinte mulos entre lechales y domados.

—Nos hemos salvado de milagro —dijo don José aquella noche a su esposa.

—En el campo vive uno pobre, pero termina rico —contestó doña Luisa sonriente—. Había oído la frase a su padre.

Los mulos vendidos iban a la artillería francesa de montaña, que operaba en los Vosgos. Fue la única noticia en los cuatro años de la Guerra Europea que tuvo influencia en el cortijo de «San Rafael». Aparte, claro está, de los dos nuevos hijos... Ya eran tres: Fernando, como su abuelo; José, como su padre, y María como su abuela. Aunque a María la llamaron Mauca desde que nació.

Don José rebosaba de satisfacción al verlos.

Y gracias a ellos, aquellos fueron los años más felices de «San Rafael». El campo daba todos los años su cosecha y los niños corrían por el cortijo sin salir de él, como si el mundo conocido acabara en las lindes.

—Papá —preguntó un día Mauca—. ¿Francia empieza en el olivar de don José Luis?

Los niños gozaban, sobre todo, los veranos. Los inviernos son largos y hay muchos días tediosos en que nadie entra ni sale del caserío. Pero en cuanto el sol calienta, las veredas se poblaban de gentes, los pájaros volvían a los nidos antiguos, y los sembrados, altos y oscilantes, eran un tesoro de sorpresas, de secretos, de noticias alegres.

—Pepito —avisaba el viejo Gregorio, que aún daba vueltas por los trigos —, ayer llegaron las codornices.

Pero el verano empezaba oficialmente con la aparición de los peladores de ovejas. Venían a finales de Mayo, montados cada uno en un burrito gris, el hatillo y el pan del costo en el serón, la tijera afiladísima colgada a la cintura. Esta tijera tenía un atractivo especial para los niños. Se les oía «chis chas», «chis chas» en todo el cortijo. Pelaban 30, 40 ovejas cada uno en la cuadra, y el olor a sebo negro dominaba, lentamente, el aroma de la avena, el estiércol y la paja fermentada. Era preciso que la zamorra de la lana saliese íntegra, y la oveja quedaba ridícula con su piel de pollo, como un perro con hambre y con pulgas.

En Junio y Julio las tribus volanderas del verano se sucedían exactamente como las bandadas de pájaros: los alcaravanes, los sisones, las perdices del rastrojo, las tórtolas agosteñas que amaban el calor como las chicharras.

Primero eran los encaladores. Con sus pinceles de caña con brochas de crin, como cola de jaca, el sombrero de fieltro manchado de cal, llegaban a pie de dos a dos y preguntaban:

—Don José, ¿metemos mano ya?

En diez días dejaban el cortijo, hasta las más lejanas dependencias, como bañado en nieve. Dormían en el granero vacío, bajo las ristras de ajos y de cebollas que colgaban del techo. Habían heredado la limpieza de la cal. Doblaban la manta, el cabezal, y ordenaban los enseres. Como buenos albañiles, bebían vino, mientras los peladores preferían el aguardiente seco, sin matalaúva. Cuando se emborrachaban, se contaban unos a otros hazañas de su oficio:

—¡En dos días me encalé la fachada del Ayuntamiento de Villamartín!

Otro huésped del verano era el sillero. Un hombrecito calvo, esos calvos dignos de Andalucía, de cabeza romana, con la calva amarilla y brillante, como de alabastro. Llevaba al cortijo un burro y cinco niños.

Trabajaba metido en el arroyo, cortando la enea, que es una especie de caña tierna y verde, con un hocino muy afilado. Luego, mientras la dejaba secar siete días al sol, subía al cortijo:

—Gregorio, lo tratado... ¿Cuántos asientos hay que echar?

Durante todo el verano vivían además, «permanentes» en el cortijo lo que Gregorio llamaba: «los artistas». El guarnicionero, tan pequeñito, que se alimentaba solo de café; el zapatero, mozo viejo que leía el periódico; el carpintero, que dirigiera la banda del pueblo; el herrero, gordo, con sus gafas, con su camisa azul, los brazos llenos de las picaduras rojas del fuego...

Y por último, casi siempre después de las tormentas, cuando el aire olía todavía a ozono, el tipo más siniestro del verano, Francisco el pellejero. Todos los niños, incluso el más travieso, el niño del yegüero que se atrevía a robar los nidos de los cuervos, se escondían. Llegaba en un burro color de chocolate de enormes orejas, que apestaba a tejón desde dos kilómetros. Las yeguas nada más olerle, enderezaban las orejas y huían enloquecidas. Era un hombre corpulento, vestido con un blusón de tela negra y un bastón redondo amarillo. Compraba las pieles de los animales sacrificados y las regateaba encarnizadamente, mosca a mosca. Estaba muy poco tiempo en el cortijo. Colocaba sobre el burro las pieles cruzadas, pieles de borrego, de conejo, el

pellejo del potro que se partió las patas, y luego, seguido de las moscas verdes, a grandes zancadas, desaparecía.



Capítulo VII

UN DÍA, GREGORIO SUBIÓ como todas las mañanas a la habitación de don José, que ya no se levantaba temprano. Fumaba en la cama hasta que el sol se tumbaba como un perro sobre la colcha.

—Don José, ya tenemos aquí la huelga de Septiembre.

—¿No han venido?

—Solo Pepillo, el arreador. Dice que la gente está levantando la campiña.

Todos los años, como un programa trazado de antemano, las huelgas eran tres: la primera, en Mayo, antes de la siega; la segunda, en Septiembre, antes de la siembra, y la tercera en Octubre, antes de la aceituna. Durante varios días, los hombres permanecían de pie, plantados en las calles del pueblo, se cerraban las puertas de los zaguanes que, en Andalucía, están siempre abiertos, y grupos de trabajadores iban por la campiña levantando aperadores y manijeros fijos, para que al final de todo, el jornal se subiera a una peseta. Pero aquel año, Gregorio instintivamente notó que aquella era una huelga distinta:

—Don José, esta huelga no la entendemos nosotros. Es una huelga nueva: la huelga de las máquinas.

Don José, como todo labrador, había tenido desde que llegó al cortijo la ilusión de las máquinas. Recién llegado fue a Jerez para ver las guadañadoras Wood, pintadas de esmalte verde, que los hermanos Guerrero tenían sobre la zulla azul. Los hermanos Guerrero —don Rafael, don Pedro, don Ramón—, consiguieron fama en toda la comarca por sus aciertos ganaderos: la aclimatación de los purasangres y las gallinas de Jerez, negras como las castellanas. Estuvo también en Campano, dehesa de don José Bertemati, para ver las máquinas de vapor que desfondaban la tierra.

—Gregorio, hacen la labor de diez yuntas.

Gregorio movió la cabeza:

—Don José, ¿y usted cree eso?

En el *Diccionario Enciclopédico Industrial*, editado por Costa en 1866, y del que había sido suscriptora doña Carmen, se encontraba un grabado con una locomotora y un misterioso sistema de cabrestantes y poleas hincadas por la llanura, que tensaba una especie de arado parecido a un funicular. En la revista *Por esos mundos*, vino una foto de una gigantesca cosechadora —«segadoras-trilladoras combinadas» se llamaban entonces— arrastradas por 16 caballos. «Son como máquinas de coser tiradas por ratas» —se había escrito de ellas. Con el dinero de los mulos, don José trajo la primera segadora a su campo. Era una Deering que agavillaba con alambre. Luego, compró otra, ya usada, a la que los mulos iban enganchados detrás y empujaban con los pechos. Por último, vinieron las Duruy, con la gavilla prendida por el hilo sisal. Daban la impresión de pelar el trigo como una enorme maquinilla de barbero.

Contra la máquina existía en el campo andaluz un odio absurdo, antiguo, enconado. Los obreros se reunían en el pueblo:

—Ya ha traído una máquina don José.

El mismo Pepillo, que dirigía el apero, las miraba con un malestar invencible:

—Las máquinas quitan el trabajo del hombre.

Don José explicaba:

—Es como si quisiéramos hacer desaparecer el automóvil, porque la diligencia daba más trabajo entre cocheros y fondistas.

Una mañana vio a un hombre merodear la segadora.

—¿Eh, tú? ¿Qué haces ahí?

El hombre sin decir nada, con los ojos chispeantes, levantó un martillo y empezó a dar golpes furibundos sobre las paletas. Don José bajó las escaleras deprisa.

—Estás loco. Vas a romperla.

—Ojalá... Así no robará más.

Don José lo agarró del brazo y los dos hombres forcejearon en silencio. Pero el otro era joven y fuerte y de un golpe se desembarazó de don José y lo tiró por el suelo.

—Ahora vas a ver lo que es bueno.

Entonces de la casa, a la carrera, salió Fernando, empujó a un lado a su padre y se puso delante.

—Quien lo va a saber eres tú.

Fernando era un mozo moreno, espigado, con el pelo crespo como su abuelo materno. Había dado un estirón en los últimos años, y aguantó al otro sin ceder un paso. Los dos lucharon unos segundos, como lobos, mordiéndose, desgarrándose las camisas y arañándose las espaldas. Cuando al ruido, se acercaron Gregorio y el guarda, y los separaron, los dos jadeaban como si acabaran de cargar un carro de trigo.

Fernando tenía un hilo de sangre en la comisura de los labios.

—Pégale ahora, papá, pégale.

Don José se levantó despacio y se sacudió el traje.

—Suéltale, Gregorio —dijo—. Y ahora, vete. Ya sabes que podría llevarte al cuartel. Pero eres un loco.

Luego se volvió a Fernando, a quien por vez primera había visto tal como era ya: un hombre.

—Hijo mío, ¿cómo me viste?

Fernando se secaba el labio con el pañuelo de Gregorio.

—Estaba en la ventana de mi cuarto, papá.

Aquella noche don José se lo contó a doña Luisa: —Fernando es ya un hombre. Si lo hubieras visto...

Doña Luisa aprovechó la ocasión para hablar a su marido de una idea que le embargaba desde el invierno:

—Son 16 años, José. Y el año que viene termina en el colegio. Tendrá que estudiar una carrera. Debíamos vivir en una ciudad. Fuera de aquí...

Don José se incorporó sobre las almohadas.

—¿Irnos de aquí? ¿Qué dices?

Doña Luisa habló ya sin temor a la reacción de su marido:

—Han pasado los años, José. Los niños son ya hombres. José tiene que ir al colegio. ¿Qué hacen aquí? Potrear todo el día. Fernando debe estudiar una carrera. ¿Vas a dejarlos solos en la Universidad? Debíamos tener un piso en Sevilla, o en Madrid...

Hubo un largo silencio. Don José oía por la ventana abierta, el inacabable concierto de las ranas.

—¿Y el cortijo? ¿Has pensado en el cortijo?

Doña Luisa murmuró en voz baja, con mucho trabajo, como si decirlo fuera un grave pecado:

—Podríamos arrendarlo.

Al año siguiente, en Abril, se declaró la República. Por la tarde, las escardadoras abandonaron el trabajo. Parecía que iban a la feria del pueblo. Don Fernando vino en el coche de caballos, sonriente:

—Después de todo... El país estaba cansado...

En Puerto Serrano, el último pueblo de la provincia de Cádiz, los obreros que trabajaban en los túneles del ferrocarril Jerez-Almargen, echaron a volar sus boinas y sus gorras, como si les hubieran anunciado un aumento de sueldo.

Solo una cuadrilla de portugueses que habían llegado tres meses antes que la siega, sin que nadie se explicara el porqué, se echaron a llorar.

—«A magos e a choro e a os rey robado. Ja chorareis vosotros».

—«Eu vejo o desengaño».

Don Alfonso que, en aquellos minutos, montaba en su «Dusseberg» de ruedas blancas, para embarcar en Cartagena, no supo nunca cómo le habían llorado, solos y desconsoladamente, una pobre y anónima cuadrilla de segadores portugueses.

En aquel mismo año, don José obtuvo su primera trilladora mecánica. La había encargado en Diciembre, antes de Navidad, a Alemania. Pintada en minio rojo, con sus hierros, sus lonas, sus cortinillas de tela brillante, parecía una diminuta fábrica de harinas. La movía una locomóvil que andaba con carbón de piedra y que silbaba exactamente igual que el corto que tomaban en Utrera para ir a Sevilla. La trilladora no levantó protestas. En torno suyo, para alimentarla, para recoger los sacos, para subir la paja al pajar, necesitaba muchos más hombres que la trilla de yeguas.

A don José le gustaba pasarse la mañana sobre el puente de la máquina, bajo un sombrajo de cañas, cuyas hojas cuando las movía la brisa parecían banderines verdes. La trilla es en el campo una labor tan absorbente, tan total, que el cortijo volvía a tener durante ella, la antigua sensación de unidad aislada, de pequeño mundo lejano y apartado. El tamo flotaba por la atmósfera como un halo, como un nimbo que rodeara la trilla. Don José veía acercarse, por los cerros de su cortijo, las galeras de tres mulos cargadas de espigas, y luego, los cargadores echaban los haces al suelo con los viergos. Cada haz daba un brinco de oro. Muchos se deshacían antes de llegar, y la

lluvia de espigas era más lenta, tal si, separadas, pudiera sostenerlas el aire. En aquella atmósfera amarilla, llena de astillas doradas microscópicas, los sabaneros subían con sus enormes cargas, paso a paso, 62, 70 tramos, de la escalera del pajar.

Don José almorzaba contento:

—Hoy pasaremos de las 150 fanegas.

Gregorio, sentado al pie de la locomóvil, que había que refrescar cada hora con un balde de agua, como un segador antiguo, sonreía melancólico.

Por otra parte, las tres huelgas tradicionales se multiplicaban por diez cada año. Solo Gregorio sabía cómo se pudo arar y sembrar la hoja de 300 fanegas de turno.

Don José, mientras tanto, aburrido, no salía de su habitación. Repasaba todo el día los números de la revista agrícola *La Hacienda*, cuya suscripción de tres dólares mandaba por el Banco. Él imaginaba que aquella era la agricultura feliz que soñaba, en papel couché, con máquinas maravillosas, con los Caterpillar amarillos que trepidaban como los motores de una fábrica, con las primeras desinfecciones de semillas para la siembra, con los anuncios de vacunas, de camiones tanques con forro de vidrio, de molinos de viento metálicos, de verracos para sementales Duroc Jersey o vacas Carnation.

Cuando Gregorio llegaba con las cuentas, le interrumpía:

—Gregorio, en Nuevo Méjico hay un cortijo cuyas dependencias son subterráneas.

Repasaba los artículos con la fruición de quien entra en un jardín que ha conocido en sueños: «El cultivo del ricino», «El Frijol terciopelo», «Los criadores de carpas de Maryland», «Las granjas de nutrias de Goye (Corrientes)», «La moderna utilización del cacto»...



Capítulo VIII

ENTONCES OCURRIÓ LO DE Rosita. Rosita era la hija de los caseros de la mata de olivar que lindaba con el cortijo. Vivía en una choza de palmito y piedras encaladas, adornada con adormideras criadas en cazuelas desportilladas y botes de leche condensada. Sobre la pared, un solo puchero azul no estaba encalado y cuando le llegaba el sol fulgía como un zafiro.

De pequeña había jugado con los niños del cortijo. (El olivar es un campo absolutamente distinto al del trigo, incluso con nidos y pájaros diferentes, como los zorzales, los estorninos, los abejarucos, los mochuelos, los alcaudones con sus huevos de manchas amarillas y violetas). En un olivo viejo, los niños hicieron un columpio y en el verano, Fernando y José columpiaban por turno a Mauca y a Rosita. Otras veces, Fernando buscaba a la niña solo y los dos charlaban sobre la hierba. Los dos eran inocentes, pero Fernando tenía ya esa crueldad prevista de los niños grandes. Fernando le explicaba, por ejemplo, los platos de dulce que comía en su casa, sin pensar que ella no los comería jamás.

—Rosita ¿tú sabes lo que es jamón en dulce con huevo hilado?

—Rosita ¿y los merengues de fresas?

—¿Y el turrón de avellanas?

Rosita reía, absorta, con los ojos muy abiertos, pero con un extraño y mortificante placer.

Pasó el tiempo. Fernando y José iban y volvían del colegio y Rosita entró de criada en el cortijo. Tenía 15 años rubios y fragantes, que habían estallado, de pronto, como las tusas del maíz. Parecía que maduraba, día por día, como el gluten del trigo cuaja dentro del grano. Fernando le puso cerco en cuanto llegó. Estaba en esa edad en que la mujer es una pieza de caza, después de haber sido un objeto lejano y misterioso. La esperaba horas y horas en la

oscuridad, en las galerías solitarias, en los graneros apartados, y cuando pasaba, la atraía hacia sí, y la besaba sin decir palabra. Ella se defendía con las uñas, con los pies, pero sin decir nada. Podía haber dado un grito, un solo grito, y todo se habría resuelto a su favor; pero, tácitamente, aceptaba la batalla silenciosa y dulce. Al final, ganaba él, y la besaba, una y otra vez, y ella se abandonaba con los ojos cerrados. Fernando llevaba el olor de ella, durante todo el día, un olor a tierra y a lluvia, como un cántaro recién hecho.

En Junio de 1932 ocurrió la riada. En plena siega, el cielo se llenó de gigantescas nubes y comenzó a llover. Fernando, que esperaba a Rosita en el campo, entre las juncias y las adelfas del arroyo, en los linderos de la huerta donde ella iba por fruta, volvió al acecho en las habitaciones de su casa, en la galería, en los graneros, en la sala de máquinas, en cuanto anochecía.

Una de esas noches de lluvia, sin avisarla siquiera, esperó en su cuarto hasta la una. Se levantó, entonces, y descalzo atravesó la casa palpitante bajo la lluvia, abrió la puerta, salió al patio, y empujó la puerta del viejo granero donde dormía Rosita. La puerta estaba abierta. Fernando entró rápido, y cerró por dentro. Rosita se revolvió en la cama.

—Soy yo —dijo con un hilo de voz—. No te muevas.

Rosita se sentó en la cama:

—Vete o grito.

Fernando adelantó en la oscuridad unos pasos.

—¡Cállate!

Rosita se levantó de la cama, se envolvió en una sábana, y se abalanzó sobre él, dándole puñadas sobre el pecho:

—¡Cobarde! ¡Cobarde!

De pronto hubo un ruido en la habitación, como si otra persona dentro de ella, hubiera dado un paso. Los dos que luchaban en silencio, jadeantes, se quedaron quietos, conteniendo la respiración. Por fin, Rosita se dio cuenta.

—Es la culebra del granero —dijo, riendo apagada.

Fernando, que la tenía abrazada contra su pecho, le buscó la boca y se la besó. Rosita se apretó contra él, y le besó también, despacio, golosamente, como no lo había hecho hasta ahora.

—Vente aquí. Hace mucho frío.

La lluvia que caía, constante, se tornó de repente en una catarata. Era una cortina de agua helada, turbia, que se precipitaba del cielo, como un inmenso río desbordado.

—Van a ceder los tejados —murmuró Fernando, los labios en el cuello de Rosita.

Entre la lluvia, oyeron cómo Gregorio se levantaba y daba voces. Después, el chirrido del cerrojo de la puerta del cortijo. Rosita lo empujó con los brazos:

—Vete. Nos buscan.

Fernando saltó de la cama, escuchó un rato sobre la puerta, y en un segundo la abrió, salió, y volvió a cerrarla. Estuvo un rato quieto, bajo el agua, para orientarse donde venían los ruidos. La ducha helada le hizo castañear los dientes. Pero, en la palma de la mano cerrada, conservaba el calor de la piel de Rosita, como una hormiga viva.

Nadie como él conocía la casa a oscuras. Atravesó el patio y abrió la puerta de la casa. Ya dentro, en el piso de abajo, se tropezó con su padre que bajaba con el impermeable del mandadero.

—¿Dónde estabas?

A Fernando le temblaban las manos:

—He ido a ver si la cuadra resistía el temporal. Oí un ruido y voces.

—Ha cedido el techo de la estancia.

—¿Te acompaño?

Don José recordó de pronto la sospecha que doña Luisa tenía de su hijo.

—Vete a tu cuarto y no te muevas hasta que te lo mande.

Amaneció lloviendo. El cielo era gris con una extraña claridad indecisa. Nadie pudo salir del cortijo. Los caballos se hundían en el fango. Al anochecer llovía con la misma constancia, con la misma intensidad.

—Es el fin del mundo —comentó Gregorio.

Durante el día, los bueyes fueron trasladados al patio de la zahúrda y todos los hombres disponibles fueron pocos para la operación. Toda la noche continuó lloviendo. Fernando no se atrevió a salir de su cuarto, pero no durmió. Oía llover y llover a cataratas, un agua inútil, tibia; pero él pensaba en el cuerpo de Rosita. Rosita tampoco durmió, y varias veces en la noche se acercó descalza a la puerta y escuchó entre el trepidar de la lluvia. A las seis, Gregorio subió para que despertaran a don José. El espectáculo era terrorífico. Sobre la llanura de color de fango, el arroyo había llegado hasta media ladera, y arrastraba gavillas, cadáveres de animales, árboles con raíz; hasta una máquina segadora pasó. En el hueco de los olivos, las tórtolas se refugiaban hambrientas. No podían volar, pero tampoco se podía ir por ellas. A las diez de la mañana, el pozo de la Niña, tan hondo, empezó a manar agua por el brocal. Los gañanes espantados, no quisieron que se abriese la puerta del

cortijo. El agua que brotaba del pozo duró solo una hora y cuarto. Luego cedió y volvió a su nivel. Gregorio, asomado al balcón central del cortijo, empapado como una sopa, avisó:

—Es una buena señal. El agua va a menos.

Al tercer día salió el sol. Al cuarto día, los segadores segaban descalzos, con el fango hasta media pierna, como si estuvieran en el arroz.

Don José llamó a Fernando:

—Mañana vuelves al colegio. Ya he escrito al Rector.

Fernando tenía todavía el calor del cuerpo de Rosita en su piel.

—¿Pero, por qué, papá? ¿Si acaban de empezar las vacaciones?

Don José prefirió no discutir con su hijo:

—Es una orden ¿sabes? Y no me preguntes más.

Cuando el último grano estuvo recogido en el granero y los dos pajares, a la espalda del caserío, quedaron terminados, con su corteza de agujas y paja del barbecho, y la trilladora limpia y desarmada volvió a la sala de máquinas, Gregorio se dejó ganar por la enfermedad.

Encarna subió lloriqueante:

—Don José, que Gregorio no se ha levantado.

Gregorio estaba en su colchón sobre el suelo, vestido y con las botas puestas.

—¿Qué pasa, Gregorio?

—Nada, don José. No tiene remedio.

Don José salió al patio y, nervioso, dio órdenes para que trajeran el médico del pueblo.

—Don José, déjese usted de tonterías. El día diez tiene usted que avisar a las yeguas para que vengan a la espiga. Aunque sobra hierba, ya han comido bastante.

Una hora después, Gregorio casi no hablaba. Daba la impresión de un árbol cuyo tronco cortaban minuto tras minuto. Don Rafael vino y de rodillas sobre el colchón lo estuvo observando mucho tiempo sin tocarlo.

—¿Qué tiene? —preguntó don José.

—No lo sé —respondió don Rafael, bajando la cabeza—. Estos hombres así, caen de patilla, como los olivos con el levante.

Gregorio abrió los ojos y pidió un vaso de aguardiente. Don José miró a don Rafael, y don Rafael asintió con la cabeza. Hubo que incorporarle un poco, y bebió muy despacio; los dientes entrechocaban con el cristal.

—¡Dejarme con don José! —dijo después silbándole el pecho—. ¡Fuera mujeres!

Don Rafael los dejó a los dos y salió cerrando la puerta, cuidadosamente. Fuera, doña Luisa, Encarna, Pepillo, el guarda, callaban. Don José salió diez minutos después con los ojos hinchados por las lágrimas.

—Pepillo —ordenó—, coge un caballo, ve al pueblo y telefonea a Jeromo. Dile que coja un coche, que yo lo pago.

Media hora después, Gregorio entraba en la agonía. Don Rafael preparó una inyección y cuando se acercó con la jeringuilla lista, Gregorio dio un salto y soltó un taco.

—¡Don Rafael! Parece mentira... Inyecciones a mí.

Don Rafael se volvió de espaldas y vació la jeringuilla en el suelo.

El cura del pueblo, don Francisco, llegó también, avisado por doña Luisa. Se arrodilló al lado del enfermo.

—Hijo mío, Gregorio, ¿te arrepientes de todo lo malo que has hecho?

Gregorio se removió en el jergón:

—Don Francisco, he engañado al amo. Le dije que las semillas estaban desinfectadas, y le mentía.

Gregorio palidecía por momentos. Don José pensaba en el filo del hacha que cada segundo ahondaba la muesca en el tronco del árbol. Hasta las convulsiones semejaban el trágico balanceo del árbol antes de caer.

Gregorio habló dos veces más:

—¿Y Jeromo? ¿No ha venido todavía?

Después, con los ojos vidriados:

—¿Don José, qué vamos a sembrar este año en el Haza de la Merina?

Don José dispuso que engancharan una carreta con los bueyes negros, los mejores bueyes del cortijo, y que llevaran el cuerpo al pueblo. Todas las gentes que en Andalucía viven en el campo, tienen una casa o una habitación en el pueblo para esto, para que el duelo y el velatorio se hagan decentemente.

Dispuso también que se enganchara el coche de caballos para llevarse a las mujeres y que se cerraran las puertas del cortijo. Él fue detrás de la carreta, a pie y destocado; a continuación caminaban Pepillo, Jeromo que acababa de llegar con su traje de paño nuevo. —Jeromo había obtenido una parcela en los regadíos del pantano de Guadalquivir—, el yegüero, el porquero, el pastor, los veladores, los dos faeneros y todos los gañanes.

—¿Quién va a quedarse aquí?

—Nadie.

—¿Y las bestias?

Don José meditó:

—Darles de beber y trabarlas. Como hay mucha comida por delante, no saldrán de las lindes.

Al día siguiente, muy temprano, fue el entierro. Presidía don José. A la derecha, Jeromo; a la izquierda, don Fernando. La gente, que esperaba en las tabernas tomando café, se unían a la comitiva cuando pasaba.

Lo enterraron en un nicho. Encarna había querido que fuera un nicho por aquello de la lápida de mármol. Don José, mientras los albañiles pegaban los ladrillos con la mezcla, pensaba en que Gregorio hubiese preferido oír caer las paletadas de tierra sobre la caja.

«Esta tierra no sirve para nada —pensaba don José que le hubiera dicho—. Es un albero muy fino que solo cría alcaparrones...». Pero, con el tiempo, la raíz del ciprés aquel de la izquierda habría llegado hasta sus botas o hasta su pelliza.

—«Domine exordio orationes meas...» —rezaba don Francisco, cuando los albañiles terminaron el tabique de la boca del nicho.

Don José se llevó el pañuelo a los ojos.

—Él era «San Rafael» —dijo a Jeromo, que lloraba a su lado como un niño chico.

Las noches de verano en el campo no son silenciosas. Con la luna, las cogujadas, las terreras, vuelan alegremente por el aire, porque creen que ha amanecido. A las tres, a las cuatro, la totovía en los chaparros de Tierras Nuevas empieza a cantar y a despertar a los demás pájaros.

Con la ventana abierta, don José velaba.

—¿Luisa? ¿Duermes?

Luisa sacó un brazo del embozo de la sábana.

—No.

Don José dio la vuelta en el lecho.

—José, ¿tú tampoco puedes dormir?

—No. Hoy no puedo...

La luz de la luna llegaba hasta la cómoda, hasta la esferilla brillante del despertador.

Don José se sentó en la cama. Le dolía la cabeza de hacer cálculos.

—¿Luisa —dijo en alta voz, como si quisiera espantar a alguien—, y si arrendáramos el cortijo, a quién se lo arrendaríamos?



Tercera parte



Capítulo I

AL OTRO DÍA ERA la marcha a Madrid. Junto a la puerta del caserío se colocaban los bultos, que bajaban dos gañanes con una lentitud casi de tragedia. Don José, sentado ante su mesa escritorio, contemplaba las primeras maletas cerradas y el enorme baúl, el «mundo», el «paraíso» como había dicho una de las criadas, que soñaba con casarse, mientras se sentaba sobre su tapa tratando de cerrarlo, y veía aquella montaña apretujada, debajo suya, hecha de ropas finas y de sábanas de hilo bordadas.

Don José oía ahora los pasos de los zapatones de los gañanes subir y bajar los escalones, y los otros pasos, nerviosos, febriles, de su mujer en el piso de arriba, dando los últimos toques al equipaje. A don José le dolía en el alma tener que abandonar «San Rafael», pero aquella marcha era ya irremediable. Ni la dificultad de encontrar un arrendatario a su gusto —serio, con garantía y que fuera capaz de querer, un poco desinteresadamente, a su cortijo— le había hecho desistir de su idea. Era preciso ir a la ciudad con sus hijos, y que allí se hicieran hombres. Luisa, su mujer, tenía como siempre, razón. Aquello era casi un deber, un trago muy amargo, desde luego, mas los hijos estaban antes que nada y tiempo habría después, cuando ya ellos no lo necesitasen, de venirse a morir a «San Rafael», a este pedazo de tierra, tan querido como si fuera un pedazo de su propio cuerpo.

Don José —los ojos semicerrados— recordaba la amargura de estos tres últimos meses, entre corredores y posibles arrendatarios, que llegaban con la avaricia retratada en el fondo de los ojos, y el deseo de apretar a fondo aquella tierra oscura para sacarle todo su jugo cuanto antes. El campo, por otra parte, ante las primeras coletadas sociales de la República, se había torcido, y se hablaba también de una renta muy pequeña. Don José, además, comprendía

que si arrendaba «San Rafael», era difícil que volviera a ser por completo suyo. Por último, se decidió a llevarlo desde Madrid. Sí, sería lo mejor...

Pero para eso necesitaba encontrar, antes que nada, un hombre. Un hombre que conociera y quisiera al cortijo casi tanto como él. En este punto, don José no lo dudó ni un instante, y llamó a Jeromo.

—Te necesito —le dijo—. He de irme a vivir a Madrid a causa de mis hijos. Entretanto, tú has de encargarte de llevar «San Rafael»; si no aceptas, me veré obligado a venderlo. Traspasa pues tu parcela de regadío y veinte cuanto antes. Este es tu puesto, Jeromo. Tu padre me lo dijo a la hora de la muerte.

—Lo sé, don José, y estoy dispuesto.

—Gracias, Jeromo. No esperaba oír otras palabras de ti.

—Es que no hay otras, don José. Mi familia tiene también «San Rafael» en la sangre.

Don José, por toda respuesta, le tendió su mano y Jeromo la estrechó conmovido.

—Váyase tranquilo, don José... Antes que perder a «San Rafael», tengo yo que dejar de hacer sombra. Porque he de demostrarle que soy digno del que cerró aquí sus ojos, como usted me demostró a mí una vez que sabía ser el señor.

Don José comprendió el significado de esa última frase.

—Olvida aquello, Jeromo —dijo.

—Eso no se olvida nunca, don José.

Y bajando su cabeza salió, precipitadamente, del cuarto.

Fue entonces cuando don José pensó que podía irse más tranquilo a Madrid. La finca no se quedaría abandonada a merced de un capataz cualquiera, sino de un hombre que le tenía, por lo pronto, un afecto entrañable. De un hombre cuyos padres, cuyos abuelos y bisabuelos habían nacido y vivido aquí, y aquí habían engendrado sus hijos, en aquel caserío anclado, como un navío, en mitad de aquel mar de tierra negra.

—Ya puedes empezar a preparar el equipaje, Luisa —le dijo don José aquella noche a su mujer—. Jeromo se queda.

Y doña Luisa suspiró satisfecha.

Después don José concretó con Jeromo el plan a seguir. Estaban en el otoño de 1932. En los barbechos de maíz y de garbanzos, podía sembrarse, tan solo con pasarles una grada por encima. El trigo —el «Capelli», el «Ardito», el «Manitoba», el «Híbrido L», el «Castilla núm. 1»— aguardaba, impaciente, en los almacenes. Jeromo le consultaría ante cualquier duda;

todos los días le escribiría dándole cuenta, hasta el menor detalle, de la marcha de la finca. Él vendría cuando hiciera falta.

De nuevo don José volvía a oír, desde su escritorio, el ruido de los zapatos de los gañanes, que seguían bajando las maletas. Anochecía. Apenas si quedaba ya luz. Y al otro día sería, por fin, la marcha. Don José se levantó de su sillón. Sentía una infinita tristeza invadirle lentamente.

Anduvo unos pasos y salió afuera. Quería decirle adiós a su cortijo. En la gañanía se encendían las primeras luces; un hombre —¿un velador?, ¿un guarda?— cantaba en la lejanía... Unas nubes violetas viajaban por el horizonte. La tierra del rastrojo recién levantada olía a algo extraño, íntimo, femenino quizá...

Don José estuvo contemplándola largo rato; dudaba si volvería a ver aquella tierra en la que había gozado y sufrido tanto. Y de repente, como algo que no puede evitarse, se inclinó, cogió un puñado de tierra con la mano, y después de mirar a todas partes para cerciorarse de que no le veían, la besó apasionadamente. Luego tuvo que sacar su pañuelo para limpiarse la boca. Y fue en este pañuelo, junto a sus iniciales, donde quedó un granito — minúsculo, negro— de tierra de «San Rafael».



Capítulo II

EL PISO EN MADRID era un entresuelo derecha. Don José se sentía los primeros días como enjaulado, y recorría el pasillo con el suelo de madera, las paredes estucadas, de una punta a otra, docenas de veces. De cuando en cuando, se asomaba al balcón del comedor y por el embudo del patio, miraba hacia arriba: allá, en lo alto, descubría un trozo de cielo gris, pequeño y ahumado como un harapo de tela. Don José apagaba entonces la luz eléctrica —el comedor se quedaba casi a oscuras—, y se pasaba grandes ratos mirando aquel cielo cuadriculado, como si aquello le librara un poco de la madriguera donde se había metido. Después de todo, aquel mismo cielo, aunque ya limpio y oxigenado por Dios, cubría también «San Rafael». El amor a la tierra se le hacía insoportable a medida que aumentaba la ausencia, como si fuera el amor a una mujer. Don José pensaba en que una vez a don Fernando, su suegro, le preguntaron en el casino qué le pasaría si le hubieran quitado «El Vergel»: «Dejaría de vivir» —contestó don Fernando, como la cosa más natural del mundo—. Había oído contar también, en las tertulias del pueblo, y ahora lo comprendía, que la familia del farmacéutico cuando se enteró que su padre había vendido la finca, se encerró en su casa, hijos e hijas, y no salieron más, apesadumbrados por el peso de la vergüenza.

Ahora esperaba las cartas puntuales de Jeromo, llenas de detalles conmovedores sobre la vida de la finca y los seres que la habitaban: «Sabrá usted que la yegua "Primorosa" parió anoche...». «Sabrá usted que la muía "Malagueña" tiene una matadura. Se le echó ceniza...». «Sabrá usted que en la piara hay tres primales que cojean...». Otras veces, las cartas se referían a noticias sobre los sembrados, humanizados de manera inefable: «La avena no acaba de levantar la cabeza y anda sin espabilarse como un chiquillo tábiro...». «Por las mañanas amarillea que es un dolor. La mucha agua va a

hacer toser al trigo. Usted lo verá». Cada línea tenía la ternura y la fuerza de un primitivo: «La loma de la izquierda, según se entra por el carril, verdea por lo alto; más abajo, verdea menos. En la cañada, el "Capelli" nace que es un gusto. Apenas se le nota de lejos, pero de cerca, ya parece el vello de la cara de una zagala...». Don José disfrutaba lo indecible con estas cartas y las esperaba con fruición cada mañana. «¿Y el cartero, no ha venido aún?». Otras veces, las leía cuando estaban todos sentados a la hora de la comida. A Fernando le brillaban los ojos. Mauca, la niña, preguntaba siempre por la potrilla torda que le estaban domando. Doña Luisa por el caserío: «¿Dijiste a Jeromo que repasaran las goteras de los cuartos de arriba?». Solo José, el segundo, oía las noticias de «San Rafael» como si pertenecieran a un mundo lejano e indiferente. José, a los seis meses de estar en Madrid, de improviso, se había encerrado con su padre en el despacho. Cerró la puerta con pestillo y le dijo con voz firme:

—Papá, yo tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

—Que tengo vocación.

—¿Tú sabes lo que dices? —preguntó absorto don José, levantándose del sillón forrado de hule verde.

—Yo sí —contestó José—. Yo sí que lo sé.

Doña Luisa consultó con el superior de los Padres del Corazón de María, adonde iba a misa de nueve. José fue a verlo después, y el sacerdote le aconsejó que esperara.

José, no obstante, estaba cada vez más firme en su idea. Era un muchacho alegre, pero lleno de repentinas ráfagas de seriedad, en las que parecía dominado por algo superior a él. Iba con sus hermanos a Rosales, volvía con Fernando charlando, jugaba con Mauca cuando llegaba del colegio; pero se le sentía ya separado por una frontera invisible. En verano, volvió a hablar con su padre.

—Papá —repitió—. Yo tengo vocación. Estoy decidido.

Don José fue a visitar el Seminario. Doña Luisa bordó ella misma las iniciales en el equipo del novicio. Y los dos se fueron a llevarlo una tarde de Septiembre. José, en la puerta, los miró feliz. Don José lo estrechó entre sus brazos.

—Hijo mío, tú sabes que... —balbuceó.

A la vuelta, todos cenaron callados, mirando el puesto, por vez primera vacío. Entonces, doña Luisa dijo de repente, como sin darle importancia:

—Es preciso, con tiempo, construir una capilla en «San Rafael». Cuando seamos viejos, José podría decirnos misa los días que fuera a vernos. ¿No te parece?

Don José no contestó nada, pero buscó la mano de su mujer sobre la mesa y la apretó durante un buen rato.

Por otra parte, don José apenas si salía de su casa. Alguna que otra mañana iba al centro, en el tranvía número 6, y compraba allí su tarro de ronquina y los periódicos. Al pasar por la plaza de la Armería le gustaba perder la vista, a lo lejos, en los fondos de terciopelo verde de la Casa de Campo, o en los azules nevados de la Sierra. A don José le aburría la ciudad; le abrumaba con sus ruidos y con su prisa. Regresaba casi enseguida, se sentaba en una butaca de su despacho y volvía a leer la carta de Jeromo. Era su mejor momento desde que se vino a vivir a Madrid. A continuación, repasaba la prensa. Doña Luisa —que no ponía el pie en la calle— lo oía entrar y sonreía.

Una tarde, doña Luisa se sintió enferma. Prefirió, no obstante, callar. Don José continuaba con su vida de siempre. Si acaso, más triste, más abstraído... Jeromo se quejaba de que la situación andaba cada vez peor. Repartía el Ayuntamiento los obreros a granel, y a «San Rafael» le correspondieron más de cincuenta. Como no tenían nada que hacer, se pasaban el día con los brazos cruzados, ante la desesperación de Jeromo. De ese modo, los gastos cada quincena crecían de una manera exorbitante. «Son cerca de veinte mil reales los que me tiene que mandar» escribía Jeromo, en una carta en donde se transparentaba la angustia. «Esto —ya le digo— es una Inquisición. De seguir así, sería conveniente...».

—Las noticias de «San Rafael» no son buenas —dijo don José a su familia, la voz tañida por la tristeza—. Jeromo quiere que me dé una vueltecita por allí. Esta quincena importa una barbaridad. Yo no sé dónde vamos a parar...

Aquella noche, doña Luisa reveló a su marido que se encontraba enferma. Don José se intranquilizó. Tuvieron que ir —quieras que no— a ver a un médico. A la salida, este apretó el brazo de don José:

—Me gustaría hablar con usted.

—¿De qué se trata? —preguntó doña Luisa, sobresaltada, ya en la calle.

—De nada, mujer. Me ha dicho que si pensábamos vender «San Rafael». Alguien ha debido hablarle de la finca.

Doña Luisa no lo creyó, naturalmente, pero preguntó como si quisiera convencerle a él de que lo creía.

—¿Y tú, qué dijiste?

Don José siguió el juego sin fuerzas:

—¿Me crees un loco? Le dije que no, que no. La gente de Madrid no sabe cómo nosotros queremos a «San Rafael».

Cuando volvieron al piso, don José se encerró en su despacho y se estuvo un gran rato, la cabeza apoyada entre las manos. Ni por un segundo dejaba de oír las palabras del médico, dichas con ese tono opaco con que se envuelven los diagnósticos estremecedores.

—Lo siento mucho, pero es un asunto muy grave; para qué engañarnos: mortal. No, no puedo precisarle cuándo —añadió luego, mientras don José abría desmesuradamente los ojos—. Pero cuestión de unos meses, o quizá un poco más, o un poco menos...

A partir de entonces, don José se encerró en un mutismo casi absoluto. Iba y venía de un lado para otro por el pasillo y dejó de asomarse a la ventana aquella desde donde se veía un pedacito ridículo de cielo. Doña Luisa — desde la cama— procuraba calmarlo:

—No te preocupes, José. Verás como todo se arregla. Ese Jeromo siempre ha sido un pesimista terrible. Me da el corazón que este año va a ser la cosecha muy buena. Ya lo verás.

Don José respondía con monosílabos.

—No sé... no sé...

Sin embargo, las cartas de Jeromo no podían ser más desesperanzadoras. «Don José: esto está fatal. El personal no es que no quiera trabajar, sino que viene tan solo para sacarnos cuanto puede. Le ha tomado ojeriza a "San Rafael". Es preciso que...».

Don José comprendía que su presencia allí se hacía, por días, absolutamente necesaria. ¿Pero cómo dejar a su mujer en estos momentos? «De ninguna manera» —pensaba don José—. «Antes que "San Rafael" y que nada está ella».

Se asomaba a la puerta de su cuarto, y la veía, las sienes empapadas en sudor sobre la almohada. «Está ella, está ella...» —se repetía terco, incansable en sus paseos interminables por el pasillo.

A la tarde, caía rendido en una butaca junto a doña Luisa e intentaba distraerse con la prensa. Releía las páginas agrícolas en huecograbado del ABC. Artículos sobre la soja, las abejas italianas, la poda del olivo en Jaén. Luego, echaba una ojeada al resto. Huelgas, tiros, alijos de armas, mítines, la

Sesión de las Cortes. Alguien decía: «Yo no quiero ser valiente». Don José pasaba las páginas indignado.

—¿Has oído, Luisa? —preguntaba—. Ayer, en el Mitin Agrario de Valencia: «En el reinado de don Juan II dijeron al rey: "Señor, no gastar tanto que ese dinero es sudor de labradores"».

Atardecía sobre Madrid. Una luz violeta caía lentamente. Don José entornaba los ojos. De la calle llegaban los gemidos de los viejos tranvías que aún rodaban. Se levantó, de pronto, y buscó un libro que tenía sobre la mesa de noche. Era el *Ernesto* de Castelar, «Aquí donde todos están apegados a los goces y todos andan perdidos por allegar pobres riquezas, un horizonte transparente, azul, enseña el último término, a do deben caminar nuestros deseos. La noche serena sembrada de astros nos inspira grandes ideas en medio de las luces de gas, del ruido de los cafés...». Se trataba del último remedio, cuando ya no le quedaba otra cosa que hacer y el recuerdo de la tierra le empezaba a subir por el cuerpo. Digería la prosa, despacio, como si bebiese chocolate espesísimo con harina. De repente empezó a llover. Casi no quedaba luz, y don José dejó el libro sobre la mesa, cruzó las manos y se puso a mirar a la ventana. Resbalaba por los cristales el suave sudor de la lluvia. Entonces don José se hundió por entero en el recuerdo. Con delectación y con una nostalgia infinita. Recordaba los sembrados lejanos, lavados, tiernos, alegres como niños, bajo la ducha de las nubes. Y veía, después, las nubes galopando sobre la tierra negra, como humo, como girasoles de niebla sobre las lomas, sobre las vegas en cuyos surcos aguardaba la semilla viva. Y oía, ahora, el ruido de las gotas de agua en los bajantes de hojalata pintados de verde de «San Rafael» y el grito del viento allá, en el espacio entre las vigas de madera y el techo raso. Y recordó, de una manera tan intensa que le produjo escalofríos, las veces que le había sorprendido la tormenta a caballo, todo el campo mojado por delante, envuelto en un capote de hule, la noche ya encima y una felicidad infinita dentro de su corazón.

—¿En qué piensas? —le preguntó doña Luisa—. ¿En cómo llueve en «San Rafael»?

Don José, por toda respuesta, volvió la cabeza y la miró como si la mirara por primera vez, en muchos años.

La gravedad de doña Luisa coincidió con las cartas desesperadas de Jeromo. «Yo no sé qué hacer. O viene usted, o esto se hunde. La gente no tiene rey ni roque...». «Estoy metido en un berenjenal del que no sé salir.

Esto tiene carracuca...». Don José contestaba largas cartas donde todo se puntualizaba. Pero era inútil. «Las cartas no sirven, don José —repetía Jeromo—. Tiene usted que venir...».

Pero don José se sentía atado al lado de aquella cama donde doña Luisa se apagaba. «San Rafael», sin ella, «no merece la pena» —se decía.

—¿Son peores las noticias de Jeromo, no? —inquiría doña Luisa viéndole sufrir.

—Sí. Son peores.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ya veremos. Lo primero es que tú levantes cabeza.

En el fondo, don José pensaba que si se realizaba el milagro con su mujer, también «San Rafael» podía volver a ser la tierra entregada, fiel y generosa todos los años.

Fue entonces cuando don José empezó a pensar en la posibilidad de que, ya que a él no le era posible ir, fuera en su lugar, Fernando, su hijo. «Es como un deber —se decía—. Yo no puedo dejar a Luisa, pero tampoco puedo dejar a "San Rafael". Fernando es como yo». Sin embargo, recordaba el caso de Rosita, y volvía de su idea. «Rosita tendría ahora diecinueve. ¿Además, no nos hemos sacrificado precisamente para eso, para que estudie y para que se haga aquí un hombre de carrera?».

De todas maneras, el pensamiento volvía una y otra vez. «Sería por poco tiempo, y él enderezaría el cortijo». «Él ha nacido para eso y con el tiempo será suyo». Jeromo parecía haberse dado cuenta de su lucha interior, porque las cartas eran cada vez más patéticas y apuntaban en el blanco. «Si doña Luisa sigue mal, ¿por qué no viene el señorito Fernando? Yo necesito al amo, o a una parte del amo, para hablar claro...».

Vinieron los días de la revolución de Octubre. Los periódicos se repartían en camiones con soldados. Las tiendas se cerraron, y se habló de que escasearía la comida. Doña Luisa mandó a la tienda que les servía por un stock de latas de conserva. Fernando estuvo cuatro o cinco días fuera de casa, de voluntario. Cuando volvió tenía una leve herida en la frente sobre la que habían colocado un esparadrapo.

—Quizá estuviera mejor en el campo que aquí —explicó don José a su mujer—. Ese niño está lanzado y es un peligro en una ciudad.

Finalmente se decidió. Fue un detalle menudo lo que le arrastró, como pasa siempre. Don José había comentado en la mesa que Jeromo no podía más.

—Déjame ir —dijo Fernando—. Te prometo que cumpliré.

Don José no cedía.

—¡No digas tonterías! Tú, a la Universidad.

—Pero si es solo unos días, papá. Una vuelta, y lo soluciono todo. Llevo unas cuantas noches soñando con «San Rafael».

—¿Y qué sueñas?

—Nada. Me veo allí de pie, frente al caserío, en el centro de la finca, dispuesto a defenderla.

Don José cerró los ojos. «Es mi mismo sueño, el mismo...» —pensaba. Y de pronto, al buscar el sobre para meter la carta, cayó un grano de trigo sobre el plato. Era pequeño, insignificante y parecía un piñón de miel sobre la loza blanca.

—Mira, un grano de trigo de «San Rafael»...

Fernando se levantó de un salto y lo tuvo un rato sobre la palma de la mano.

Don José se derrumbó:

—Escucha, Fernando, si tú fueras...

—Luisa, ¿me oyes?

—¿Qué quieres, José? —contestó doña Luisa como si esperara la pregunta.

—Esta tarde hablé con Fernando.

—¿Y por qué lo has hecho, José? —su voz era muy cansada, pero firme.

—Alguien tiene que ir. Si no, «San Rafael» se pierde.

—¿Y tú?

—Yo no puedo, no puedo...

—¿Por qué?

—Estoy viejo, cansado. No sirvo para nada.

—No es verdad, José... ¿Es por mí, no?

Don José no respondió. Doña Luisa buscó su cabeza en la oscuridad y le besó conmovida.

—¿Y lo de Rosita? ¿No has pensado en eso?

—He pensado mucho tiempo, Luisa. Aquello fue cosa de niños. He escrito a Consuelo, y Consuelo se ha informado que Rosita tiene novio y que se casará pronto.

Doña Luisa no hablaba. Don José continuó:

—Fernando es como yo, Luisa. Él quiere como nosotros a «San Rafael». Con Fernando allí, yo estaré tranquilo. Si lo hubieras visto esta tarde cuando

cogió el grano de trigo...

—¿El grano de trigo?

—¿No te lo conté, Luisa? Verás...

A la noche siguiente, Fernando se despidió de su madre.

—Que seas bueno, hijo —dijo doña Luisa, con el presentimiento de que no volvería a verlo.

En la estación del Mediodía salía el exprés a las diez de la noche. Un mozo subió las maletas de Fernando a la rejilla del vagón de primera: debajo, M. Z. A. bordado en el encaje de la malla, sobre el dorso de la butaca. Fernando le dio un duro al mozo. Se sentía espléndido, fuerte. Después, se asomó a la ventanilla.

En el andén estaba su padre. Parecía intranquilo. Tenía como un nudo en la garganta. Quería hablar de Rosita, decirle algo sobre Rosita, que en aquel andén lleno de gente apresurada, de despedidas fugaces, se diría haber recobrado de pronto una presencia turbadora. Pero no se atrevía.

—¡Fernando, hijo... yo tenía que decirte...! ¿Qué tenía yo que decirte?

Fernando sonreía desde la ventanilla, seguro de sí mismo.

—No te preocupes por nada, papá. Ya te escribiré y te informaré de todo.

El tren comenzó a andar. Fernando apretó la mano de su padre.

—Buen viaje, Fernando —dijo don José—. Recuerdos a Jeromo... y para «San Rafael»...

Fernando no oyó la palabra «San Rafael». Se sentó en una butaca, sacó la petaca, que había llenado por la mañana cuidadosamente, y encendió un cigarro. Se sentía un hombre.

Don José, fuera de la estación, llamó a un taxi. Hacía frío y se levantó las solapas del abrigo. Luego, se arrellanó en el asiento.

—Es como si fuera yo —se dijo.

Y se sintió en paz con su propia sangre.



Capítulo III

FERNANDO HABÍA HEREDADO las misteriosas propiedades de hombre de campo de su abuelo materno. El secreto del hombre de campo consiste en una perpetua inquietud y movimiento. Don Fernando, el viejo, se levantaba entre dos luces, montaba a caballo y daba dos o tres vueltas a todas sus fincas en el día. Para hacerlo tenía que comer, a veces sobre el caballo en marcha, pan, queso y lomo embutido, que sacaba de unas alforjas pequeñas, y partía, meticulosamente, con una navajita. En el pueblo contaban que muchas noches se levantaba en la madrugada, bajaba a la cuadra, ensillaba el caballo y galopaba el campo para ver si los veladores del ganado dormían.

A los dos días de vivir en «San Rafael», Fernando recordaba a su abuelo. Había nacido con esos detalles que distinguen al hombre que ha nacido para el campo: soportar las botas de becerro todo el día, no dar nunca cifras exactas, permanecer callado mucho tiempo sentado en una silla, y luego, contar con una visión y un olfato, con los que se nace: por ejemplo, pesar a ojo una vaca, adivinar los defectos y las virtudes de las tierras y saber de qué pie cojeaban los sembrados.

Jeromo, junto a él, se sintió rejuvenecido.

—El niño sirve —le dijo a su madre, mientras se afeitaba sentado, la palangana sobre la mesa y el espejo apoyado en su borde.

Por lo pronto, visitaron, uno por uno, los colonos díscolos de unas tierras arrendadas.

—Mi padre ha dicho que no rebaja más que el 25 por 100 de la renta.

Aquellos colonos se habían reunido muchas noches en el batán arruinado. Ahora, estaban sentados en círculo, en la explanada de la casa de Frasquito, el más viejo, donde fueron a buscarlos Fernando y Jeromo.

—La ley dice que el 50 por 100.

—¿Qué ley?

—Anteayer estuvo la comisión y nos lo dijo.

Fernando se puso de pie y desenganchó las bridas del caballo de la anilla que pendía de la pared.

—Mi padre ha dicho que el 25 por 100... Ustedes saben como yo que esa ley no existe, y que lo que sí existe es la palabra de mi padre. Hasta mañana a las doce vale la palabra de mi padre. Desde la doce en adelante, valdrá mi palabra. Y mi palabra es esta: a partir de las doce de la mañana, cobraré la renta íntegra.

Jeromo sonreía, aprobatoriamente, porque así era preciso hablar en el campo. Además, los colonos tenían el dinero de la renta, y solo procuraban dilatar el pago hasta última instancia. «Lo último es pagar» —había sentenciado la Comisión consultada en el pueblo.

A la mañana siguiente, antes de las doce, todos estaban en el cortijo, como si no se hubiese hablado de nada el día anterior.

—Lo mío son veinte fanegas, don Fernando. Si le quitamos cinco, quedan quince.

«El asunto de los colonos quedó arreglado. Pagaron a rajatabla...» — escribió Fernando aquella noche a Madrid.

A la semana, el alcalde del pueblo le había mandado sesenta hombres, «repartidos forzosos».

—Decidle a Jeromo —les dijo— que es un regalo mío para el señorito.

Fernando montó a caballo y galopó hasta el Ayuntamiento. El alcalde era un hombrecillo de unos cincuenta años, de cabeza calva, orejas grandes, los ojos fijos detrás de unas cejas espesísimas.

Parecía no poder con el peso del cargo, y tamborileaba la mano gordezuela, cubierta de vello, sobre la carpeta de hule.

—Soy el hijo de don José.

—Siéntese.

Fernando permaneció de pie.

—Usted sabe, mejor que nadie, que la finca no puede, ahora, con sesenta hombres.

—No hable tan alto.

Fernando puso las manos sobre la mesa y se le acercó.

—Le repito que usted sabe mejor que nadie, que la finca no puede con sesenta hombres.

El alcalde pareció suavizarse:

—No es más que una medida provisional. Compréndalo. Yo le prometo que haremos un reparto más equitativo...

Al salir, las escaleras y el vestíbulo estaban llenos de gentes hoscas, en expectativa. El hombrecillo se dio cuenta de que quizá le hubieran visto demasiado amable con Fernando, y decidió jugar su baza. Se puso de puntillas, hizo un gesto circular con el brazo, como para callarlos y les habló:

—Este es uno de los que tienen la culpa de vuestra situación. Viene a protestar de los forzosos.

Hubo un rumor sombrío, terco. Pero Fernando no dudó. Su decisión le salvó, posiblemente, del desastre. Bajó despacio, sereno, escalón tras escalón, como si no fuera nada con él, y ganó la puerta. Le abrían paso rezongando, lentamente, pero le abrían paso.

Cuando llegó a casa de su abuelo se le había adelantado la noticia. Don Fernando lo abrazó como si hubiera salido del océano. La abuela le hizo subir al oratorio, donde ella cambiaba los paños de encaje todos los días, y rezar en el reclinatorio pintado de rosa.

Luego estuvo en casa de su tío Luis. Consuelo se había convertido en una mujer envejecida, ordenadora, que mandaba en su casa. Recibía muchas visitas de Madrid, y aparentaba estar al tanto de la vida política, lejos de la cominería del pueblo. Coleccionaba *Gracia y Justicia* —en dos tintas, roja y negra— y oía los discursos por la radio.

—¿Has oído el discurso de don José María en Valencia?

Luis no salía de casa y se pasaba las horas en una habitación transformada en carpintería, que era lo que le gustaba. Tallaba sillas, mesas, repisas, feas, desgarradas, pero sólidas. No lo hubiera dicho nunca, pero quizá fueron aquellos los años más felices de su vida. Consuelo entraba, de cuando en cuando, en la habitación donde su marido cepillaba una tabla, olvidado de todo.

—¿Has oído lo que ha dicho Marcelino Domingo?

Luis dejaba en suspenso el cepillo, y la viruta caía, levemente, al suelo.

—Como que debíamos irnos enseguida a Sevilla. No sé dónde vamos a parar.

Pero Jeromo intentaba centrar a Fernando en el cortijo.

—El pueblo es una maldición —explicaba a su madre—. El niño puede tener un disgusto.

Jeromo le limpió la escopeta que fue de don Santiago. Otras veces, empujó a Ramírez, el talabartero del cortijo, para que se lo llevara de pesca. Ramírez tenía el pulso para la caña, acostumbrado a coser con el cabo encerado y con la aguja de red. Echaban los anzuelos en el recodo del río más espeso, pero les molestaban los galápagos.

—Los peces huyen ante ellos —decía Ramírez, temblando de ira.

Cuando un galápago mordía el anzuelo, se le atascaba en la mandíbula y no había manera de arrancárselo. Ramírez sacaba el galápago del agua, le ponía el pie encima del caparazón, tiraba, luego, de la cuerda con todas sus fuerzas, hasta que aparecía la cabeza, y después empezaba a cortársela con la navajita que llevaba para el pan. El galápago tiene la piel más dura del mundo, y el degüello duraba un largo cuarto de hora. Más tarde, volvía a tirarlo al agua.

—Que se desangre dentro. Así su sangre espantará a los demás galápagos.

Una tarde, Fernando subió por el arroyo que cruzaba la finca. El arroyo venía del pueblo y tomaba fuerzas con los residuos de las huertas. En la orilla crecían eucaliptus, chopos y algún que otro álamo solitario; pero el arroyo discurría dentro de un túnel verde, formado de zarzas y de cañas, por el que se deslizaban los tejones al maíz. En el cañaveral, la hoja parece pegada arriba sobre la caña, sobre el vástago, como un adorno, como un gallardete para no dejar pasar ni una gota de sol. El suelo es un mantillo de hojas secas, blando, apagado. Fernando oyó unos pasos delante de él. En el cañaveral los pasos consisten en separar las cañas. Fernando adivinó su nombre antes de verla.

—¡Rosita!

Rosita andaba despacio, sonriente, volviendo la cabeza para atrás. Fernando la alcanzó antes de que saliera del cañaveral. Ella le golpeó en silencio, como había hecho en el almacén hacía algún tiempo. Fernando la encontraba más ancha, más alta, más asentada sobre los pies.

—¿Me esperabas?

—Desde que viniste.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Por qué no te acercaste?

—Me lo hubiesen visto.

A Fernando le sorprendió la blancura de la carne campesina con el contraste de la cara, las manos y las piernas morenas. Hablaban en voz baja, a

ramalazos.

—¿Tienes novio?

—Sí.

—¿Vas a dejarlo?

—Bueno. Como tú quieras.

Fernando volvió a buscarle la boca en aquel aire tibio, espeso. A Rosita le florecía el sudor alrededor de los labios, como granos de azúcar.

Un día sí y otro no volvieron los dos al arroyo. Fernando aparentaba engañar a Jeromo con el pretexto de los tejones del maíz. El arroyo era hondo y largo y la pareja lo recorrió en busca de un sitio cada vez más tranquilo. La ruina del molino viejo, el regazo de las dos piedras, la orilla donde las raíces de los eucaliptus habían dejado la arena desnuda. El peligro estaba en los cavadores de las huertas cercanas; pero Rosita era dócil y los dos hablaban lo menos posible. Un atardecer, Fernando que esperaba, vio venir un tejón. Era un tejón gordo, molondrón, canoso. Dudaba, desconfiado. Daba la impresión de que hubiera salido en zapatillas de su casa y de mala gana. Debía tener, cerca, en el cerebro, la sombra del sueño del invierno, y bajaba por última vez a morder las mazorcas.

Fernando levantó el cañón de la escopeta lentamente; pero pensó que era mejor no denunciar donde estaba, ya que otra caza mejor se le acercaba. El tejón pasó y subió después indiferente, tranquilo. Chillaba de satisfacción, con ese chillido de tejón entre ladrido de pekinés y cacareo de gallina. Diez minutos más tarde estaba allí Rosita, descalza, trémula, sudorosa de la carrera.

En invierno, los pájaros del campo y de la ciudad se encuentran más cerca. Es como si los aproximara el mal tiempo y se los oye piar casi por encima... Rosita y Fernando los oían sobre los granados de la huerta. Empezaban a segar la caña y los lugares de escondite desaparecían. Las noches eran además heladas y los dos volvían envarados de frío.

Una tarde Rosita vino con el rostro hinchado por los cardenales.

—¿Quién te ha puesto así?

—Mi padre.

—¿Lo sabe?

—Sí.

Aquella noche no se besaron. Fernando le habló del plan que había elaborado.

—Te irás de tu casa, y tomarás una casita no en el pueblo, sino en el de al lado. Una o dos habitaciones nos bastan. ¿Comprendes? Allí iré a verte más tranquilo.

—¿Y el dinero para todo eso?

Fernando sonrió. Había vendido por la mañana el alpiste y llevaba los billetes en el bolsillo de la chaqueta. Se los dio. A Rosita le relampaguearon los ojos.

—Sobra. Es mucho.

—Mejor. Así te compras un traje para estrenar la casa. Desde ahora tu amo soy yo. Así que no lo olvides.

Jeromo sudaba cuando le iban con las historias de Rosita y Fernando. En los dos pueblos se supo enseguida el precio de la casa comprada y la marcha definitiva de Rosita de su casa. Jeromo daba vueltas en el colchón en el suelo. Las camas de madera estaban en el pueblo, en la casa del pueblo que no habitaban nunca, pero donde los vecinos las veían.

—Si escribo lo que pasa a don José, se lleva al niño...

Le daba también vueltas al dinero gastado por Fernando. Llevaba la cuenta al céntimo y nunca le preguntó ni lo que giraba, ni lo que guardaba. «Tanto de alpiste». «Tanto de la yunta vendida». «Tanto de los verracos viejos...».

—De todas maneras, «San Rafael» da para los dos.

Hablaba en voz alta, como si quisiera que se enterase su madre, que dormía en la habitación contigua, y descargarse la conciencia. La madre se enteraba; pero por lo mismo se hacía la dormida.



Capítulo IV

En Mayo de 1935 hubo sobre Andalucía una gigantesca plaga de langosta. Se encontró, por sí sola, sobre la línea del Guadalquivir, aunque en el cortijo se vieron algunas bandadas al atardecer.

En Lora del Río el alcalde pagaba el kilo de langosta pequeña a real y el de langosta grande a diez céntimos. Hubo día que trajeron al Ayuntamiento, en las canastas de la aceituna, de cinco a seis mil kilos. Detrás de la langosta, pisándoles las zancas, llegaron las cigüeñas. Nunca se había visto en Andalucía tanta cigüeña reunida. En Villamanrique de la Condesa se contaron una mañana, sobre los tejados de las casas, más de dos mil. Estaban además ahítas y amanecían muy tarde.

Por si fuera poco, hubo aquel año paulilla. El trigo arribaba a la máquina hirviendo de coleópteros blancuzcos, transparentes. El grano salía de la piqueta cubierto de una grasa fétida, cuyo olor debía encalabrinar a las golondrinas, porque millares de ellas rodeaban las máquinas.

Y a pesar de todo la cosecha no fue mala. Fernando hizo dinero hasta la última fanega, y cobró una por una las rentas. Luego estuvo en Madrid y ajustó cuentas con su padre. Doña Luisa aún vivía, y vio en el cine *Eskimo*, *El Orco* y la primera película de Tarzán.

Don José pensó que para lo que quedaba del año, Fernando estaba mejor en el campo. Volvió la semana siguiente, y se quedó de paso, sin decir nada a nadie, una larga semana en el pueblo donde dormía Rosita.

A finales de Septiembre, las tardes eran muy calurosas y lentas. Todo el horizonte del campo se llenaba de fuegos de rastrojo. Ardían ordenadamente, como debieron arder los ruegos de los campesinos primitivos.

Fernando iba al pueblo y se quedaba a comer en casa de su tío Luis. Le aburría la casa de los abuelos, las maderas entornadas, la abuela tan vieja siempre contando ropa blanca, siempre con la manía de las habitaciones arregladas; el abuelo sentado en la camilla del salón oscuro con una baraja gastada entre las manos y en la cabeza los campos verdes y luminosos a los que ya no podía ir.

Las dos hijas mayores de tío Luis no fueron aquel año al colegio. María tenía 18 años; Jacinta, 17. Estaban en esa edad en que el hombre es un ser maravilloso, y las dos acudían en cuanto llegaba Fernando y se quedaban al lado suyo contemplándolo. Jacinta era la más alta, la más seria, los grandes ojos tranquilos y reposados. Despedía paz como doña Luisa. Había oído hablar vagamente de Rosita y admiraba a Fernando aún más si cabe.

Jeromo empezó a comprender entonces por qué doña Consuelo y don Luis no habían escrito ya a don José contándole las aventuras de su hijo con Rosita, que era la comidilla del pueblo.

Aquel fue un invierno hosco. Con las primeras lluvias los tejados huelen a cántaro. A la semana de llover, la casa y el campo se llenan de un olor a agua gris. En los pueblos, parece como si lloviera más desoladamente que en la ciudad. Las nubes pasan mucho más bajas y se las distingue si son hueras o van preñadas de agua, porque cruzan despacio, como si no pudieran con el peso.

En aquel ambiente de humedad, el odio parecía reverdecer. El pueblo estaba lleno de gente parada que paseaba, en silencio, por las calles. De cuando en cuando tiraban piedras y rompían los cristales de las casas de los propietarios. Todo el pueblo tenía las maderas cerradas y un aire ausente mientras caía la lluvia. Daba la impresión de que no iba a terminar nunca aquel invierno.

Fernando iba cada vez menos al pueblo de Rosita. El caballo llegaba cubierto de sudor de los nueve kilómetros sobre fango. Fernando se quitaba el capote del velador y dejaba el caballo en la fonda. Luego daba la vuelta por los alrededores del pueblo y penetraba en la casa de Rosita, entre dos luces, empapado como una sopa. Rosita no se levantaba de la cama en todo el día. De madrugada lloraba siempre.

—Ya no me quieres como antes. Voy a matarte.

Fernando, adormilado, cruzaba el brazo sobre el cuerpo lloroso.

—No seas tonta, mujer. ¿No ves el tiempo que hace?

Pero la verdad es que cada día le gustaba más quedarse en casa de su tío Luis, y sentarse en la camilla las horas interminables, viendo hacer punto a Jacinta, que de cuando en cuando, lo dejaba sobre la mesa y lo miraba con sus grandes ojos sonriéndole. Aquella noche, al volver con Jeromo que había ido a recogerle con los caballos por la puerta falsa de la casa, no pudo mantener más tiempo sus proyectos.

—¿Jeromo, tú crees que yo podría pagarle la renta a papá, y vivir con la diferencia?

Jeromo apretó los labios y no contestó. Fernando puso el caballo al paso del de Jeromo.

—¿Me ayudarás, no?

Jeromo hizo un leve gesto como si también contuviera el caballo, y las anillas del bocado sonaron en el silencio de la noche. Faltó muy poco para que Fernando le contara sus planes: «Arrendaré la finca a mi padre. Me casaré con Jacinta y me iré a vivir al cortijo. ¿Comprendes?». No dijo nada, sin embargo. Pero sabía que Jeromo lo había entendido todo, porque cuando llegaron al cortijo, antes de llevarse los caballos a la cuadra, dijo sin darle importancia, como si se tratara de otro asunto:

—Don José y doña Luisa se vinieron aquí en cuanto les echaron la bendición.

De todas maneras, aquella noche Fernando volvió al pueblo de Rosita. Se deslizó hacia las cuadras a media noche, aparejó el caballo y galopó hasta el amanecer.

Rosita estaba despierta. Le brillaban los ojos en la oscuridad.

—Las vecinas me han dicho que todo esto va a terminar. Tú serás como yo, un pobre, y entonces...

Le besaba una vez y otra. Fernando, cansado, se defendía.



Capítulo V

UNA EXTRAÑA TENSION parecía germinar sobre la tierra y las casas de los pueblos y los suelos regados de la ciudad; una extraña tensión como la sangre cuando sube de presión dentro de los tejidos de las venas o como las tardes de verano cuando se incubaba una tormenta. Flotaba en el aire como una inquietud, como un hormiguillo inexplicable. La misma tierra labrada muchos siglos, humanizada ya, parecía emanar el desasosiego. Un gitano de Marchena se ahorcó en una venta de la salida de su pueblo, porque según él, la tierra husmeaba sangre. La loca del pueblo, que vivía en una casa de los últimos barrios, toda enrejada, y que pasaba los días y las noches dando gritos, calló de pronto, y dijo que el aire le olía a sangre.

Los ricos del pueblo fueron retirándose a la ciudad, lentamente. Don Fernando y su mujer se fueron a un hotel de Sevilla. Doña María no salía de su habitación, dándole vueltas a aquel armario minúsculo donde era imposible que cupiesen las sábanas que había traído. No permitía acostarse en las sábanas del hotel, y de noche las cambiaba solapadamente por las que había llevado de su casa. Don Fernando se pasaba las horas en el patio del hotel pequeño, lleno de azulejos y de palmeras domésticas, viendo entrar y salir la gente de la ciudad, que parecían moverse siempre sin una razón fija. Luis tomó un piso, al final, y se fue con su mujer y con sus hijas a mediados de Abril.

Don José llamó varias veces a su hijo por teléfono, por carta o por telegrama. Pero Fernando contestaba lo mismo. «Esperaría a recoger la cosecha. Quedaba ya poco y no iba a abandonarla». «No pasa nada, papá... ¡Tenéis mucho miedo!» contestaba por teléfono.

Jeromo por el contrario no pensaba lo mismo y había preparado la artimaña cuidadosamente. Primero envió toda su familia al pueblo y cerró el cortijo. Y cuando el 17 de Julio supo que el Comité pensaba apoderarse del pueblo tres días después, subió a la habitación de Fernando. Llevaba una enorme piedra y la puso con cuidado en el suelo.

—¡Venga las maletas y pronto! —dijo con voz que no daba lugar a dudas.

Entre los dos llenaron las maletas de piedras, que Jeromo había esparcido por el patio. Luego Jeromo bajó y enganchó el coche de caballos a la puerta del cortijo, ostentosamente. Puso a los dos caballos los arreos nuevos, los collarines con cascabeles. Después ordenó las pesadas maletas en la parte de atrás del vehículo. El porquero, el yegüero, el vaquero, se acercaron despacio.

—¿Se va?

—¿Tú dirás...? Tiene el billete para el exprés.

Fernando bajó con su traje nuevo y se despidió ceremoniosamente de todos. «¡Hasta pronto!» —dijo sonriente. El porquero no se quitó el sombrero. Fernando lo miró.

—¿El señorito tiene miedo? —preguntó.

Jeromo sacudió las riendas sobre los lomos de las bestias.

—¿Qué queréis? ¿Que espere a que vengáis por él?

El coche tomó la vereda que salía a la carretera de Utrera. Jeromo hizo andar los caballos al paso, como si quisiera dar tiempo a que todo el mundo del contorno lo viera. Al cruzar el río, separó el coche y lo llevó por la orilla uno o dos kilómetros, hasta llegar al remanso más hondo. Allí detuvo el coche y mientras Fernando sujetaba los caballos y vigilaba, tiró una a una las maletas cargadas de piedras al fondo del río. Luego, volvió a la carretera y aceleró el paso. Llegaron a Utrera hacia las cinco.

—Tome usted el billete hasta Madrid y cuando llegue el tren, se mete usted en él y después se baja por el otro lado. Quédese luego quieto en el olivar que hay detrás de la estación hasta que sea de noche del todo. A continuación eche a andar. Yo lo espero en el coche a la salida de la carretera del Arahal —fueron las instrucciones de Jeromo.

Fernando obedeció sin chistar. Tomó el billete, se metió en el tren que viajaba casi vacío, dio una vuelta por los pasillos y se salió por la portezuela abierta del último vagón. Anochecía y nadie le vio atravesar los raíles y ganar la tapia del fondo. Se sentó después al pie de un olivo y esperó a las nueve y media. A las diez estaba dentro del coche que Jeromo había puesto al galope, sin cascabeles.

—Ahora hace falta correr sin que nos vean —dijo.

Llegaron a los alrededores del cortijo todavía de madrugada. Fernando se echó abajo y anduvo cautelosamente hacia la puerta de detrás, que dejaron abierta. Jeromo volvió a colocar los cascabeles y condujo el coche por delante, por la puerta principal.

Al día siguiente, Jeromo dio un volteo por el pueblo para comprobar el éxito de su truco.

—¿El pájaro voló, eh? —le preguntaban.

Jeromo se echaba para atrás el cordobés negro, reluciente.

—Tomó el billete hasta Madrid.

—Pues el tren no llegó a Madrid —contestaban los enterados—. Ya lo habrán pescado en otra parte.

Fernando tuvo que vivir como un fantasma en la casa cerrada. Había establecido una señal con Jeromo. Si colocaba la llave del granero en la puerta, había gente en el cortijo, y Fernando debía permanecer quieto, tumbado sobre el suelo, pendiente de la rendija de la luz, sin hacer el menor movimiento. Si la llave volvía al bolsillo de Jeromo, no había nadie en el cortijo y Fernando podía andar, deslizarse de un lado para otro de la casa; pero siempre en la más absoluta oscuridad. «Una sola madera entreabierta y el plan se nos viene abajo» —comentó Jeromo.

La casa cerrada recobró enseguida la vida de las casas deshabitadas. Fernando se dio cuenta que no había sido su presencia, sino la luz la que había espantado antes los animales que salen cuando sospechan la soledad. Porque la salamandra que vivía detrás del espejo, la araña, la culebra que subía a la despensa desde los almacenes, los ratones que trotaban por el suelo con un trocillo de bailarín, empezaron a recorrer la casa a todas horas. Fernando el primer día quiso mantenerlos en línea. Luego los dejó hacer e incluso se entretuvo con ellos.

Las maderas cerradas filtraban hilos de luz, naranja cuando les daba el sol de frente, blanca al mediodía, amarilla por la tarde. Debajo de las ventanas, en el sitio del pestillo, había como una gota de luz. Fernando recorrió una por una todas las rendijas con la avaricia de un preso. En la ventana de la última habitación había una puerta mal cerrada. Daba al jardín y por ella se distinguía el tronco de la palmera, un trozo de la valla de hierro y el depósito del agua, de cemento gris. Tres días después un enjambre tomó la rendija grande por una piquera, y empezaron a construir, pegadas a los batientes amarillos de la puerta, paneles alargados. Eran abejas campesinas, oscuras, y

labraban con una tenacidad conmovedora. Fernando se acostumbró a observarlas y al ruido de la colmena, como se oye un reloj vivo dentro de una casa.

También quedaba el ventanal de la escalera que permitía distinguir un trozo del techo del granero. Era el techo preferido por los palomos. En las horas de calor, los palomos jóvenes se acurrucaban en el cuenco de las tejas buscando el fresco. Una tarde oyó llamar en el cristal. Era una paloma gris que picoteaba.

De noche Jeromo permitía que Fernando abriera una rendija de la ventana más lejana de la finca, la que quedaba al Sur, hacia los olivos del padre de Rosita. Los dos se sentaban entonces, acurrucados, respirando el hálito de la noche, charlando en voz baja.

Jeromo se multiplicaba durante el día. Traslataba de un lado para otro los rebaños abandonados, daba de beber a los mulos de la cuadra, acechaba apostado en los arroyos el paso de las comisiones y, al anochecer, guisaba para los dos y subía con un cántaro. En la oscuridad, los más pequeños incidentes se agigantaban para aquellos dos hombres solitarios. Una noche vieron a un hombre que huía. Salió de la linde en penumbra de las huertas y avanzó un rato sobre los rastros. Se detenía de cuando en cuando, y escuchaba en la noche, como si solo él oyera algo determinado.

—Ese hombre huye —silabeó Jeromo.

Fernando quiso avisarlo. Jeromo lo contuvo con las manos. El hombre solo en medio del campo, volvió sobre sus pasos y desapareció en las sombras del arroyo. Media hora después, aparecieron por la carretera diez o doce hombres a caballo. Galopaban y se detenían a cada momento.

—Van borrachos —bisbiseó Jeromo, capaz de distinguir la calidad de un jinete solo por el sonido de su galope.

Otra noche Fernando vio entrar desde una rendija de la ventana del comedor que él había agrandado un poco con una navajita, un ladrón en el patio del cortijo. Forcejeó en la puerta del granero y se la encontró abierta. Trabajaba muy tranquilo, seguro de que estaba solo. Sin embargo miraba para atrás inesperadamente. «Debe ser un movimiento instintivo» —pensó Fernando. Llenó dos o tres sacos de trigo y los sacó por la puerta de la gañanía, donde debía tener atadas las bestias. Antes de irse, se acercó a la puerta de la casa vivienda. Dio una vuelta al pestillo. Luego debió empujarla con el cuerpo. Fernando contenía la respiración. La puerta estaba cerrada con llave, era muy sólida y no tembló siquiera. El hombre volvió sobre sus pasos,

cargó otro saco y se fue. Media hora después, llegaba Jeromo que había ido al frontón a darle una vuelta a los borregos.

Fernando pensaba en Rosita. La tenía en aquellos días interminables fija entre los ojos.

Había llegado Septiembre. Se le sentía, incluso a través de las ventanas cerradas. Luego las golondrinas dejaron de charlar. Durante varias mañanas se oyeron en cambio los abejarucos, que recuerdan el graznido de las grullas cuando pasan lejos.

Una tarde Fernando no pudo resistir la tentación. Esperó a que se hiciera de noche, salió de la casa por la puerta, de la que Jeromo le había dado la llave para un caso extremo, atravesó el patio, soltó un mulo de la cuadra, lo trabó y lo hizo salir por la puerta del cuarto de la trilladora, que era la puerta más escondida del cortijo. El mulo anduvo un rato indeciso y se quedó quieto junto al enorme pajar. Fernando esperó unos minutos con la puerta abierta y después salió de pronto, cerró otra vez y se acercó al pajar. Destrabó el mulo, le puso una jáquima, se montó sobre él de un salto y lo hizo andar el cortijo campo atravesa. Fuera de las lindes le metió tos talones y lo puso al galope. La noche era muy oscura y no se encontró a nadie. Se detuvo medio kilómetro antes de llegar al pueblo de Rosita, y amarró el mulo a un olivo. Luego se deslizó paso a paso hasta los caseríos del pueblo.

En la entrada, bajo la luz eléctrica, descansaba la ronda de vigilancia; cuatro hombres con escopetas. Fernando, tumbado en la cuneta, los oía charlar y liar cigarrillos, uno detrás de otro. Al rato se levantaron, estiraron las piernas y se marcharon calle adelante. Fernando, como una sombra, entró en la calle, terció por la primera callejuela y de un salto se encontró en el corral de Rosita. Había pensado hasta en los menores detalles lo que tenía que hacer ahora. Estuvo unos largos minutos quieto, oyéndose golpear el propio corazón. Después se agazapó al otro lado de la puerta de la habitación de Rosita y esperó mucho tiempo. En el silencio de la madrugada oía respirar a Rosita. Se puso de pie, de pronto, y empujó poco a poco la puerta. La puerta cedió silenciosamente. Entonces entró de golpe y cerró. Rosita se debatió en la cama.

Fernando dio un salto y tuvo tiempo de ponerle la mano en la boca.

—Soy yo. Cállate.

Luego se dejó caer sobre la cama. Tenía el corazón en la boca, y tuvo que estar un rato sin hablar, la cabeza sobre la almohada.

—¿Vendrá alguien? —dijo por fin como un susurro en el oído de Rosita.

—Nadie —contestó Rosita vuelta hacia él. Y lo besó.

Estuvo solo una hora. Se levantó en la oscuridad, miró por el resquicio del ventanuco que daba a la calle.

—¿Dónde estás? —preguntó Rosita desde la cama—. ¿Quieres algo?

—Habla más bajo.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —volvió a preguntar Rosita.

Fernando se acercó otra vez a la cama. Se sentó en el borde y puso las manos sobre el cuerpo de Rosita. Jamás le había parecido su piel tan fina, tan dorada.

—No dirás a nadie que he estado aquí. ¿Comprendes?

—No —dijo Rosita con un hilo de voz—. Pero ¿volverás?

—Sí.

—¿Pronto?

—Pronto.

Rosita se sentó en la cama.

—¿Te vas?

Fernando volvió a acostarla sobre las almohadas.

—No te muevas —dijo imperativamente—. Quédate en la cama toda la mañana, como si no hubiera pasado nada. Y no digas a nadie una palabra. ¿Comprendes?

Besó a Rosita y abrió la puerta del corral lentamente. Cuando la tuvo abierta acechó un largo rato metido detrás del quicio. Rosita lo oía hacer; pero no se movía de la cama, como él había mandado. De pronto salió y cerró la puerta desde fuera. Estuvo otro largo rato en el corral. La calle estaba solitaria y la ronda debía haberse ido a la cama o estaría en el casino, en el centro del pueblo, que no se cerraba en toda la noche; Fernando corrió por la calle, atravesó la carretera y se hundió en la sombra del olivar. Desenganchó el mulo y lo hizo andar deprisa por enmedio del campo. Amanecía cuando estaba en la cuesta de «San Rafael». Del arroyo de la izquierda salió una voz cansada, pero enérgica.

—Tírate al suelo y quítale la jáquima.

Era Jeromo. Fernando obedeció sin chistar, ruborizado.

—No te muevas de aquí. Yo espantaré el mulo.

Fernando, agazapado, vio cómo Jeromo brotaba de la sombra, se acercaba al mulo y lo llevaba hacia la aguada del cortijo para que se reuniera con la piara. Diez minutos después estaba allí.

—Si alguien nos espía, creará que soy yo quien ha venido en mulo.

Hablaba para sí. Estaba nervioso.

—Vamos —dijo otra vez.

Los dos se arrastraron entre las cañas a la parte más espesa del arroyo. Jeromo desenterró allí una escopeta que tenía guardada desde los primeros días de la guerra.

—Has hecho una locura. Ahora vendrán por ti.

Fernando se dio cuenta entonces de que por vez primera le hablaba de tú. «He dejado de ser su señorito. Es su manera de castigarme» —pensó, y le brotaron las lágrimas en los ojos.

Estuvieron tres días en el campo. Jeromo no durmió. Esperaba verlos aparecer arroyo arriba, el momento menos pensado. Pero el cuarto día se tranquilizó.

—Bueno, al parecer, no nos ha chivado —comentó—. Esta noche volveremos al caserío.

Pero Jeromo se equivocaba. A la misma hora de la madrugada en que Fernando volvía a las habitaciones del cortijo, Frasquito, el padre de Rosita, aparejaba el burro padre que tenía como guarda, un enorme burro, de rabo largo, los lagrimales ahumados, grises.

Al amanecer estaba en la puerta del Ayuntamiento.

—Vengo a hacer una denuncia —dijo, para que lo dejaran entrar—. Una denuncia sobre un perro.

Uno de los muchachotes que estaban de guardia en la puerta disfrazado con un mono azul mahón demasiado estrecho y una canana de escopeta alrededor de la cintura, sonrió contento:

—¡Menudo perro traerás tú en el saco!



Capítulo VI

DEBIERON VENIR ABIERTOS, en guerrilla, porque Jeromo no los vio. Cuando se dio cuenta tenía un fusil puesto sobre el pecho, y otro de ellos le empujó al fondo de la habitación y cerró la puerta con llave. Fernando los oyó discutir en la habitación del piso de abajo, al pie de la escalera. No tuvo más que un pensamiento: que estaba descalzo y que iban a sorprenderlo así. Abrió, no obstante, la puerta de la escalera y bajó los primeros escalones, despacio.

—Estoy aquí. ¿Por qué armáis tanto ruido?

Subieron cinco. Fernando los conoció uno por uno. Los cinco habían servido, en distintas épocas, en «San Rafael». Pero cuando vio que el padre de Rosita era el último, comprendió que no tenía remedio.

—Bueno. Me dejaréis vestirme —dijo.

Matías lo empujó dentro de la habitación. Matías había sido, durante muchos años, el punto negro del pueblo. A los dieciocho años se había llevado una muchacha de dieciséis, y los padres tuvieron que aceptarlo en la casa. Al año había tenido un hijo, pero no de su mujer, sino de una cuñada que no llegaba a los quince. Estuvo en la cárcel dos largos años. Cuando salió, trabajó el verano en los arrozales de la marisma, que entonces era como el Tercio del campo. Luego se fue a la Legión de verdad. Cuando volvió al pueblo, todo el mundo le temía. Era un hombre bajo, fino, de boca grande, afilada, los ojos de lobo. No discutía nunca, ni se apasionaba, pero tenía una frialdad apagada, firmísima. Cuando don Fernando dijo una vez en el casino que no lo aceptaría nunca en su casa, le despenó los cinco mejores novillos de la ganadería con una navaja barbera. Los había escogido durante toda la noche y luego realizó la operación con la tranquilidad de un matarife. Todo el mundo sabía que era él; pero el sargento de la guardia civil no pudo sacarle la confesión. Aguantaba el castigo con los labios contraídos, sin quejarse, con

un ronquido interior, como si respirase fuerte. Hacía dos o tres años —el año del hambre— Jeromo se compadeció de él y lo trajo desde entonces a la máquina. Trabajaba terco, pero sin sonreír nunca. Se traía al arroyo la novia de turno, otra muchacha arrancada de su casa, y cuando terminaba el trabajo, se marchaba con ella sin decir una sola palabra. Los compañeros le temían lo suficiente para no preguntarle. Fernando, sentado al lado de la locomóvil, le había dado algún que otro cigarro y había cruzado unas palabras con él. Al principio lo miró con sus grandes ojos de acorralado; pero luego se dio cuenta que parecía buscar el menor halago, como las alimañas.

Fernando pensó que aun ahora que llevaba varios días mandando y pisando seguro, no se le había acabado de quitar la mirada de hombre acorralado. Se fijó también en que llevaba los pantalones recogidos por el tobillo con el sujetador de la bicicleta. Y que tenía los tobillos muy finos, como toda la gente cruel.

—¡Mientras más pronto mejor! —masculló el porquero, macizo, achaparrado, que subió el tercero.

Fernando no lo miró siquiera y volvió a dirigirse a Matías, como si los demás no existieran.

—¿Me dejarás vestirme? ¿Y escribirle una carta a mi padre?

Matías se estremeció como el animal salvaje cogido en un cepo que siente la primera caricia.

—Bueno —masculló—. Te lo concedo.

—Tiene derecho —apostilló Frasquito, el padre de Rosita, sin levantar los ojos. Era el más alto de los cinco, con su nariz ganchuda caída sobre el labio. «Todos tenemos hijos...» —añadió. Iba a decir «hijas», lo único que tenía, pero se contuvo temiendo la chacota de los demás.

Fernando entró en la habitación que había sido su dormitorio. Con él entró delante Estellita, el barbero. Dio una vuelta por la habitación y tanteó las rejas. Luego salió cerrando la puerta.

—No puede escapar —dijo, como si los otros no lo supieran.

Intentaba hacer méritos, pero era el que estaba más nervioso. Era el que había charlado más en el pueblo y ahora no se sentía con fuerzas. Y no aceptó el cigarro que Matías repartía en silencio.

Fernando lo primero que hizo cuando se quedó solo fue ponerse las botas. Se puso en pie con ellas y dio unos pasos. Se sentía más seguro.

Mientras se calzaba había visto en la rendija de luz una abeja que pugnaba por entrar. Estremecida volvía una y otra vez.

—Se ha equivocado de balcón —pensó Fernando.

Abrió las maderas de par en par. La habitación se llenó de esa luz de antes del anochecer, más dorada que ninguna del día. Fernando se acercó a la mesa. Empezaba a andar maquinalmente, como andan sin darse cuenta los que tienen la vida contada. Se sentó. Buscó la pluma y una cuartilla blanca. No quedaba tinta en el tintero y se levantó para llenarlo. Luego escribió nervioso: «Jacinta. Podríamos haber sido muy felices...». Leyó la frase y le pareció vacía, flotante. Rompió la cuartilla en pedazos. Empezó a escribir otra. No puso más que una sola palabra: «padre».

No podía estar sentado. Volvió a levantarse y se acercó, otra vez a la ventana. La abeja había caído en el suelo de la habitación. No se movía, como si se le hubieran agotado las fuerzas. Pero de pronto se enderezó sobre las patitas, se sacudió, levantó el vuelo y salió fuera. «El dedo de Dios le ha empujado» —pensó Fernando. Le pareció entonces que la palabra Dios le llegaba a él, como la orden a la abeja de que volase. Y sintió, casi físicamente, que alguien, muy por encima de él, sabía lo que le pasaba en aquellos minutos, lo que iba a pasarle. Se acercó a la ventana y pegó la cara a las rejas. Se había desatado la brisa de la noche y sacudía la palmera. Volaron las palomas del barbecho del trigo al techo del cortijo. «¡Dios mío!» —dijo casi en voz alta, y las dos palabras le retumbaron en el corazón. «¡Dios mío!» —repitió. Y tuvo la impresión de que las dos palabras no se disolvían, no se apagaban, sino que se quedaban con él, acompañándole, sosteniéndole por los codos.

Dio dos pasos o tres. Fue al espejo y se peinó despacio.

Fue entonces cuando le brotó el recuerdo de lo de Rosita.

«¡Dios mío, y yo cómo me he portado!» —dijo otra vez en voz alta. Era como si ya no pudiera pensar en silencio y tuviera que compartir las palabras. Y se le vino de sopetón a la memoria los años del colegio, las oraciones de su madre en el oratorio de su casa, la medalla que tenía colgada al cuello desde que naciera, la vida recta de su padre, las manos de su hermano José que se preparaban para tocar a Dios. Tuvo vergüenza de sí mismo y sin saber cómo se encontró en la mesa, la cabeza sobre los brazos, llorando como un niño. Eso era: un niño solo, en medio de la noche, lejos de su casa. «¡Perdóname, Dios mío, perdóname...!» —escribió en la cuartilla debajo de la palabra «padre», como si alguien le empujara la pluma.

Matías dio un golpe en la puerta:

—¡Vamos! Ya está bien.

Fernando se levantó. Echó agua en el lavabo y se frotó los ojos. «La mano que ha empujado la abeja para que vuele, me dará serenidad» —se dijo, y

tampoco las palabras le parecieron suyas. Abrió la puerta y sonrió.

—Vamos.

Salieron entre dos luces. Se distinguía todavía la silueta de las cosas, pero les había desaparecido el color. Asomaban las estrellas una a una.

—Coge hacia el haza de los Carros —ordenó Matías, muy tranquilo.

Los demás no hablaban, pero Fernando los sentía detrás por el ruido de las botas.

Anduvieron barbecho adelante. Jamás sintió Fernando la tierra tan cercana, tan rendida, tan tibia. Se deshacía bajo los pies. Su calor trasminaba por la suela, como si no llevara zapatos, como si estuviera descalzo.

Matías calculaba la distancia para que las balas no se perdieran en la noche. «Yo fui tirador de primera» —había dicho al grupo que le acompañaba, antes de salir.

Cuando llegaron al fondo del valle que hacen las dos colinas del barbecho, las estrellas habían brotado todas. Fernando intentó volverse y hablar. Iba a decir, sencillamente: «¡Qué hermosa noche hace...!». Matías, que llevaba el fusil cargado, sin seguro, disparó antes. No le dolió la entrada de la bala, pero lo arrojó sobre la tierra. Luego sintió una punzada dentro del pecho, como cuando bebemos agua helada sudando. Y la sangre caliente le llenó la boca. Se revolcó por el suelo, tal si tuviera los brazos y las piernas atados. Un cuerpo de veinte años con las venas nuevas, con el corazón nuevo, con los músculos recién terminados, no se rinde así, tan pronto. Sintió el cerrojo de los otros fusiles y luego sus disparos. Cada bala le anegaba en la oscuridad, le confundía, le arrastraba más hacia aquella tierra que tenía su misma temperatura y que sentía ya mojada con su sangre.

Cuando llegó Jeromo goteaba todavía esa sangre que destilan los cuerpos horas y horas. Jeromo se sentó en el suelo y le levantó la cabeza. Después le sintió enfriarse, minuto tras minuto, mientras le afloraban los huesos y se le hacían más táctiles, más cercanos, como ocurre en todos los cadáveres. El silencio había vuelto otra vez. En la loma del Espino, en la cañada de las Cinco Fuentes, chillaban los alcaravanes en celo.

De pronto Jeromo se puso en pie de un salto.

—¿Quién anda ahí? —dijo en voz alta.

Unos pasos se acercaban del lado del cortijo.

—Soy yo —contestó una voz de mujer—. ¡Cállate!

Era Rosita. Venía desgredada, destrozada. Debía haber andado muchas horas. No lloró. Se arrodilló al lado de Fernando y con el pañuelo comenzó a limpiarle la cara. La sangre estaba seca, mezclada con la tierra, y costaba trabajo. Después se acurrucó al lado de Jeromo, como si la noche la hubiera asustado.

—¿Hablaste, no? —preguntó Jeromo, en voz baja.

—Sí. Me dijeron que iban a traérmelo para casarme con él.

No hablaron más. Las noches de Septiembre en el campo son muy silenciosas. Pero una liebre con las orejas avizoras pasó hacia los melones del arroyo. Jeromo no pudo evitar un escalofrío, porque recordó que las liebres roen los cadáveres.

Entonces se levantó y fue solo al cortijo, abrió la puerta y trajo una azada y una sábana. Y mientras Rosita envolvía el cuerpo, Jeromo cavó en el barbecho una fosa de un metro. Sudaba y se le oía jadear rítmicamente.

De repente los dos se callaron. Una luminaria asomaba por el puente del Frontón. Era un coche que cruzó casi sin ruido por el carril contiguo a la finca. ¿Cuánto tiempo hacía que no pasaba un coche por allí?

¿Dónde iba aquel coche? Los dos, de pie, mudos, estuvieron quietos hasta que la luz se perdió. Jeromo se inclinó después sobre la azada y dijo: «Es la guerra». Y Rosita lo miró un largo rato, porque no parecía de ninguna manera su voz.

Cuando amanecía lo tuvieron enterrado y Jeromo simuló el barbecho para que no se notara.

—¿No dirás dónde está? —dijo, y puso la mano sobre el hombro de Rosita.

Rosita estaba tan helada como el cuerpo que acababan de enterrar.

—No. No lo diré nunca. Yo también estoy como si me hubiera muerto.

Asomaba por la Huerta del Moral una franja de luz gris, cansada.

—Ya pueden vernos —habló Jeromo—. ¡Vete!

Rosita no dijo nada y se alejó despacio, cojeando. Jeromo siguió el bulto hasta que traspasó las lindes de la finca.

Jeromo subió al cortijo y abrió las puertas de par en par. «Ya puede hacerse todo» —masculló cuando las puertas gimieron al abrirse. «Ya puede hacerse todo». Fue por los mulos y los trajo de reata. Sacó agua del pozo y les dio de beber en el pilar. El agua brincaba en la mañana que daba alegría verla. Después los llevó uno por uno a la cuadra, los ató al pesebre y les mullió la paja. Abrió luego el granero, sacó dos espuestas llenas de cebada y se las esparció sobre el pesebre.

«Ya puede hacerse todo» —repitió en alta voz. Cerró la puerta del granero, contó los sacos que faltaban y se guardó la llave dentro del cinturón. Se sentó a continuación en la piedra de la entrada como en los buenos días. Los rebaños bajaban sobre la hierba recién crecida, en busca de agua, ordenadamente, como si tuvieran pastor. Jeromo se quitó el sombrero negro y se rascó la calva. Luchaba para que dos lágrimas que tenía suspendidas en cada ojo no cayeran por la mejilla sin afeitar.



Capítulo VII

TERMINADA LA GUERRA vino don José, ya viudo. Tres meses antes los restos de Fernando habían sido trasladados al cementerio. No quedaban nichos libres en el panteón de don Fernando y tuvieron que ser llevados al panteón de la familia de don José, precisamente al lado de los de don Santiago.

Jeromo esperó a don José, sentado en la piedra de la puerta, que aquel año había sido encalada como la fachada, con anilina bermellón. Se puso el traje nuevo gris oscuro y el cordobés de las grandes solemnidades, negro reluciente, echado sobre los ojos, con su eterno gesto de hombre sorprendido por el sol. Don José parecía al lado suyo un viejo. Desencajado, la barba rala, las manos temblorosas, lleno de frío, el abrigo de la ciudad levantado por las solapas. En el campo no hay nunca palabras excesivas. El afecto, las decisiones, la angustia, deben sobreentenderse. Jeromo dio la mano a don José y le abrió, una por una, las puertas de los almacenes. Colgaban de las bóvedas, las cuerdas, los ronzales del año, las ristras de cebollas, la lona que había sobrado de los sacos.

—Este trigo es del haza de los Caños. Ha salido a 15. En el Espino, la cebada ha granado como ningún año.

Pero don José no lo oía. En el campo, cuando se habla mucho es porque no se quiere hablar de algo, porque no se quiere pronunciar determinada palabra.

—En el frontón, el alpiste se ha portado bien...

Pero don José no lo oía. Le interrumpió de pronto intranquilo.

—¡Vamos!

Jeromo sabía de sobra dónde tenían que ir, pero intentó la última carta.

—¿Quiere usted ver el algodón que este año hemos probado por vez primera?

Don José se impacientó.

—No. Vamos donde tú sabes.

Jeromo no habló. Anduvo delante y don José lo siguió como un autómeta. Salieron por la puerta de detrás, por la puerta de la habitación de la trilladora. Era uno de estos días de Octubre de color blancuzco, en que el levante amontona las nubes de la lluvia. La Loma de los Carros acababa de labrarse por disposición de Jeromo y la tierra estaba recién partida, tierna, como miga de pan. Volaban delante de ellos bandadas de gorriones al acecho de las lombrices que descubrían las yuntas.

Jeromo se detuvo en la loma donde Matías había calculado que las balas no podían perderse.

—¿Es aquí? —preguntó don José.

Jeromo no contestó. Sabía que don José lo había preguntado para aliviar su propia tensión, para no echarse a llorar como un niño.

—¿Y no dijo nada para mí? ¿No dijo...?

Jeromo se pasó el dorso de la mano por la boca seca. Le chispeaban los ojos bajo el cordobés.

—Cuando yo llegué, ya...

Don José se inclinó y tocó la tierra con los dedos. Después cogió un buen puñado de tierra, la apretó y la dejó caer lentamente. La tierra estaba suelta y se deshacía grano a grano.

Jeromo se había vuelto de espaldas, como si mirara un punto lejano de la carretera. Le dolían, le escocían los ojos.

Don José se le acercó y le puso la mano sobre el hombro.

—Jeromo, yo...

No dijo más. Jeromo lo sostuvo con el brazo alrededor de la cintura y los dos volvieron por el mismo camino. La tarde se había vuelto de color de humo y el levante bramaba en torno de la casa. Don José no quiso entrar en el cortijo.

—No puedo —dijo.

Se sentó dentro del coche. Jeromo le puso la manta alrededor de las piernas, piernas de anciano, y se sentó a su lado. Ninguno habló una palabra más. Pero los dos sabían que pensaban en lo mismo: en aquel muchacho cuya sangre había sido derramada en «San Rafael». Cuando pasó un buen rato, Jeromo se levantó, salió del coche, cerró la portezuela y llamó al chófer.

—Yo me quedo aquí —dijo después Jeromo—. ¡Váyase usted tranquilo!

Y fue a ponerse al lado de la piedra, de pie, el sombrero en la mano. Pero antes de que arrancara el coche, repitió en alta voz y como si quisiera tener la certeza de que don José se enteraba:

—Yo me quedo aquí, don José. Váyase tranquilo.
Jeromo sabía que ya nunca lo vería más.



Cuarta parte



Capítulo I

—AQUÍ TENÍA PAPÁ SUS LIBROS.

Mauca colocó en el pequeño estante negro los libros que habían venido en la maleta. Pero primero tuvo que agrupar los viejos libros de su padre: el *Alcubilla*, encuadernado en piel —que le había servido para llegar a la mesa cuando se sentaba de pequeña en el comedor—, una *Hacienda de Peña*, el *Arte de Salomón Reinach*, las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma, y unos cuantos números de *Blanco y Negro*. Fue allí cuando encontró, de pronto, caída del estante, la cuartilla donde Fernando escribió «padre» y debajo, «Perdóname, Dios mío, perdóname...». Reconoció la letra de su hermano, y cerró los ojos. Pensaba en los años que habían pasado sobre esa cuartilla y sobre ellos mismos, mientras que aquellas cosas que vieron los últimos minutos de su hermano permanecían idénticas y el ratón continuaba en el aparador y la salamandra detrás del espejo.

Mauca recordaba ahora la desesperación de su padre de vuelta al piso de Madrid, sin salir del comedor, la luz eléctrica encendida a la hora del desayuno, y aquellos grandes sofás de gamuza amarilla. Los paseos de don José por el pasillo estrecho, oscuro, lleno siempre del olor de la resina de la cera con que frotaban la madera del suelo.

—¡Papá, debieras volverte al campo! —decía José, el hijo mayor, que era ya sacerdote, los pocos días que estaba en casa, intentando volverse otra vez niño de bachillerato para contentar a su padre.

Pero don José últimamente no leía ya ni las cartas de Jeromo. Se sentaba en la ventana de la sala, la ventana enguatada, pendiente de las acacias de la acera que, como árboles de la ciudad, florecían puntualmente. Los gorriones bajaban a los rieles del tranvía cuando el tranvía pasaba y se oía el chasquido del cambio de trole. Mauca recordaba la enfermedad de su padre. Aquella

semana en que nadie durmió en la casa y José vino en avión desde la Gregoriana, cuando ya don José no pudo reconocerle. Luego el entierro y la llegada de Jeromo después de doce horas de tren, impávido, indiferente, como un personaje de otro mundo. A Mauca le contaron que dijo en el cementerio:

—Aquí no hay ni tierra. ¡Pobre don José!

Mauca se prometió entonces traer el cuerpo de su padre al pueblo, al lado de Fernando. Y luego recordó todos los capítulos de su vida, como si los hubiera acabado de leer en uno de aquellos libros: los años del colegio, el bachillerato con las monjas, las uñas manchadas de tinta que había que limpiar con limón. Después en el piso, los primeros novios, las cartas, las mañanas en la calle Serrano, los primeros besos, el pañuelo para frotar el *rouge* esparcido en torno de los labios. Y Pedro, de pronto. La seriedad, la tranquilidad, la firmeza. «Treinta y cuatro años. Ingeniero Agrónomo». Por último, la boda. Un mes al extranjero. Luego dos años ya en Madrid. Pedro trabajaba. Se levantaba a las ocho. A las nueve, la oficina hasta las dos. Por la tarde, a las cuatro, en el laboratorio. Cine, los miércoles y los viernes. Cena con los amigos los sábados, porque al día siguiente no hay que levantarse temprano. Mauca miraba por encima el trabajo de su marido: «Variedad Apulia Precoce. Sanas, 104. Enfermas, 90. 27 por 100 de tizón». «Variedad Candeal Tierra de Campos. Sanas, 14. Enfermas...».

Inesperadamente la carta de Jeromo: «...convendría que se diera usted una vuelta, señorita. Los aparceros no se van por las buenas y además esto está que da gloria verlo...». La carta había quedado flotando en el piso; sobre todo a la vuelta de Pedro, cuando se ponía las zapatillas y se sentaba en la butaca del cuarto de estar bajo el círculo de la pantalla.

—¿Y si nos fuéramos a él?

Mauca no contestó. Ella estaba sentada en el otro sillón con una revista abierta.

—Aquello debe dar alegría. ¿No lo crees tú? Aquello es el campo de verdad...

Pedro debía pensar en sus fichas alineadas: «Híbrido 24. Número de espigas atacadas, 41,68...». Se levantó de un salto y se dirigió hacia el balcón cerrado. Luego pegó la cara a los cristales. Entraba entonces cegadora la luz de neón de la calle. No se veían las estrellas.

Mauca en la oscuridad pensó de pronto en los ruseñores de la Huerta del Moral, que se oían en la noche del cortijo cuando callaban los perros.

—¿Y si yo pidiera un mes de permiso? —dijo Pedro en voz baja desde el balcón entre tinieblas.

Hicieron el viaje en el coche. En Sevilla, Pedro pretextó una serie de visitas urgentes, para que Mauca llegara sola al cortijo. «Quiero que vayas sola tú, primero. Aquello es tuyo. Yo iré esta tarde, casi anochecido».

Cerró los ojos, Jeromo subía por la escalera y sus pasos resonaban como los de Gregorio.

—Señorita, el cajón no tiene más libros.

Cada día de su vejez aumentaba su semejanza con Gregorio. Las manos, el cerquillo de pelo blanco en torno de la calva, una calva pulida como la cabeza del rey de ajedrez, la manera de andar, la manera de vestirse... Gregorio se levantaba de madrugada en mangas de camisa y a medida que crecía el calor, se iba poniendo el chaleco y la chaqueta.

—Jeromo —habló Mauca, y su voz no ahuyentó los recuerdos que le rodeaban— mañana tienes que enseñarle el cortijo al señorito Pedro, haz por haz.

—¿Le gustará? —repuso Jeromo.

—Él entiende de campo más que tú y que yo.

Jeromo encendió un cigarro, protegiendo la débil llamita del fósforo con la enorme manaza. «Es ingeniero agrónomo» —pensaba. Y recordaba las Jefaturas Agronómicas, los C-1, los permisos de corta, las solicitudes...

—Bueno —dijo conciliador—. El campo es otra cosa... Yo me refiero a «San Rafael».

Pedro llegó de noche y llamó alegremente con el claxon.

—Buenas noches, señora. Espero me des la bienvenida en tus dominios.

Existen dos clases de hombres: los que se han construido a sí mismos y los que se construyen por las circunstancias. Pedro se había hecho él solo. Se había encerrado a los veinte años en un cuarto con las paredes desnudas, decidido a ser ingeniero. Tenía esa voluntad de hierro que se necesita para llenar pizarras de fórmulas y volverlas a borrar, mientras afuera crepita el sol, la vida y las risas de las gentes. La voluntad se le quedó más tarde dominándolo y al más ligero acontecimiento volvía y se lo ordenaba todo rigurosamente como un examen o un programa de texto. Ahora, por ejemplo, ya se tenía organizadas las vacaciones.

—La primera semana —dispuso—, para que tú me enseñes el cortijo. La segunda semana para que te lo enseñe yo. Luego, la tercera semana, ¡a trabajar! Mauca, como los árboles transplantados cuando se les devuelve a la

primera tierra, se rejuveneció diez años. Era como la chiquilla Mauca que corría por «San Rafael» o montaba en la «Pimienta», la yegua alazana, ancha y pacífica, cuyo pellejo de veinte años se había llevado Francisco.

Pedro se convirtió en otro chiquillo al lado suyo. Fueron al pozo de La Niña, con su morabito de cal, donde lavaban las mujeres del cortijo vestidas de negro. Mauca sacó un cubo con la polea y la soga y bebió en él. El agua era fresca, como si la noche calara las corrientes subterráneas del cortijo. El jardín permanecía idéntico: el mirlo con su librea de seda negra quieto sobre el cerezo agrio, la palmera inclinada y el nido de cigüeñas bajo el cual habían hecho otro nido diminuto una pareja de gorriones.

Al otro día, Mauca pidió a Jeromo que sacara el viejo coche con sus cascabeles dorados y sus caballos viejos, y guiándolo ella, por el carril que serpenteaba por la loma, se acercaron a la torre que acechaba el cortijo. Al lado de la torre existían las ruinas de un poblado prehistórico. Los restos de la muralla se adivinaban entre los peñascales convertidos ya casi en rocas, y los dos buscaron por la grama seca los trocitos de cerámica pintada en rojo y negro, con el barro sin cocer en medio, como una franja gris. También en la argamasa de la torre construida en la frontera, a finales de la reconquista, se descubrían trozos de cerámica que recogieron los albañiles del medievo para darle aún más fuerza a la mezcla.

En verdad que los dos sentían brotar el deseo y el amor de la luna de miel, como si fueran dos personas distintas, como si no existieran los años de Madrid. «Las siete, levantarse; las ocho, la oficina; las dos, la comida...». El campo parecía haberles cambiado la piel.

—Nunca te he querido como ahora te quiero —le confesó una noche Mauca, los piecillos desnudos de color azul con la luna que entraba por la ventana abierta.

Recorrieron el cortijo. A Pedro le gustaba encontrarse desordenado, confuso, exultante, el campo que había visto siempre clasificado y ordenado en los informes y en los planos. Disfrutaba como un estudiante al situar cada cosa sobre su razón inmediata, sobre su verdad científica, como el médico joven cuando encuentra el nombre de la enfermedad de un enfermo. Mauca en cambio gozaba cuando lo veía concreto, estructurado, lleno de pequeños rectángulos con una palabra en latín, como los rosales que venían de las granjas hortícolas, y además, escritos con la letra de su marido. La labranza, por ejemplo, servía para aumentar el aire de la tierra; las tierras negras tenían humus; la tierra roja, hierro; las blancas, cal; la hoja verde estaba llena de pequeños grumos de clorofila que trabajaban con la respiración imperceptible

de un reloj de pulsera para fabricar carbono; los nudos de las raíces de las habas eran colonias de bacterias que fijaban el nitrógeno aéreo. Cuando Mauca llevaba la rosa cortada de uno de aquellos rosales supervivientes plantados por doña Carmen, Pedro explicaba cómo las flores tienen fiebre física, más temperatura que la propia atmósfera, o cómo su respiración es más rápida, más acongojada que la de toda la planta restante. Cuando se besaban en el frontón, entre los bloques de granito gris, las laderas con poleo y la sorpresa de los grandes lagartos, a Mauca le gustaba quedarse quieta, la cabeza sobre los hombros de Pedro. Pensaba entonces en la luna de miel de las garzotas de la Luisiana, que Pedro le acababa de leer la noche antes en un libro de Julián Huxley.

A los quince días, Pedro llamó a Jeromo.

—Jeromo, ¿y el plano?

Jeromo le miró absorto:

—¿Qué plano?

—El plano de la finca, Jeromo. ¿No ha tenido nunca un plano «San Rafael»?

Jeromo recordó el que estaba allá, en la pared del comedor, con marco y cristal, cubierto de polvo. Lo descolgaron entre los dos, con dificultad. Pedro lo extrajo del cristal y lo observó detenidamente: «Plano General de "San Rafael"» —rezaba— «Escala 1 × 5000».

Pasaron tres días. Pedro trabajaba como en su oficina de Madrid: el compás, el tiralíneas, los rollos de papeles, desde por la mañana hasta por la noche. De cuando en cuando, bajaba las escaleras y con un block en la mano cruzaba el campo. El contacto con el campo, con aquel campo que él sentía ya suyo, le enervaba y le enardecía al mismo tiempo. Era un pequeño mundo y sus pasos no salían nunca del cortijo, como si las lindes existieran realmente y fueran una pared insalvable. Él empezaba a sentirse responsable, culpable de los destinos de este mundo limitado. Era como la paternidad. Pensó entonces que la propiedad no era más que eso, instinto de paternidad, y por eso crecía en los hombres maduros y en las mujeres viejas.

La mañana del cuarto día reunió solemnemente a su mujer y a Jeromo en su habitación de trabajo y triunfante les comunicó lo que él llamaba «Estrategia General para Modernizar San Rafael». Extendió primero el viejo plano sobre el que había dibujado con lápices de color.

—Vamos a ver —dijo—. El cortijo tiene cuatro divisiones naturales que llamaremos A, B, C y D para entendernos. La A es el centro, el meollo del cortijo, lo que Jeromo llama la «torta de "San Rafael"». La B son las tierras

albarizas y con piedras de detrás del Frontón. La C es la tierra rojiza y arenosa de Siete Fuentes para arriba. Nosotros labraremos estas tres. En la D procuraremos agrupar los dos colonos que nos quedan, para que no nos corten las besanas.

Jeromo, que estaba sentado en la punta de la silla, se puso de pie y se inclinó sobre el plano.

—Respecto a máquinas —continuó Pedro— necesitamos dos tractores oruga y uno de ruedas con los arados correspondientes y un remolque. Una cosechadora, una abonadora y dos sembradoras. En la espalda del caserío haremos la casa de máquinas. Aquí, dos depósitos de gasolina y de gasoil, aquí una herrería y un taller de mecánica permanente y aquí una granja avícola para dos mil gallinas.

El lápiz estaba sobre la estancia. Jeromo interrumpió:

—¿Y la estancia?

—La estancia será la granja avícola. Los carros pasarán al galpón que haremos detrás de la casa de máquinas.

El lápiz indicador saltó un decímetro sobre el plano.

—Ahora el arroyo. Lo guiaremos, lo canalizaremos. Desperdicia con su trazado actual mucha tierra. Después buscaremos agua aquí y aquí...

Jeromo puso el dedo sobre el plano.

—Aquí hay maestranzas.

—Justo. Aquí hay agua y la traeremos por su pie hasta el jardín. Y del jardín hasta los huertecillos de melones, todo será huerta. Además, cuando el agua escasee, tendremos el agua del Pozo de la Niña con una motobomba de gasolina.

Mauca pensó en los naranjos que su padre había sembrado una y otra vez en el jardín, sin ningún resultado. Pedro pareció cazar el pensamiento de su mujer.

—Rodearemos la finca de árboles. Un naranjal. Aquí, en la carretera, donde hay una mancha caliza, la acacia de tres pinchos, la *Gledistchie triacanthus*. Aquí, en la vereda del pozo donde no hay firmes, moreras. Por último, repoblaremos el frontón con pinos y los bajos, de eucaliptus. Hay que dejar, pues, que crezca la jara, el monte. Un pino crece 34 centímetros al año. Los veremos hechos árboles tú y yo, Mauca, si Dios quiere. Aquí, en el Salto, de albariza...

Mauca oía con los ojos cerrados. «Aquí, aquí... Pero ¿y el dinero para todo esto?». Se sorprendió de haber hablado en alta voz. Pedro buscó entre las cuartillas desordenadas sobre la mesa, una llena de números.

—Mira. Aquí tenemos el presupuesto. Necesitamos tres millones y medio. Nos lo dará el Banco. Y con un poco de suerte, en tres años se pagarán. Mauca lo miró incrédula.

—¿Y cuándo vas a comenzar?

—¿A comenzar? Ahora mismo. Jeromo, vamos a recoger muestras para los análisis de tierra.

Bajaron los dos. Pedro llevaba señalados en el plano los sitios donde las muestras podían ser más homogéneas. Jeromo hizo con la pala una cala de medio metro y de ella extrajeron rebanadas de tierra de distintas profundidades. Pedro deshacía la tierra recogida sobre un cristal y la mezclaba cuidadosamente.

Por la noche, antes de dormir, Mauca le preguntó:

—Pedro, eres un chiquillo. ¿No has pensado que te quedan once días?

Pedro sopló el quinqué de petróleo que dejaba en la pared un círculo de luz amarilla, como pintura de óleo.

—¿Para qué me quedan once días, Mauca?

—Para terminar el permiso, Pedro. ¿Es que no te acuerdas?

Pedro se abrochó la chaqueta del pijama.

—¡Ah, que no te lo he dicho! He pedido la excedencia por un año. Ya no nos vamos.

Se acostó despacio, y cruzó los brazos por debajo de la cabeza, sobre la almohada.

—En un año, Mauca, nos da tiempo para resucitar el cortijo. Quizá en menos. «San Rafael» será la mejor finca del término. Es mi deber, Mauca...

Mauca sentía feliz cómo el sueño la ganaba. «Tendremos que ir a Madrid por la ropa de invierno» —murmuró. Y estiró las piernas entre las sábanas, de hilo, frías.

Sin embargo, las cosas no fueron tan fáciles como Pedro las había trazado en las cuartillas.

«Pan Migao», el colono, oyó la proposición de don Pedro, dándole vueltas al pavero negro. Era uno de esos viejos que parecen mantenidos por la mandíbula, una mandíbula de proa, firme con el rostro desvencijado y caído. Medinilla, alto, desgarrado, cruzaba los brazos.

—Ustedes ganan, señores —terminó Pedro—. Usted, Servando, se viene aquí, detrás del frontón. Le regalo por el cambio siete fanegas. La tierra es mejor y además le construyo una casa de material.

«Pan Migao» le cortó.

—Nada señorito, acepto. Uno quiere estar bien con la propiedad.

Se secaba el sudor de la calva con un pañuelo a cuadros.

—Pero no quiero más tierra. Muchas gracias por la atención. No quiero más tierra. Las 35 más y ya está.

Medinilla se negó, agrio.

—La ley es la ley —dijo.

Pedro se impacientaba.

—Ya lo sé.

—Bueno. Pues por eso. No me voy.

—¿Pero no comprende que me hace un daño inútil y que aquí estaría mejor?

—Yo donde estoy bien es donde me pertenece.

Movía pendularmente las grandes manos, manos afiladas, como si la piel tapizara solo los huesos.

—Es inútil todo lo que usted me diga. No me voy.

Pedro comentaba con Jeromo la reunión.

—«Pan Migao» ha aceptado, porque le conviene: la tierra es mejor —comentó Jeromo.

—Y el otro ¿por qué no?

—La tierra que usted le propone es igual a la suya.

—¿Y por qué no quiso más tierra «Pan Migao»?

—Con las siete más, ya no tendría menos de cuarenta quintales.

—¿Desconfía, entonces? ¡Viejo zorro!

Al día siguiente, volvieron a llamar a Medinilla. Llegó en su mulo como siempre, sin jamuga, ni silla, las piernas con las botas colgantes a uno y otro lado.

—Mire, Medina, le hago otro ofrecimiento: usted escoge las 27 fanegas en el sitio que más le guste del cortijo, siempre que sea en las lindes. Y siguen además los regalos: la casa, siete aranzadas más...

Medinilla se revolvió en la silla:

—Es inútil, don Pedro. No cambio.

—¿Pero por qué no cambia usted, si le conviene?

—La ley está conmigo y no cambio.

Pedro, acostumbrado a los argumentos lógicos, se estrellaba contra aquella terquedad inexplicable:

—¿Pero no comprende usted que me destroza el cortijo? ¿No comprende usted que su choza pegada al caserío central de la finca rompe todos mis

planes? ¿No lo comprende?

Medina movía las botas sobre las losetas de la habitación.

—No. No lo comprendo. La ley es la ley.

Pedro utilizó durante un largo mes todos los procedimientos de captación posibles. Le ofreció labrarle la tierra con sus tractores de balde, darle una cantidad de dinero, regalarle unas aranzadas con escritura y todo. Propuso hacerle un contrato de cincuenta años para las 27 aranzadas de las lindes. Trajo un abogado de Sevilla que habló con Medinilla: «La ley puede reformarse. Los plazos que se han dado hasta ahora no serán eternos y...».

Medinilla era de madera de acebuche, una madera donde no se pueden hincar clavos.

—La ley es la ley. No me voy, ni cambio.

Entonces Pedro desesperado amenazó:

—Usted tiene sus tierras dentro de las mías. El ganado, las gallinas no saben lo que son 27 aranzadas. Pondré guardas alrededor y a la menor cosa le denunciaré. Quiero hacerle la vida imposible. Usted ha querido la guerra y la tendrá.

Medinilla montó en su mulo, impávido.

—Lo mismo digo. Lo mismo digo —murmuró.

Tampoco fue tan fácil como en el papel el préstamo del Banco. El director le oyó, distraídamente, habló con Madrid, pidió eso que se llaman «informes comerciales» y al final concedió, con un gran misterio, la tercera parte de lo solicitado.

—Puede usted ir poco a poco... Los negocios —ya se sabe— con pies de plomo...

Pedro aceptó la cantidad y se fue a Sevilla a hipotecar la finca. Mauca firmó en la notaría, sonriente. Aquella misma tarde, en el avión, camino de Madrid, dijo a Pedro:

—Pedro ¿tendremos que traernos muchos libros?

Pedro le apretó la mano:

—¿Tú crees en mí? ¿No es verdad, Mauca?



Capítulo II

EN DIEZ AÑOS, el campo andaluz sufrió una gran transformación. De pronto, en los caseríos lo importante fue la casa de máquinas, no las cuadras en cuyos techos de cañizo dormían los faeneros vigilantes; los surtidores subterráneos del gasoil, y no el pajar. Los mecánicos con su tufillo de ciudad: el pelo peinado para atrás, los monos azul mahón, las gafas negras, para distinguirse de los gañanes con traje de patán, camisa de sarga, faja y botas de becerro. Los mismos aperadores charlaban de carters y diferenciales, en vez de lo tradicional, de lo que habían charlado siglos y siglos: la cebada y los mulos. El campo empezó a llevarse desde la oficina, con catálogo de piezas, estadillos, pizarras para indicar la posición de los tractores, sacos numerados, bidones de gasolina que rodaban por las antiguas cuadras empedradas. El cambio fue tan rápido, tan inesperado, que se encontraban todavía el mundo nuevo y el mundo viejo en anacronismos extraños. Por ejemplo, un remolque de siete toneladas al lado de un pozo con cigoñal, con sus piedras amarradas de contrapeso, tal como las hubo en Babilonia, 2900 años antes de Jesucristo. Como un monstruo jadeante, el tractor se detenía frente a la trilla de la cebada por los mulos, o la trilladora de acero con ruedas neumáticas era alimentada por las galeras patriarcales con los varales hechos de madera de álamo.

A «San Rafael» llegaron los primeros tractores en Agosto. Un Vierzon de ruedas y dos Hanomags, de 55 caballos. Los tres con sus asientos de balanza de niño, como enormes insectos torpes, pero eficaces, con su humo negro, su barro pegado en la cadena, su tos, su asma intermitente y apagada. Pero en cambio daba gloria verlos subir por las lomas y abrir la tierra con el arado de discos, voltearla y dejarla desventrada al sol con una uniformidad sobrecogedora.

—Están volviendo el campo al revés —comentó Jeromo.

Pedro trabajó todo el invierno como trabajaba en Madrid. Sin embargo esto era distinto. Sentía que su trabajo fecundaba directamente el campo y se notaba lleno de una serenidad, de una alegría, de una seguridad que no había conocido hasta entonces. Frente a sus dibujos y sus planos, una cuadrilla de albañiles transformó la casa de campo del cortijo. Una enorme nave con techo de tijera y placas de uralita fue hecha para casa de máquinas. Los graneros nuevos se construyeron al lado de los antiguos, feos pero útiles, de suelo de hormigón y un muelle de cemento para los camiones.

—El campo es una industria —decía Pedro, mientras calculaba el peso de la uralita, 12 kilos por metro cuadrado sobre las tejas. La vieja estancia con sus hornacinas para los faroles que iluminaban la rumia de los bueyes, quedó transformada en un gallinero para 2000 Leghorns con sus aseladeros descolgables, sus ponederos de trampa, sus comederos y bebederos metálicos, y la luz eléctrica para los piensos de la noche. Porque la luz brotó dentro del cortijo, como un milagro. La electricidad se trajo desde el molino de «El Vergel», a seis kilómetros. Pedro una noche reunió a todo el personal del cortijo e hizo que Mauca diese al conmutador. El cortijo entero se encendió como esos trasatlánticos que vemos iluminados sobre el mar oscuro. Los perros estuvieron muchas noches ladrando a la nueva luz, aterrorizados.

En mayo, los trigos llegaban a la cintura. Eran los nuevos trigos seleccionados, originarios de Italia, del Marruecos Francés o de las Granjas Experimentales del Estado: el «Florence Aurora», breve y pálido; el «Mará» con su grano menudo, pequeño; el «Ledesma» de espiga gigante y vellosa, y el «Híbrido D» con el matiz ambarino del viejo Capelli. También el maíz híbrido, cuya semilla había que renovar cada año, de Madrid, subía verde y hermoso.

—¡Vamos a verlos! —proponía Pedro a Mauca todas las mañanas.

Hacía calor. Un calor pegado sobre la tierra caliente, seca, ya con las grietas del verano. El sembrado de trigo era una selva diminuta y dulce. Se le oía crepitar, hervir, como si la vida barbotara dentro. Los saltamontes, las chicharras, los sisones, las avutardas, las bandadas de perdices y codornices que en Junio son como pollos grandes, participaban de la gran aventura del trigo maduro, cuya promesa son 20 granos como miel en cada espiga que se balancea. Hasta las gallinas se aventuraban en las hazas cercanas al cortijo.

Los dos, Pedro y Mauca, cruzaban los sembrados y el zumbido del campo, un zumbido redondo, persistente, como un moscardón preso dentro de un vaso, los seguía. «Es el ruido del universo» —decía Pedro.

En el arroyo, los galápagos nadaban con la cabeza fuera del agua. Las abejas trabajaban en los alverjones de color violeta. Los jaramagos tenían ya las vainas de semillas, que parecían minúsculos antifaces verdes.

Mauca se sentó en una pequeña calva dentro de los trigos, y las espigas la envolvieron. Una gota de sudor le temblaba en la frente; otra en los aladares de las sienes.

—Anda, bésame —dijo—. Tengo ganas de besarte.

Pedro se inclinó sobre ella.

A primeros de Junio, la cosechadora cepillaba el cortijo. Era una cosechadora autopropulsada con su motor Hércules. Sobre el puente pintado de esmalte verde con pasamanos de hierro se tenía una posesión de dominio, de fuerza, inesperada.

La cuchilla segaba una aranzada en un cuarto de hora, y por la piquera salía el chorro de grano limpio con alguna que otra chicharra aplastada, tan escamondada por los cilindros trilladores que parecían de materia plástica. Los pájaros seguían a distancia a la máquina, como los delfines a los barcos. Una tarde Pedro trajo unos amigos ingenieros a ver la cosecha. Montaron en el puente de la cosechadora que trabajaba cerca del pejugal de Medinilla. Subía como un incienso de la época el olor a gasoil del motor. Al lado, Medinilla arrastraba los haces en un volquete tirado por un mulo y un burro blanco. Unos segadores encorvados se levantaron y miraron, las hoces de color azul apoyadas en el muslo.

—Desde aquí parecen más pequeños —comentó Mauca, la falda flotante bajo la brisa.

—Es la Edad Media frente al siglo xx —dijo uno de los ingenieros limpiándose las gafas de las briznas de la paja.

Después, en la piscina del jardín volvieron sobre el tema. «El campo es hoy como una fábrica que transforma lo que se le entrega».

—El motor ha sido para el campo como el telar mecánico a la vieja lanzadera —habló el ingeniero de las gafas, tintineando el hielo flotante dentro de su vaso.

Pedro callaba, pero ahora pensaba que no, que no era tampoco verdad. «El campo —se decía para sí— es como Mauca». La veía sobre el césped artificial de la piscina, los brazos cruzados bajo la nuca, la piel pulimentada, tirante, las uñas pintadas de color fucsia. De cuando en cuando se levantaba para servir los vasos, armónica, sin un movimiento excesivo. Pedro cerraba

los ojos y pensaba en Mauca, cómo acababa de tenerla, por la mañana, hacía solo unas horas, madura, palpitante, besándole en los trigos, chafando las espigas con la espalda, como un pequeño animal cazado en el sembrado.

«¡El campo es como mi mujer, como Mauca!» —se dijo Pedro. Pero naturalmente no lo dijo en voz alta.

Detuvo en seco el Land Rover, de doble transmisión. Había visto una manada de pavos dentro del alpiste. Pedro se bajó del automóvil y anduvo por el carril.

—¿Eh, tú? ¿De quién son esos pavos?

Un niño de unos cuatro años, con su sombrero de paja, salió del sembrado.

—De mi padre.

—¿Y quién es tu padre?

—Medinilla.

La ira le cegó; adelantó unos pasos:

—¡Fuera de aquí! ¿Me oyes? ¡Fuera de aquí! La primera vez que te vea, irás a la cárcel.

El niño lo miraba con sus grandes ojos azules, ojos de galápago, en una carita tostada de ratón. De pronto se echó a llorar desconsoladamente. Pedro, que volvía a montar en el coche se detuvo, el pie en el estribo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras así?

El niño arreció en su llanto. Hay un momento en que los niños lloran por inercia, porque no se les distrae con otra cosa. Pedro anduvo otra vez por el sembrado y lo cogió en brazos. El niño creyó que iba a pegarle y Pedro sintió cómo las botitas le golpeaban en el pecho.

—¡Tonto! Pero si yo te quiero mucho...

Y lo abrazó y lo besó. Lo tuvo un rato así, pegado contra el pecho, y el llanto del niño se hizo más confortable, más tibio, como si llorara sin miedo.

—Anda, te voy a dar un paseo conmigo.

Y lo sentó al lado suyo. El niño había callado, instantáneamente.

—¿Y los pavos? —preguntó, secándose las lágrimas con el revés de la manga.

—Déjalos donde están. Con el grano que hay en el suelo, no se moverán mucho.

Pedro charló toda la mañana con el chiquillo. Penetró de pronto en ese mundo mágico de los niños del cortijo, tan lejano y distinto a los demás

pequeños mundos de «San Rafael»: la venta de los nidos, los agujeros de los grillos, las ranas que no se cogen en la orilla, sino dentro del agua, los perdigones alimentados con saltamontes conservados en un canuto de caña...

El chiquillo charlaba por los codos.

—Mi padre no quiere que vaya a la casa grande. Dice que tú eres...

Se calló. Lo miraba con sus ojillos azules, en el borde de uno de los cuales, el derecho, se había quedado una lágrima.

Cuando Pedro llegó al cortijo, llamó a Jeromo:

—Jeromo, quiero que vayas a ver a Medinilla y le compres los pavos. No importa el precio. Lo que sea. La única condición es que me preste de pavero a uno de sus hijos. Un chiquillo que se llama Miguelito.

Jeromo protestó:

—Don Pedro, pídamelo usted lo que quiera, pero yo no voy a ver a ese tío...

Pedro se puso serio, casi triste:

—Es un favor que te pido, Jeromo.

Pedro y Miguelito se hicieron muy amigos. Todo el verano estuvieron juntos y Pedro lo llevaba en el coche, sentado a la derecha. Encargó a Mauca que le hiciera un traje.

—Es mi secretario y son mis vacaciones —decía a su mujer, como si quisiera disculparse—. El niño ve el campo como ninguno de nosotros, ni siquiera Jeromo, lo ha visto.

Miguelito dejaba sus pavos, entraba en el jardín y gateaba por el respaldo del sillón, para fisgar lo que dibujaba Pedro.

—Ande, señorito... Pínteme un pavo.

Pedro lo garrapateaba sobre la cuartilla. Alguna vez le añadía de su coleteo un saltamontes.

Muchas mañanas, Pedro iba detrás de la piara de pavos que el niño alineaba con una caña. En el barbecho se arrastraban las chicharras panzudas y los pavos las seguían dando carreritas alborozadas. Cada pavo engullía 30 o 40 chicharras, hasta que el buche parecía estallarle. La chicharra no tenía otro medio de defensa que quedarse quieta, mimetizada en el suelo o en la planta que amarilleaba cada día de sol y la descubría, verde y brillante. Pero al atardecer las hembras, despreciando el peligro, salían a las veredas y clavaban, temblorosas, el oviscapto en el suelo. Pedro recordaba: «Prefieren para la puesta los terrenos cubiertos por detritus vegetales...». Repasaba mentalmente: «Tetrioniidae... Ephippigerines... Justo. Justo. Del griego ephippium —silla de montar— y de gerinee... ¿Dios mío, qué significaba

gerinee?». Se acordaba de la separata de un amigo suyo, Morales Agacino, entomólogo del Instituto Nacional, sobre las chicharras.

Un grito sacudió la mañana. Pedro, que se vestía, se lanzó escaleras abajo. En la puerta de la casa de maquinas, el tractor estaba quieto, pero con el motor en marcha, jadeante con el temblor de la fiebre que comienza. A su lado había un pequeño revoltijo ensangrentado. Pedro pudo notar, cuando corría, que el revoltijo terminaba en dos bolitas nuevas, una para la derecha, otra para la izquierda. «Tiene las piernas partidas» —pensó como un relámpago.

—Miguel, Miguel... ¿Me oyes? ¿Me oyes?

Nada. Su mano estaba sobre una mezcla de carne y tela extraña. Pedro lo levantó con las dos manos y la sintió empapada de una sangre helada, que no parecía la del niño Miguel.

Se levantó despacio y miró alrededor. Dos metros más allá estaba Medinilla pálido, encorvado, como ajeno a todo aquello que acababa de suceder. A Pedro le pareció entonces más pequeño que nunca, como si aquel pedazo de carne que manaba sangre indiferentemente sobre el suelo se lo acabaran de arrancar de su cuerpo. Junto al tractor, lloraba el mecánico.

—¿Qué has hecho? —dijo Pedro.

Medinilla levantó la cabeza.

—No tiene la culpa. El niño se metió debajo.

No se habló más, ni nadie se movió. Estaban imantados por aquel cuerpo del que no hacía más que brotar lenta, muy lenta, como si ya no hiciera falta, como si ya fuera inútil, la sangre.

La llegada y el llanto de las mujeres rompió la tensión. Jeromo se inclinó sobre el cuerpo destrozado y en los brazos, envuelto en su chaqueta, se lo llevó para el caserío. Entonces Medinilla de repente dio un grito ronco, como si algo se acabara de romper dentro de él, y se abalanzó sobre el tractor. Lo golpeaba ciego, con las manos, con los pies, con la cabeza.

—¡Miguelillo! ¡Miguelillo mío! —aullaba.

Pero el monstruo no lo notó, y ni siquiera se aceleró o se retardó una revolución su respiración tartamuda.

El velatorio del niño fue trágico. Los dos matrimonios estuvieron toda la noche solos en aquella habitación que Medinilla había defendido tercamente,

y en cuya pared se oían, secas, las patadas de los mulos en la cuadra. Nadie habló una sola palabra, ni tampoco nadie se miró a los ojos. De cuando en cuando, los chiquillos de la finca, los hermanos de Miguelillo, se asomaban a la puerta y se fijaban, sobre todo, en las flores que cubrían su cuerpo. Lo miraban con un poco de envidia, absortos por el misterioso homenaje, la preocupación que despertaba.

Al alba, uno de los gallos del cortijo entró en la habitación, se sacudió las plumas, afiló los espolones en los chinos del suelo, donde todavía había unas manchitas de sangre, y poniéndose de puntillas, cantó. Parecía una trompeta para despertar a Miguelillo. Pero aquel pedazo de carne cubierto por todos los geranios del jardín, y cuyo frío mineral, repugnante, ganaba incluso al frío de la planta cortada o de las piedras del suelo, no se movió.

Jeromo entró con un cigarro encendido:

—Hay que pensar en el entierro. ¿Cuándo va a ser?

La mujer de Medinilla se puso en pie. Era una mujer menudita, morena, el pelo muy negro. Con la luz del alba, se le volvía verde como una botella de aceite. Se acercó a la cama y de rodillas gritó:

—¡Que no me lo pisen! ¡Que no me lo pisen!

Mauca se levantó y la besó.

—No lo pisarán, Rosario. No lo pisarán. Tendrá el mejor nicho. El mejor. Te lo aseguro.

Pero la madre parecía no oír, como si aquel grito, aquella cantinela patética, le aliviase del peso de la noche.

—¡Que no me lo pisen! ¡Que no me lo pisen!

Pedro levantó los ojos y miró a Medinilla. Pero Medinilla había bajado la cabeza.

Sin embargo, después del entierro, subió a la habitación de Pedro. La barba le brotaba ceniza sobre la quijada pálida, desencajada.

—Don Pedro... yo...

Y le extendió la mano.

Pedro dio unos pasos hacia él y le abrazó. Estuvieron así un rato abrazados. Pedro pensaba cuántos trompos, cuántos clavos oxidados, cuántos bolindres de cristal, cuántos lugares de nido hubiera dado Miguelillo por contemplar aquel abrazo.



Capítulo III

PEDRO LEÍA INCLINADO sobre su mesa de trabajo. Mauca entró en la habitación y miró por encima de su hombro el libro que leía: Francis Jammes. Del toque de alba al toque de oración. Luego le puso las manos sobre la espalda.

—¡Vámonos, Pedro!

—¿Irnos? ¿Por qué hablas de irnos, ahora?

Había un acento de ira en sus palabras. Mauca acercó una silla y se sentó al lado de la mesa.

—Pedro, has terminado tu permiso. Si no vuelves a Madrid pierdes tu puesto.

—¿Tú crees que no lo sé? —se exaltó Pedro—. ¿Tú crees que se me ha olvidado? La oficina, el laboratorio, las parcelas de la granja, el problema del tizón o las caries del trigo... Otra vez, la oficina, el laboratorio...

Mauca callaba.

—¿Por qué te pones así conmigo?

Pedro se pasó las manos por delante de los ojos.

—Perdóname. Estoy cansado. Ya lo sé, ya lo sé... Todo está concluido. El cortijo en marcha, los planes cumplidos. Medinilla ha hecho las paces. Pero no me voy. No podría vivir sin él. ¿Te enteras? No podría vivir sin él.

Mauca le pasó los dedos por el pelo.

—Lo sé mejor que tú. Te pasa como a papá. Te ha ganado «San Rafael».

El barbecho había sido trazado línea a línea como el rayado hecho por la pauta. Nunca se había labrado mejor «San Rafael». La semilla fue esparcida por una sembradora de la que el tractor tiraba suavemente. La finca se sentía

completa, «redonda», como decía Jeromo. Los depósitos con el cupo de gasolina y de gasoil. Los pájaros y los mulos estallando de gordos. Los comederos de la granja colmados de mezcla.

Pero no llovía. Mediaba Octubre y no llovía. La tierra estaba deshecha, desmenuzada como alfrecho. Las tardes tenían ya ese matiz violeta del otoño, que recuerda al invierno. Cuando se entraba en la casa desde el campo la luz eléctrica brillaba con ese amarillo tibio que toman las luces eléctricas cuando se acerca el frío. Grandes, algodonosas nubes, con los bordes pintados de acuarela gris o celeste, volaban sobre el caserío del cortijo, sobre el nido de cigüeñas vacío. Pero no llovía.

Pedro mandó hacer un nuevo análisis de Mauca. Era el veintidós. Pedro pagó a duro el rano a los chiquillos del cortijo. Lo veía ahora allí agazapado en una esquina de una caja de cartón. Pedro pensó cómo aquel extraño y lejanísimo ser podría excitarse con las hormonas de Mauca.

Pedro se asomó al balcón central de la finca. Cuando menos se esperaba llegaban, como rebaños de ovejas negras, nubes bajas, plomizas, nubes de lluvia. «Dios es, en definitiva, quien manda en el campo» —pensó Pedro. Tenía en la mano el sobre azul cerrado, donde venía el resultado del último análisis de Mauca. Acababa de traerlo el mandadero que venía del pueblo. Pedro no se atrevía a abrirlo.

Encendió un cigarro despacio. Le costó trabajo porque el viento era húmedo y sacudía los chopos y los nogales de la Huerta del Moral, en el horizonte. Una enorme, sólida paz parecía pesar físicamente sobre el campo. «Va a llover» —se dijo Pedro—. «Y la tierra se prepara para recibir la lluvia». Se sentía también lleno de una gran paz, como si la armonía, el equilibrio de la tierra labrada ascendiera hasta él.

—Después de todo —pensó— yo soy ya de «San Rafael». Le gustaba sentirse inmerso dentro de este mundo limitado, pequeño, tan lejos, tan distinto de los demás mundos. «Usted no sabe lo que separa un hincos y un alambre de púa...» —había dicho Jeromo. Y «el trigo no quiere enterarse de nada». Esta última frase debía de venir de Gregorio. Pedro había conseguido separar las frases que pertenecían a Jeromo y las que le llegaron heredadas, transmitidas de su padre. Las de Gregorio estaban más hincadas en la finca, más hundidas en la tierra.

Recordó entonces la palabra «amo» que era, de seguro, una palabra de Gregorio. «Amo» era sentirse dueño, padre de aquella tierra y gobernarla y

hacerse responsable de su destino. Y él empezaba a sentirse el amo de «San Rafael».

La idea le dio fuerzas para abrir el sobre azul. Sobre la letra impresa leyó solo la palabra «positivo» que el farmacéutico del pueblo había escrito con pluma estilográfica. Las ocho letras, escritas despreocupadamente, significaban un hijo. ¡Un hijo!

Pedro puso las manos sobre la baranda del balcón. El viento era cada vez más bajo, más húmedo y le batió las sienas. «Ya tenemos el próximo amo» — dijo en voz baja. Sin embargo, le pareció haberlo dicho en alta voz, como para que se enterara todo el labrantío, las hazas, las veredas, la tierra arada, abierta, muelle, paridora de «San Rafael».

En un segundo le vinieron a la memoria los hombres, las mujeres de la familia cuya vida se diluyera dentro de aquel universo de la finca, cuyas fronteras, aunque no se veían, existían. Llevaba varios días preguntando por ellos a Jeromo, a su mujer, al tío Luis, al anciano notario que vivía en el pueblo. Ahora los veía a todos sobre aquella tierra negra y andar como él, siempre por los caminos de la finca, del Haza de los Carros a Siete Fuentes, del Haza de las Merinas al Frontón de los pinos, pero sin salir nunca de las lindes. Don Santiago, el Mayorazgo, con su escopeta pavonada, el primero en morir sobre aquella tierra a lo largo de un siglo, un círculo de palomas arriba. Doña Gertrudis con su hermoso pelo negro suelto. Doña Carmen, allá abajo, en el jardín, sentada, con sus botas de botones, con su gesto abstraído, viendo encenderse las rosas. Don Bartolomé, en aquel mismo cuarto, con sus papeles llenos de números pequeñitos. Los hermanos Carrasco contando los billetes mugrientos que representaban las besanas, las crías, el agua y las espigas de «San Rafael». Vio a su suegro en el mismo balcón donde él estaba. Había sacado la petaca y liaba un cigarro ceremoniosamente. Sonreía viendo jugar a sus hijos: a Mauca, José, Fernando. Fernando dejaba de jugar, se volvía serio y miraba para el balcón.

Jeromo giró el pestillo de la puerta.

—Don Pedro, don Pedro, que va a llover esta noche.

Pedro extendió la mano abierta. Una gota helada le tembló en la palma.

Oía ahora las pisadas de Jeromo que volvían a bajar la escalera. Por la puerta entreabierta oyó también el ruido de los cubiertos, los vasos, los platos que se ponían en el comedor para la cena. Luego el taconeo de Mauca.

—¿Enciendo?

—No.

La habitación estaba llena de una luz azul tan apagada que parecía blanca. Pedro se volvió:

—Mauca, tengo que darte una gran noticia...

Se calló después porque el sonido de la lluvia crecía sobre los techos y sobre el alféizar de los balcones. Empezaba a llover sobre «San Rafael».

«La Reyerta» 1954-1957.



JOSÉ DE LAS CUEVAS VELÁZQUEZ-GAZTELU (Madrid, 1918 - Arcos de la Frontera, Cádiz, 3 de octubre de 1992). Periodista y escritor español. Su obra está referida a Andalucía, y a la recuperación del léxico de la Andalucía rural. Sus novelas se encuadran dentro de la literatura realista andaluza de posguerra, precursora de la «nueva narrativa andaluza».

Residió la mayor parte de su vida en Arcos de la Frontera, ciudad en cuyo Ayuntamiento fue concejal, y de donde sus padres —José María de las Cuevas y María Josefa Velázquez-Gaztelu— eran naturales y conservaban su patrimonio.

Articulista en el diario *ABC* de Sevilla, con secciones como «La pajarita» y «El paso de los días»; *El Español*, *Semana* y *La Estafeta Literaria*. Dirigió la Revista Agrícola *La Cosecha* en el año 1962. Mantenedor de los Juegos Florales de la Fiesta de la Hispanidad el año 1962 en El Puerto de Santa María, así como de la fiesta de la Vendimia de Jerez, pregonero del Carnaval de Cádiz y de numerosas otras fiestas regionales y nacionales. Recibió el premio Juan Palomo, el Ciudad de Sevilla y el Premio Nacional de Gastronomía por el libro *Los vinos de Andalucía*. Brillante orador, recorrió España dando conferencias, junto a su hermano Jesús, y José María Pemán.

Estaba muy unido a su hermano Jesús —«un entendimiento bicéfalo y un solo corazón», dijo de ambos Federico García Sanchiz—, junto al que escribió

libros como *Historia de una finca* (1958) y *Curro y los aparceros* (1960).

JESÚS DE LAS CUEVAS VELÁZQUEZ-GAZTELU (Madrid, 3 de enero de 1920 – Ronda, Málaga, 3 de octubre de 1991). Poeta, ensayista, novelista y orador.

Al término de la Guerra Civil se afincó en Arcos de la Frontera.

Estudió la carrera de Filosofía y Letras, sección Historia, en la Universidad de Sevilla. Por ello, aparte de su arte nato de conversador y orador y pregonero de amplio eco popular, su principal actividad la tuvo en la investigación y cultivó especialmente el ensayo y la novela.



se

José y Jesús de las Cuevas
Historia de una **Lectulandia**